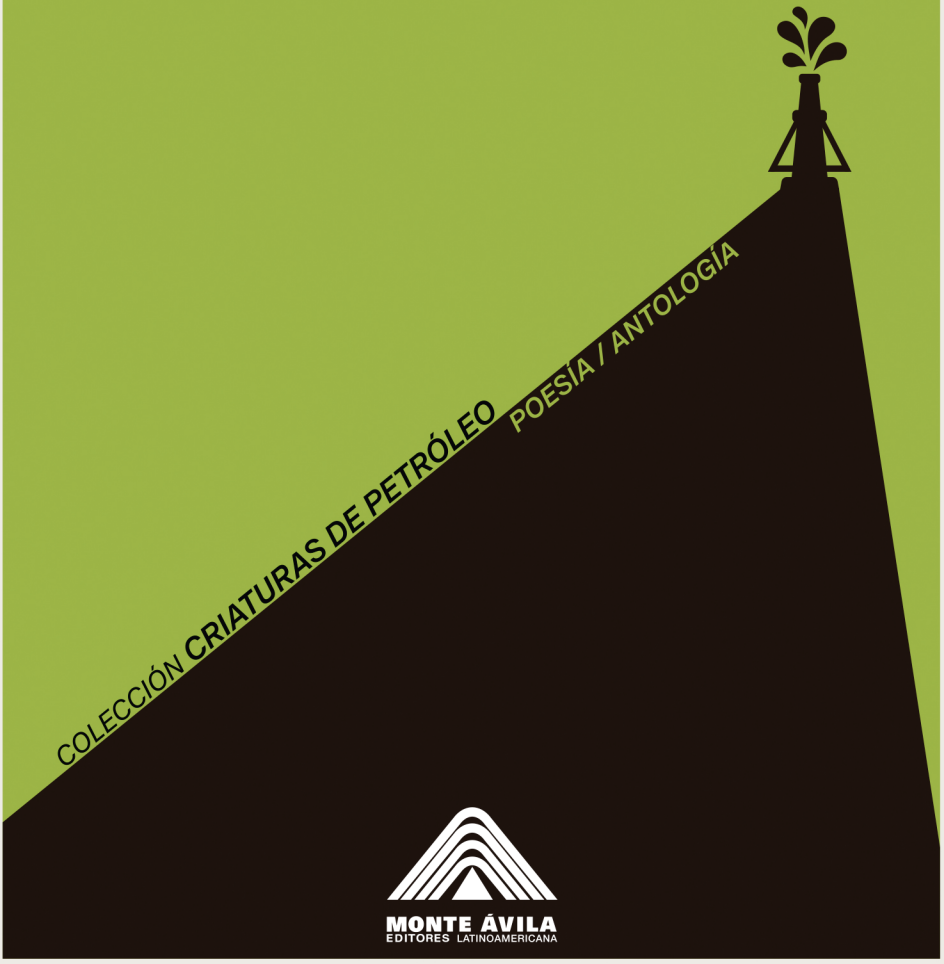
Piedra de aceite

Antología del tema petrolero en la poesía venezolana

RAMÓN ORDAZ
(Compilador)



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO
POESÍA / ANTOLOGÍA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del siglo XX, la identidad venezolana se edificó no solo sobre su pasado épico, sino sobre lo que Rodolfo Quintero bautizó como «La cultura del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la narrativa, el ensayo, la poesía y la dramaturgia han sido los verdaderos laboratorios donde esa metamorfosis social pasó de ser un dato para convertirse en una encrucijada disruptiva y política: una manera singular de pensar, sentir e imaginar a Venezuela.

Criaturas de petróleo congrega voces consagradas y miradas contemporáneas en un espacio de resonancia común. A través de distintos géneros, esta colección no busca simplemente compilar títulos, sino poner en diálogo las obsesiones, las grietas y las ficciones de un país modelado por el eterno sueño de la riqueza sin esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

RAMÓN ORDAZ (Compilador)

Piedra de aceite

Antología del tema petrolero en la poesía venezolana



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición, Fondo Editorial del Caribe, 2012.
2.ª edición Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026.

Piedra de aceite
Antología del tema petrolero en la poesía venezolana
© Ramón Ordaz

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

Corrección
Olga Molina

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

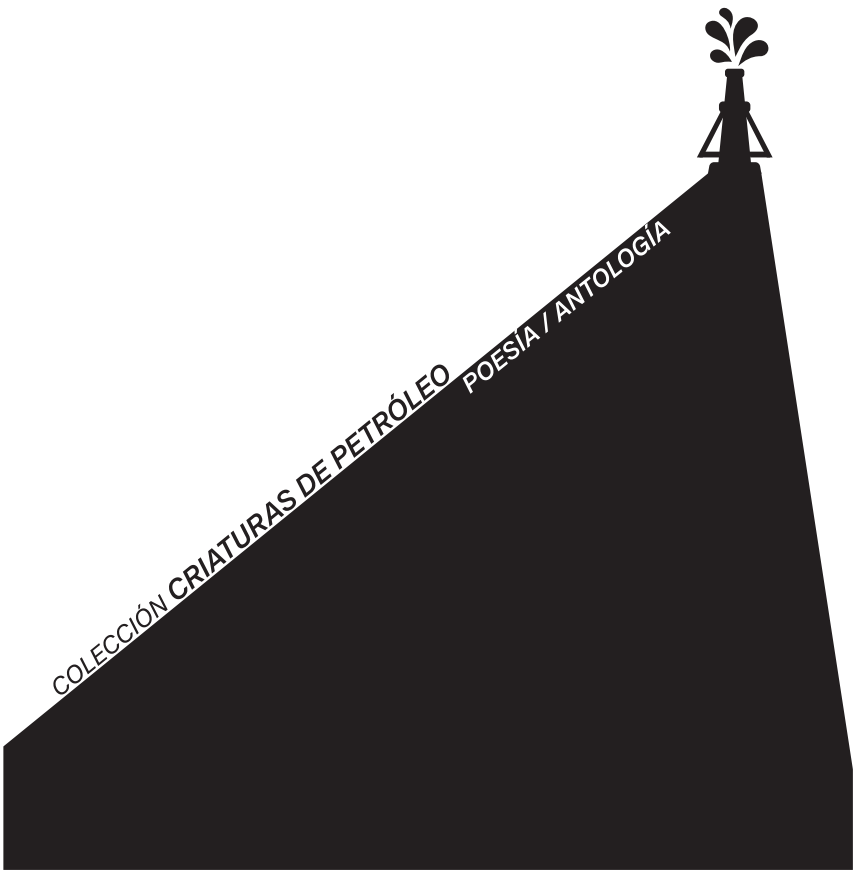
ISBN: 978-980-01-2683-7
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC2026001595

Caracas, Venezuela, 2026
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

RAMÓN ORDAZ (Compilador)

Piedra de aceite

Antología del tema petrolero en la poesía venezolana



PIEDRA DE ACEITE: ORO NEGRO EN LA POESÍA VENEZOLANA

NO ha podido dilucidar el hombre qué esencia o sustancia ha hecho posible su historia biológica, a pesar de que la ingeniería genética día a día pone al descubierto la estructura del genoma humano con todas sus implicaciones, complejidades y perplejidades. Mientras más hunde su mirada en las entrañas del microcosmo y el macrocosmo, más distante, más secreto se vuelve el origen.

Lo ha hurgado todo en su afán de reencontrar el eslabón perdido y de seguro no descansará jamás en su larga batalla existencial para darse una explicación satisfactoria ante el borroso horizonte de antepasados y coetáneos. Así ha hecho de la ciencia una metafísica y de la metafísica una ciencia. Barrena el cielo como el subsuelo. En esa búsqueda que va de la sobrevivencia a lo espiritual ha deshojado mitos, leyendas, teorías, creencias, ilusorias verdades con las que ha levantado civilizaciones y sociedades tecnológicas sobre un telón de fondo que suscribe siempre el misterio.

El *élan vital* no le era suficiente; necesario era domesticar las fuerzas de la naturaleza. Estudiándola, aprendiendo de ella, emprendió su avance hacia un utópico futuro que muchos confunden tristemente con la idea de progreso. Sin duda que uno de esos hallazgos medulares fue la energía, que en un primer estadio fue primaria: térmica, cinética, hidráulica, muscular, mecánica, y que progresivamente fue sustituyendo por fuentes más sofisticadas a medida que nuevos descubrimientos facilitaban un mayor uso y extensión de los recursos naturales.

El origen, crecimiento, desarrollo y muerte de los distintos modos de producción están estrechamente vinculados a la forma de explotación de la energía. La disponibilidad del recurso energético da cuenta de la movilización de las fuerzas productivas en la sociedad.

De las sociedades arcaicas a las premodernas la avasallante explotación del hombre por el hombre —energía muscular— signó al esclavismo y al feudalismo, sin que se haya extinguido del todo la explotación de la fuerza de trabajo de nuestros semejantes en los tiempos actuales. Durante milenios la energía aprovechable del planeta estuvo determinada fundamentalmente por la energía térmica proveniente del sol; apenas en los últimos cuatro siglos el hallazgo de los combustibles fósiles (carbón y petróleo) fue irremisiblemente sepultando esas formas de vida del pasado, hoy paradisíacas, bucólicas, románticas, idílicas, para abrirle paso a la sociedad burguesa, de obsesivo individualismo y desenfrenada acumulación, hechos que en nuestro tiempo ha enaltecido el sistema capitalista.

El fuego que robó Prometeo a los dioses ha sido asociado a la circunstancia de haber dominado el hombre las fuentes alternativas de energía. No es que el carbón y el petróleo fueran desconocidos en la antigüedad, la historia data su uso desde los primeros peldaños civilizatorios, sólo que su análisis y sofisticación son hechos determinantes de la sociedad industrial. El asfalto fue conocido en los tiempos de la *Biblia* como betún de Judea. El petróleo, como «jugo de la tierra», tuvo múltiples usos mucho antes de los procesos de destilación que depararon al mundo moderno los secretos que guardaba: maloliente y viscosa materia que empleaban algunos con fines medicinales y otros como combustible para la iluminación. La semántica que acompaña a su explotación y uso empieza por la palabra latina *petroleum* (*petra*, piedra y *oleum*, aceite) que algunos estiman citado ya en el latín medieval y que en nuestra entrañable historia refiere el cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y

Valdés, cuando al hacer mención del betún que usaban nuestros indígenas, tanto para el alumbrado como para calafatear sus naves, lo llamaban «estiércol del diablo»:

> Algunos de los que lo han visto dicen ser llamado por los naturales *stercus demonis*, y otros lo llaman *petrolio*, y otros asfalto; y los que este postrero dictado le dan, es queriendo decir que este licor es del género de aquel lago Asphaltide, de quien en conformidad muchos autores escriben. (*Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas, p. 33, 1986).

Desde entonces el petróleo ha sido satanizado con este cognomento, y no es casual que un libro del fundador de la OPEP, Juan Pablo Pérez Alfonso, lleve el significativo título *Hundiéndonos en el excremento del diablo* (1976). Betumen, asfalto, nafta, chapapote, brea, mene, son unos de los tantos términos asociados a la explotación del petróleo.

Mene es nombre indígena para referirse a los rezumaderos o manantiales de betumen y que por extensión da nombre también al petróleo. *Mene* (1936), escrita por Ramón Díaz Sánchez, es el título de una de nuestras primeras novelas –*El señor Rasvel* (1934) la antecede en dos años– que expresa el drama de los inicios de la industria del petróleo en nuestro país.

De Humboldt a nuestros días la literatura registra un importante acervo al que podemos acudir para dar a conocer lo que ha sido la aventura de la explotación del petróleo en Venezuela: en el ensayo, la novela, el cuento, el teatro y la poesía precisamos referencias de la historia de un siglo y apenas unas décadas de ese hidrocarburo que cambió radicalmente la vida de un país agrario, rural, a un país moderno, tecnocrático, rentístico-petrolero. Esa ruptura que nos arrastra de uno a otro país, esa violencia de los cambios en nuestros pueblos

y ciudades, ese «progreso» que para unos es el más hedonista de los mundos y para otros trauma, quiebre, desorientación, es todavía en el presente la más palpable de nuestras crisis.

Tal vez sea en el ensayo donde mejor podamos constatar la crónica de la industria petrolera y su incidencia en la transformación de nuestra realidad como nación. La novela ha incursionado con mayor desvelo en los avatares de la explotación del petróleo, aunque siempre se ha dicho que el venezolano permanece a la espera de la novela que sea expresión de esas metamorfosis que hemos vivido en el lapso de un siglo, que dé cuenta tanto de lo que acontece en el interior del país, y sea , a su vez, proyección literaria de lo que hemos sido y hemos podido ser en un amplio contexto de esa venezolanidad —con logros y frustraciones— que permanece ausente en nuestras obras literarias.

En el teatro la expresión más dramática parece haberla capitalizado el pintor, poeta y dramaturgo César Rengifo en un par de piezas de imprescindible lectura. En la poesía el registro se nos presenta más tímido, en apariencia insignificante en cuanto a un corpus de referencias en circulación ya en la escuela, ya en la academia, ya en la literatura del país que se difunde por los expeditos caminos de las instituciones culturales. En cuanto a géneros literarios, cuando hablar del tema petrolero se trata, tiende a reducirse el panorama a las pocas novelas que lo abordan, mientras que muy pocas veces, por no decir nunca, se acude a un texto poético.

Materia del inframundo, su presencia más bien genera rechazo, repulsión, distanciamiento, el menor contacto posible con emulsión tan execrable. Quienes tuvimos en nuestra infancia contacto con su olor, con su viscosa y brillante superficie, corríamos a nuestras casas a lavarnos con uno de sus derivados, el kerosén, por aquello, tal vez, de que un clavo saca a otro clavo. A diario nuestras madres se despulmonaban batiendo contra el piso el kaki embetunado conque regresaban al hogar esos «monstruos tullidos de la industria» en que terminaban

nuestros padres. Un ejercicio de imaginación sería expresar lo que sentían esas heroínas domésticas extrayendo de los trapos de brega de sus consortes esa negra entraña de la tierra.

Nada atractivo, el petróleo arrastra consigo desasosiegos y maldiciones, desafectos y reticencias. Ya lo ha señalado contundentemente el ensayista y crítico Miguel Ángel Campos:

> De todos modos, es clara la señalada apatía del pensamiento y el arte nacional por el tema, especie de desdén que ha signado los tratos del intelectual con una realidad que nunca terminó de ser demasiado vieja para aceptarla como 'tradición', y frente a la cual tomó tanta distancia que terminó por alejarse. El petróleo no era un tema aristocrático para el escritor artístico y quienes lo retomaron no lo hicieron por necesidad creadora ni expresiva, sino por urgencias políticas. (*Las novedades del petróleo*, 1994: 16-17).

Esa realidad, que revalida Campos con una cita de Enrique Bernardo Núñez: «En el país del petróleo se habla con vaguedad del petróleo», la hemos vivido los venezolanos hasta el presente. Si algo constituye una novedad del petróleo es su precio, a cuánto se cotiza en los mercados internacionales y cuánto de esa ubre intraterrígena alimenta el presupuesto de la República.

En nuestros escarceos en busca del tema petrolero en la lírica nacional, si bien no podemos argüir tanto como en los otros géneros, ya que en vez de tierra firme conseguimos un archipiélago, nada ni nadie contraviene la idea de que, si articulamos uno y otro texto, sea posible extraer las mismas conclusiones hasta donde han dejado el asunto la narrativa, el ensayo y el teatro. No olvidemos que la poesía tiene atajos que le son propios; que una estrofa o un verso en su justa medida sugieren, dicen más que las expresiones de la prosa. Desde las primeras décadas del siglo XX el postmodernista mexicano Ramón López Velarde

acuñó un par de versos en su famoso poema «Suave patria», que ha hecho fortuna en quienes acostumbran, a falta de mejor pan, cosechar en la hacienda de los poetas: «El Niño Dios te escrituró un establo/ y los veneros de petróleo el diablo». No es este el lugar para agregar palabras alrededor de este poema. Sobran, sí, los ensayos y textos de venezolanos donde el dístico de López Velarde funge de rúbrica, de epígrafe; jamás versos como estos: «Un hombre de petróleo se yergue entre sus hornos/ sale mascando su chicle de petróleo/ enciende el motor de su petróleo rodante/ y va por el petróleo de la calle hacia su casa petróleo...» de nuestro Juan Liscano en el largo poema «Esto ya fue una vez», incluido en su poemario *Nuevo Mundo Orinoco* (1959).

Entre los textos de la tradición poética venezolana no cabe duda que los antecedentes del tema petrolero debemos ubicarlos en la agitada y polémica década de los años veinte. Durante este lapso –tensos y fecundos años de la vanguardia latinoamericana– en Venezuela se están produciendo cambios rotundos en cuanto a la economía del país. El ascenso de la cultura del petróleo que empieza a consolidarse va dejando atrás a la Venezuela rural y abriéndole paso a nuevos modos de vida, propios de la cultura urbana. En esta década narradores y poetas dan testimonio en sus obras del malestar que corroe las costumbres y cómo el paisaje empieza a perder su rostro tradicional.

«Oro rojo», un largo y alegórico poema de Udón Pérez, al que el poeta dio conclusión en 1926 antes de morir, nos muestra ya la patética realidad que padecía el país ante el avance de la industria de hidrocarburos. Este extenso poema narrativo, según el estudio de «Oro rojo» realizado por el investigador Cósimo Mandrillo, perfila buena parte de los temas recurrentes que han dado lugar a la literatura del petróleo:

> Tal revalorización de Udón Pérez y de su poema como iniciadores de la literatura del petróleo en Venezuela se fundamenta no sólo en la fecha de su redacción sino en el

> hecho comprobable de que contiene, ya para 1926, buena parte, si no todos, los grandes temas que, de acuerdo con Gustavo Luis Carrera, sirven de espina dorsal a la llamada novela del petróleo. (C. Mandrillo. «Anotaciones para releer la literatura venezolana de tema petrolero. A propósito de "Oro rojo" de Udón Pérez». *Revista de Literatura Hispanoamericana* N.º 56, enero-junio 2008, p. 98).

Otro antecedente lo constituye el Discurso de Colación «El canto de la madre y de la universidad» (1927) que leyera en la Universidad Central de Venezuela Jacinto Fombona Pachano, en el que discurre sobre las bondades de la Venezuela que va quedando rezagada: «la patria encrespada y bravía,/ patria de establos sin hidrocarburos». Es el poema de Fombona Pachano un anuncio temprano de esa escisión de Venezuela que hemos advertido en párrafos anteriores, y que podemos apreciar también en el «Canto al Ingeniero de Minas» (1924), de José Tadeo Arreaza Calatrava, el cual incluimos en esta antología como texto válido —aunque no sea el petróleo el tema dominante en el poema— a la hora de considerar antecedentes. Dejamos claro de antemano que sólo el hecho de mencionar el petróleo en un poema imprime una referencia insoslayable, ya que se inscribe dentro del gran marco de la Venezuela petrolera.

En 1928, después de largos años de ausencia del país, Ismael Urdaneta a su retorno se encontrará con una perturbadora realidad en el Lago de Maracaibo. Cantará en su libro *Poemas de la musa libre* (1928) el ecocidio que deja a su paso la explotación petrolera en el paisaje lacustre:

> No he sentido en mi vida/ dolor más lírico/ de irremediable ausencia de colorido local/ a mi regreso a Maracaibo,/ que ver en el Lago de mi infancia/ las barcas, las ingenuas y blancas/ barcas de cabotaje/ que convertían el Lago en

un estanque,/ el verlas con el pecho y las alas/ tiznados de petróleo («El Lago petrolizado»).

«La agonía del alcatraz», «Viernes Santo», entre otros, son poemas que expresan una toma de posición respecto a cómo la Standard Oil y Wall Street explotaban la riqueza natural del subsuelo zuliano. De los años treinta en adelante escriben con intensidad distinta sobre el tema: Andrés Eloy Blanco, Juan Liscano, Salustio González Rincones, Miguel Otero Silva, Carlos Augusto León, Francisco Lárez Granado, Benito Raúl Losada, Aquiles Nazoa, José Antonio Castro, Hesnor Rivera, J.M. Villarroel París, Adolfo Segundo Medina, Simón Petit, Víctor Valera Mora, Helí Colombani, Asdrúbal Duarte, entre otros.

Si un poeta contemporáneo ha abordado el tema con desnudez, sin retórica, es el falconiano Simón Petit. Dos libros suyos: *Bajo la grúa* (1991) y *Sobre los andamios* (2000) reportan, en el mejor sentido de la palabra, con escueta mirada de poeta, el acontecer de las relaciones humanas y laborales entre el personal técnico y obrero de la Refinería de Amuay. No hay impostura en su palabra, ya que Simón Petit ha padecido en carne propia los trasiegos de esa oscura administración del negocio petrolero que empieza en la candidez del humilde trabajador, pasa por los cabildeos de los sindicalistas y termina en el sanctasanctórum de quienes por las artes mágicas del poder «ascienden» a la Nómina Mayor de la empresa. ¡Cuánto quisiéramos aceptar hoy que es esa una historia del pasado! Sabemos que calcificaciones como estas no se derriban de un día para otro. Como un faro para esa navegación de altura que es la industria petrolera permanecen para la posteridad estos versos de Petit:

El único peligro/ es creernos Midas/ y al querer tener/ todo el oro en casa/ convertimos a quienes queremos/ en víctimas de nuestra codicia/ El país se desangra/ en su aceite.

Otro autor que testimonia en un libro su experiencia en un campo petrolero es el zuliano Adolfo Segundo Medina en *Y Nubia de por medio* (1995). Cómo hemos levantado nuestra humanidad entre pueblos dados a la faena petrolera es el episodio que poetiza Segundo Medina. De nuevo cierto vacío, cierta suspensión ingrata de nuestro pasado entre Casigua el Cubo, Tres Bocas, Campo'e lata, Singapur, el 28, etc.: «A mí me parecía/ que Tres Bocas no era un pueblo/ Eran puras cantinas/ y almacenes así/ como en el aire». Asimismo, en el aire, en el surreal espacio que engendra la violencia conque se le entra a pueblos vírgenes, nos visita el verso del marabino César David Rincón «Y el petróleo cambia una colonia de iguanas». Reincidencia dual de las dos Venezuela.

Si un poema hemos conseguido que dialogue con el de Juan Liscano es el del vanguardista rumano Geo Bogza (1908) en su *Poema petrolífero* (1934), cuyo inicio es la antesala de un grito de alerta: «Os hablaré de los hombres del petróleo/ y de su alma más negra y más inflamable que el petróleo». Páginas más adelante se lamenta el lírico Bogza:

> Las sondas, mis amadas, tan ávidas, tan hambrientas,/ taladran en el corazón de la tierra/ e implacables le succionan las entrañas,/ la tierra gime, jadea y aúlla,/ y el mazut brota de ella como la pus de una herida,/ por centenares de canaletas, de todas la colinas, corre en olas (...)

Sin que sea nuestra intención hablar de influencias, puesto que creemos que cada poeta vende piedras de su propia cripta, leamos a Liscano en su singular forma de evidenciarnos el mismo procedimiento de extracción del petróleo:

> Avanzan las orugas, los tenaces coleópteros,
> zumban los abejorros, las metálicas cocas,
> sus entrañas de acero van rasgando los suelos,

su ruido de colmena y de hormiguero
se extiende por los campos y las aguas,
aúllan las raíces, rechinan las cortezas.
(...)
El reventón de negra entraña herida
llovió sobre los campos circundantes,
esparció su pesado olor a herrumbre,
oscureció los verdes y los rostros.

Este breve, ligero cotejo, nos ayuda a puntualizar dos cosas: Primero, que el poema de Geo Bogza es un antecedente relevante de la poesía contemporánea, tal vez único, en cuanto al tema petrolero; segundo, que «Esto ya fue una vez», de Juan Liscano, para el caso concreto de Venezuela, constituye asimismo un poema de vanguardia en nuestro contexto y que en la lectura del tema que hemos hecho no advertimos punto de comparación. Si un poemario aspira a dimensionar el tema petrolero desde otra perspectiva es *De un pueblo y sus visiones* (1979), del poeta monaguense J. M. Villarroel París, libro que fusiona en cierto modo con su *plaquette Dos elegías* (1975), escritas en homenaje al padre muerto en los campos petroleros del estado Monagas. Ilustrado con dibujos de Fritz Küper, de trazos impresionistas que nos dan el bosquejo de un pueblo petrolero, el poemario consagra una ruta, el itinerario del padre fundador y héroe, no le temamos a la palabra, que cumple a cabalidad una odisea del petróleo en el oriente venezolano, hasta ese episodio final, el que justifica la elegía al padre, que muchas afinidades guarda con circunstancias semejantes, de historia común, con lo que ha sido la saga del petróleo en nuestro país. Costeño, aventurero, isleño, de tierras lejanas, la invocación inicial es determinante:

Mi padre llegó a El Tigre/ por el año 40/ Venía de fundar
otros pueblos de Oriente/ Quiriquire, Guanoco, Mata

> Negra/ Todos aquellos campos petroleros llenos de cangrejos azules. (...) Mi padre muerto era viscoso aceite de piedra/ Hablaba en alta voz para espantar vientos/ y los ruidos del mar en el puerto de Irapas.

Este poemario de Villarroel París bien puede ser la versión poética de lo que ha pretendido la narrativa del petróleo. La Meseta de Guanipa, El Tejero, Guanoco, Caripito, Jusepín, Miraflores, Caño San Juan, El Tigre, San Tomé, La Leona, Puerto La Cruz, son parte de un itinerario que recorre y vive el poeta con su padre. De allí esa ráfaga de indolente final sobre El Tigre que se volvía unas *Casas Muertas* después de una recesión petrolera:

> Un pueblo Un nombre Un aletazo de pájaro muriendo/ entre mechurrios y cielos rojos/ Un pueblo Un garabato en la sabana de Guanipa.

Cualquier margariteño fue un héroe en la barra de Maracaibo o en la agreste llanura de la Meseta de Guanipa. El itinerario que nos presenta Villarroel París ninguna distancia guarda, por ejemplo, de la que motivó el testimonio de Alí Brett Martínez en *Suriquiva, mar afuera* (1978). El *leit-motiv* de la búsqueda de un espacio de conciliación vital que luego se enfrentará a situaciones de escarnio, de prostitución, de explotación, de pérdidas materiales y humanas, pertenecen a un mismo dedal. Nada nuevo hay bajo el sol en la trastienda del negocio petrolero, donde los eternos perdedores —siempre habrá perdedores, ¿no es ese el meollo de la historia?— siguen siendo quienes hacen posible la vida en nuevos espacios para felicidad de esos habitantes del futuro que no agradecerán ni moverán una paja por quienes los antecedieron. Alguien tiene que dar

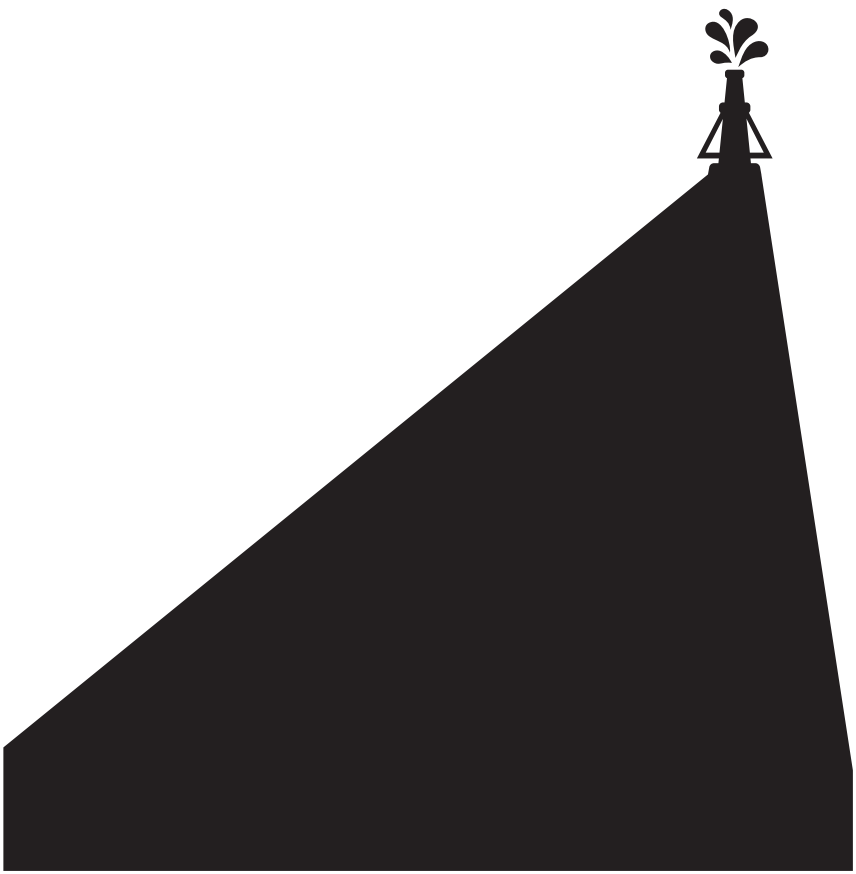
cuenta de esa fatalidad que como rosario final recabamos en *Los huéspedes del verano* (1954), de Juan Salazar Meneses:

> ¡Oh diosa eterna de la hulla
> muerta en los polos
> cuando el gallo decline.
> ¡Oh camelia negra!
> ¡Oh rosa del petróleo
> muerta de amor en los casinos!

RAMÓN ORDAZ

Piedra de aceite

Antología del tema petrolero en la poesía venezolana



Antología

UDÓN PÉREZ

Oro rojo

Poema Regional

I
El caserío

Recuerda el feliz caserío
orillas de quieta ensenada,
lejos de la urbe, de palmar sombrío
bajo la enramada.

Diríase un nido en sonrisas
oculto entre rústicas frondas,
que a un tiempo adulaban pájaros i brisas,
cocales i ondas.

Igual que a lo largo del hilo
las cuentas de móvil rosario,
pasaban las horcas del pueblo tranquilo,
pescador i agrario.

El día veía al labriego
corvado en los predios rurales;
i a los pescadores, la sombra en sosiego,
sobre los canales.

A sus familiares faenas
se daban en paz las mujeres,

o en dulces veladas, a charlas amenas,
a honestos placeres.

Tejían idílicos dúos
doncellas i mozos rientes,
sin torpes deseos que a modo de búhos
rozasen sus frentes.

La calle alteraban, en trisca,
los corros de los rapazuelos,
o cazaban pájaros,
o a la pesca arisca tendían anzuelos.

No había ni escuela ni templo:
se alzaban en lindes remotos;
pero los hogares daban santo ejemplo
en preces i votos.

I en muchos, con tímida mano
la ignara ternura materna,
mostraba los signos del catón cristiano
a la prole tierna.

Humildes las ropas, los lechos;
la mesa sin lujo ni hartura,
mas siempre al abrigo de los pobres techos,
amor, fe, ventura...

Así aquella gente vivía
sus horas, ecuánime i leda:
no pensaron nunca que la Suerte un día
volviese la rueda.

II
La conquista pacífica

I un día, de puertos distantes
vinieron al Lago unos hombres
de músculos recios, rapados semblantes
i exóticos nombres.

Mostraban el típico sello,
vivaz, de la Raza del Norte:
azul la pupila, de oro el cabello
i atlético el porte.

No eran los francos, los rudos
guerreros que en ciclo pasado
vinieron a Indias con lanzas i escudos
en pos de El dorado.

Aquellos soldados bravíos
que, en longa i sangrienta jornada,
llevaron en triunfo por selvas i ríos
la Cruz i la Espada...

En hábil ficción de progreso
traían —como a otros países—
la fuerza de Herakles, el ansia de Creso,
la astucia de Ulises.

En céleres barcos las ondas
cruzaron de alinde sereno:
sus lentes clavaron i echaron sus sondas
del Lago en el seno.

En playas, llanuras i cerros
pusieron su ávida vista,
igual que adiestrada traílla de perros
que busca una pista.

Del vientre del Lago sonoro
al pie de las sierras vecinas,
con sedes hidrópicas buscaban el Oro
negro de las minas.

El Oro oleario, sin brillo,
que sigue plutónica ruta;
i que, en sus alquimias, en Oro amarillo
Mercurio trasmuta.

Allí donde hallaban sospechas
propicias o señas exactas,
erguían sus máquinas, al estupro hechas
de tierras intactas.

I cuando la aguja buida
se hundía con buena fortuna,
i líquido untuoso manaba la herida
como sangre bruna.

Plantaban, beodos de orgullo,
un mástil, del pozo a la vera,
i en él descogían del viento al arrullo
su patria bandera.

I ufanos, alegres, risueños,
paseaban en torno la vista,
como si allí fuesen señores i dueños
por lei de Conquista...

III
Ficción de progreso

Así, hasta el feliz caserío
distante, llegaron los hombres
de rostros rapados, de bíceps en brío,
de ríspidos nombres.

Los hombres extraños, aquellos
que un día vinieron del Norte;
de azules pupilas, de blondos cabellos,
de atlético porte.

Sirvióles a modo de mapa,
a modo de náutica guía,
el óleo flotante que en líquida capa
las ondas cubría.

El óleo —de iris el lustre—
tendía en el Este su veste:
i urgieron su nave, cetáceo lacustre,
con rumbo hacia el Este.

Lograron allá en los alcores
del pueblo, inequívocas huellas,
i armaron sus útiles, los desfloradores
de tierras doncellas.

Hundieron la sonda buida;
i vieron que en ímpetu horro,
como sangre bruna surtió de la herida
fantástico chorro.

Un chorro que se abre en flabelo,
que en negro a la noche compite,
se curva en ojivas, desciende i da al suelo
cariz de Asfaltite.

I allá, por alcores i ribas,
su gente acamparon apriesa:
maniobras que vieron las gentes nativas
con muda sorpresa.

Después... Mienten mínimas tildes,
a par de algún techo bizarro,
las viejas casitas de aleros humildes
i tapias de barro.

No quedan ni indicios obscuros
de muchas de aquellas covachas:
allí donde fueron, levántanse muros
de rígidas fachas.

La paz del poblacho dominan
rodajes que raudos voltean,
máquinas que crujen, grúas que rechinan,
machos que golpean.

I fraguas de lumbre plutónica,
sirenas, rieles, motores, ...
i el áspero ritmo, la jerga inarmónica
de los invasores.

¡Temed su aparente progreso!
¡Temed sus propósitos grises,
sus fuerzas de Herakles, sus ansias de Creso,
sus tramas de Ulises!

Ahí, —porque ahí les arrope
sus triunfos en zona extranjera—
prendieron i alzaron de un asta en el tope
su patria bandera.

I hundieron sus ojos de azores
en torno, a soberbia revista,
como si allí fuesen dueños i señores
por lei de Conquista.

IV
Los amos

El oro, el antiguo señuelo
que atrae i a un tiempo atolondra,
como en los sembrados traidor espejuelo
a joven alondra.

El oro fue el cebo i el lazo
tendido con pérfida pauta
por los invasores, al industre brazo
de la gente incauta.

El áureo cimbel a sus brillos
obreros i obreros atrajo:
llegaban, haciéndose aéreos castillos,
en pos de trabajo.

La flor varonil de la aldea
soñando con lucros mayores,
juzgó, desde entonces, estéril tarea
sus viejas labores.

Dejó por faenas más toscas
la esteva, la red i la caña:
se fueron al lucro soñado, cual moscas
a la telaraña.

Ya el día en los predios rurales
apenas veía un labriego;
pocos pescadores sobre los canales,
la noche en sosiego...

Aquellos –por malos sus Signos–
que oyeron los dobles reclamos,
en donde pensaban hallar Jefes dignos,
se dieron con Amos.

Algunos llamándose a engaño
huyeron las fauces del lobo;
los más, fueron víctimas del huésped huraño,
señor del escobo.

La voz de los Amos, sus leyes;
su fuero, en que en ellos se funda;
su albedrío, el de ellos... Evocan los bueyes
bajo la coyunda,

¡Obrero infeliz! Bajo esa
presión que mancilla i agota,
codicia de extraños te hace su presa,
te obliga i explota.

Maneja i explota tus fibras,
tu sangre, tus jugos, tus nervios...
¡te domina todo!... Tú al espacio libras
sus roques soberbios.

Tú avanzas al lago sus muelles;
sus sendas escombras i alargas;
sus yunques golpeas; agitas sus fuelles;
sus camiones cargas.

Tú guías sus carros febriles;
tú armas los pétreos arranques
de sus edificios; tiendes sus carriles;
llenas sus estanques.
Les sirves sus viandas, sus vinos;
te curas de sus animales;
te imponen trabajos serviles, mezquinos,
oficios bestiales.

I el fruto de tántos afanes,
que nunca responde a tus obras,
te dan con el gesto con que a pobres canes
les tiran las sobras...

¡Oh, tú, que, por Hados malignos,
te fuiste a mañeros reclamos!
En donde pensabas hallar Jefes dignos,
te diste con Amos.

Te diste con Amos protervos,
de amor i justicia incapaces;
i el trato sufriste que sufren los siervos,
de los capataces.

¿I no romperás esos yugos?
¿Por siempre irá el pulpo, entre el lodo,
tus fibras, tus nervios, tu sangre, tus jugos...
sorbiéndote todo?

¿En dónde la mano pujante
que corte la soga que cuelga
sangrando tu cuello? ¿Dónde el olifante
que anuncie a la Huelga?...

V

¡Los Amos!... ¡He ahí el Paradigma!
¡Manojo de lacras! ¡Espejo
que de unos i otros el múltiple estigma
copia en su reflejo!

Avanza, en soberbia la frente,
el ojo en orgullo de necio,
la boca en lujuria, con tranco insolente
pisando de recio.

Desnudo el pescuezo de roble,
ruin gorra sesgada en las sienes,
moviendo los brazos, cual péndulo doble,
con burdos vaivenes.

Rumiando una pipa que, en fuego,
espira aromática ola,
i en su pos llevando, como el Héroe griego,
un can de amplia cola.

Si un grupo en la calle, al acaso,
le cierra el camino, con modos
incultos, violentos, entre él se abre paso
a fuerza de codos.

I si un travesuelo granuja
en verle o hablarle se empeña,

ceñudo le mira, o a un lado le empuja
o el puño le enseña.

Si pone, por moza i por linda,
su anhelo en humilde muchacha,
que bastan, presume, para que se rinda
su bolsa i su facha.

I, cierto, más de una doncella
cedió a las ofertas venales,
al oro del sátiro: Calibán que huella
de Ariel los cendales.

Errantes, sin galas ni apoyo,
sin pan, sin salud, sin oficio,
verales más luego, perras del arroyo,
hez del meretricio.

¿Qué a él su dolor, su penuria,
su vida ramera i mendiga?
Alguna, al toparle, beoda i en furia
talvez le maldiga.

Él sigue, camino adelante,
el alma en salaces cabriolas,
hollando, engreído, con pie de elefante
vírgenes corolas.

I cuando no logra su alarde
que al oro una moza se tuerza,
la acecha, i con celo de fauno cobarde
la rinde por fuerza.

VI
«Patria»

Miró cierta vez el belitre
pasar a una joven bizarra:
gacela que cruza delante de un buitre
de pérfida garra.

La moza, en el pueblo nacida,
—diamante en incógnita gruta—
guardaba, celosa, la flor de su vida,
su rosa impoluta.

Su nombre era Rosa: mas todo
el pueblo —talvez si por brava,
por noble i altiva—, con ínclito apodo,
«Patria» la llamaba.

La sangre, mestiza; de heno
la piel, con aromas de mayo;
de estatua las curvas; indócil el seno
que pugna en el sayo.

El pelo sombrío torrente,
los ojos, estanques minúsculos
de limpio petróleo, que asumen creciente
claror de crepúsculos.

La boca riente; en donaire
el talle juncal de manola;
i un andar garboso, con cauto desgaire,
de indoespañola.

La veste, si pulcra, barata;
en lazo una cinta al cabello;
i un rojo pañuelo, cual suelta corbata,
en torno del cuello.

Cuando ella encendía un pitillo,
su gusto constante, la clara
lumbrera del fósforo poníale un brillo
de incendio en la cara.

I si alguien con dulce reproche
notábale el gusto inocente,
reía con risa que alzaba un derroche
de ritmos de fuente.

El padre, un obrero de España,
la madre, guajiro el linaje,
há tiempo yacían: él, en tierra extraña,
ella, en el villaje.

Crecida al amor de una anciana
que diole materna acogida,
ganábase en terca labor cotidiana
el pan de la vida.

Se iba hasta lindes lejanos
vendiendo, por llanos i oteros,
pasteles i hogazas que hornean sus manos
para los obreros.

I entre ellos, con ellos en trato,
ninguno con torpe mirada
la hirió, ni le hizo vulgar desacato,
sabiéndola honrada.

Alzábanla en rústicos tropos
—tal gema, de hierro el engaste—,
i ella les pagaba los bruscos piropos
riendo el contraste.

¿Amaba? Talvez en secreto.
Talvez de su huerto cerrado
el fruto guardaba con tino discreto
para el bienamado.

Talvez para el mozo sería
que alzando su hacha de obrero,
frenó la insolencia con que hablóla un día
patán extranjero.

VII
Tentativas

Miróla pasar el belitre,
de cerca, elegante, bizarra:
i en ella clavando sus ojos de buitre,
dispuso la garra.

Pensó, como a otras, vencerla,
ganada del oro i del rango;
pensó como a otras, también esa perla
sumir en el fango.

Mas cuando, engreído, altanero,
pisando de recio, fue a ella,
hirióle con fría mirada de acero
la casta doncella.

Tal, siempre, el silvano lascivo
la halló despectiva i adusta:
desprecios que urgían sus fiebres de chivo
cual golpes de fusta.

I tanto, que, igual que en un nido
de alondra, rastrera alimaña,
al fin, de la virgen, con paso torcido,
se entró en la cabaña.

I cuando al reflejo del oro
mostróle su sed deshonesta,
herida la virgen en su alto decoro,
rugió una protesta.

Tal vez si su mano ya iba
a erguirse contra el libertino;
mas dejó la anciana, parándose viva,
su asiento de pino.

Miró de hito en hito al villano
—leona, aunque inútil, alerta—,
i muda, hierática, con trémula mano
mostróle la puerta.

I el fauno salió, torvo el ceño,
de aquel honradísimo techo,
mirando a la virgen, mostrándole el puño
con rabia i despecho.

Después..., algo infame se dijo
riendo con vil complacencia.
Pensaba en sus planes de sátiro en rijo:
¡acecho i violencia!...

VIII
Holocausto

¡Acecho i violencia!... Impaciente
pasaba, en atisbo, las horas,
mientras la Lujuria poblaba su mente
de larvas traidoras.

Fue, al fin, el ansiado momento...
La noche venía embozada...
«Patria» discurría por el campamento
sola i retrasada.

Volvía, aunque sola, en sosiego,
un son modulando sencillo;
en todo cocuyo fingiéndose el fuego
de algún cigarrillo.

Contenta del fruto del día
volvía... Quizás en su amado
pensaba, a las veces, porque sonreía
su huerto cerrado.

¡Quién sabe qué plácido idilio
tejía!... Tembló de repente:
el ala diabólica de un gran vespertilio
rozóle la frente.

Tembló –i no era «Patria» medrosa–
al roce del frío murciélago...
En tanto avanzaba la noche luctuosa
sus olas de piélago.

Tomada de lúgubre augurio,
sintió repentina pavura,
i huyó al ominoso mamífero espurio
con paso en premura.

Huía por la árida alfombra
de asfalto, hacia el pueblo... De pronto
una sombra humana surgió entre la sombra
del nocturno ponto.

I, tigre en lo ágil, gorila
que urge lascivo espoleo,
saltó sobre ella, roja la pupila,
con bronco jadeo.

El ansia bestial i maldita
de tal alimaña moderna,
le daba el aspecto de algún troglodita
de ancestral caverna.

Tendió con bramido de macho
cabrío los brazos en furia,
i quiso ceñirla, postrarla, borracho
de alcohol i lujuria.

Con raudo empellón instintivo
la virgen rechaza el asalto:
vacila del sátiro —al empuje vivo—,
el pie en el asfalto.

A «Patria» es propicio el momento;
i corre, con ímpetu corre,
socorro impetrando, por el campamento
mas nadie la acorre.

Conocen la triste doncella
que huye cual tímido gamo.
mas ¿cómo ampararla si ven que tras de ella
va un Jefe, va un Amo?

¡Un Amo! ¿I quién viola sus leyes?
¡Un Amo! ¿I quién toca sus fueros?...
Al paso del lobo se azoran los bueyes,
tiemblan los corderos.

I corre la triste, en sollozo,
del torpe egipán acosada, ...
i al fin, ya sin fuerzas, no lejos de un pozo,
cae la cuitada.

Desplómase inerme en un llano
de craso petróleo cubierto:
diz que así las aves, tras impulso vano,
caen al Mar Muerto.

La bestia desborda en un grito
de triunfo su innoble deseo;
mas «Patria» se yergue: repítese el mito
pagano de Anteo.

¡Escena de clásico corte!
¡Simbólico paso elocuente!
¡La Raza criolla, la Raza del Norte!
¡Las dos frente a frente!

El fauno a la ansiada presea
se arroja, i en risas estalla,
mas «Patria» descoge la mano i golpea
la faz del canalla.

¡Fue el golpe del Digno al Villano!
¡Del Débil al Fuerte en abuso!
¡Del Manso al Soberbio! ¡Del Siervo al Tirano!
¡Del Criollo al Intruso!

¡Revuélvese el macho beodo!!...
Mas «Patria» ha jugado su suerte:
—¡Primero la muerte que la honra en el lodo!
¡Primero la muerte!

Mas no de ese hombre al antojo:
—¡que fuera tal muerte mancilla!...
I en su diestra, súbito, el destello rojo
de un fósforo brilla.

¡Adiós sus cordiales amores!
¡La anciana!... ¡Aquel joven!... El ostro
que el fósforo finge le baña en fulgores
de púrpura el rostro.

La lumbre —de muerte compendio—
la virgen al líquido arroja:
i al punto desvuélvese del dios del Incendio
oriflama roja.

I la acercan la roja oriflama
del Numen, igníferas clámides,
grímpolas de púrpura, manchones de llama,
sombrías pirámides.

I «Patria» arrogante se empina
envuelta en la roja bandera
de dios del Incendio, cual una heroína
de Clásica Era.

I así, del Incendio entre el fausto
que crece, se encrespa i eriza,
se arde i calcínase, en rubro holocausto,
«Patria», la Mestiza.

IX
La cauda

La virgen fue estrella de oro
que en vida brilló con luz rauda;
mas abre a su muerte, cual un meteoro,
ignívoma cauda.

Un rastro de fuego celeste
e inferno, de muerte i de vida,
que arropa al Herakles del Norte en la veste
del cruel Ixionida.

Relámpagos vivos, flagrantes
centellas, reflejos de horno,
pardas humaradas, nubes fulminantes...
llenan el contorno.

Discurre el olaje bravío
del ígneo petróleo, sin trabas:
rugiente avenida, conflagrado río,
volcán roto en lavas.

I en danzas de locos compases,
en luchas que el ábrego atiza,
suben remolinos de incendiados gases,
de humo i ceniza.

Por donde terrífica i ciega
la ola en su ímpetu cunde,
todo lo domina, todo lo doblega,
lo abrasa, lo funde.

El hombre sus armas en vano
en contra del Fuego gobierna:
Hidra policéfala con el don insano
del mito de Lerna.

Ganando las torres —membrudos
Titanes—, en sesgo remonte
cárdenas serpientes les ciñen sus nudos
como a Laoconte.

Se atierran los ápices, truncos,
los postes se tuercen febriles,
los tubos crepitan, se doblan cual juncos
los férreos carriles.

Tributo a las llamas que rujen
cual monstruos de antiguas leyendas,
arden los talleres, las fábricas crujen,
caen las viviendas.

Inundan hirvientes hogueras
la playa, con ímpetu aciago:
calcinan los muelles, tuestan las palmeras,
asaltan el Lago.

Diríanse escuadra invasora
que, herida de ustorios espejos,
incendia las aguas, i un rojo de aurora
proyecta a lo lejos...

El cielo es dantesca fornalla;
satánicos fuelles los vientos...
se buscan, se chocan en recia batalla
los cuatro elementos.

I ardidos, con locos tropeles,
en curvas, zigzages i elipsis,
simulan los cuatro monstruosos corceles
del Apocalipsis.

Tál, «Patria», dejando ese brillo
de cauda por prez de su arrojo,
trocó el Oro negro, no en Oro amarillo
sino en Oro rojo.

En oro fundido, en torrente
de llamas, fatídico, espeso,
que viste al Herakles del Norte la urente
túnica de Neso.

I cuentan que a ver el estrago,
por sobre las ondas en tumbo,
con lampos más vivos, al fondo del Lago,
se irguió el Catatumbo.

JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

Canto al Ingeniero de Minas

Frente al Guayamurí, de cuya testa
melenuda, guedejas de vapores
desgréñanse a los vientos; frente al grande
—arquitectura cíclica de gesta,
cuyos peñascos son libertadores—,
¡Matasiete, triunfal nuncio del Ande!;
frente a las otras cumbres,
las que revisten lujo de verdores,
las que parecen por internas lumbres
calcinadas, tal vez porque del hierro
la prócer veta salta de la entraña
del uno al otro cerro;
en medio el valle soñador que baña
soplo de mar y aliento de montaña,
sonoro en la Conquista y la Colonia,
sonoro en la mudez de mi destierro;
¡Paraguachí, con su dulzor de caña;
aquí donde mi vida testimonia
resabios del asceta y del guerrero,
yo, que pongo mi sangre en lo que digo
y con bravo candor de misionero
vírgenes tierras a sembrar me obligo,
para un hombre del Norte, buen amigo,
cantar mi libre Canto al Ingeniero.

En *Revista Cultura Venezolana. Caracas,* Año VII, Tomo XXI, N.º 57, junio de 1924, pp. 147-154.

Dios, pastor invisible de las greyes,
agricultor que por la tierra guía
las Estaciones como mansos bueyes;
Dios, que tal vez hace gemir la tierra
cuando la surca su gigante arado:
¡el gemido y la sangre de la guerra!;
Dios, que fecunda el corazón y el prado,
que, de todos los mares navegante,
de todos los caminos caminante,
como un caldeo las estrellas cuenta,
conoce toda ola y toda brisa,
y toda nube lee en el semblante,
y es un lobo de mar, y la tormenta
ata al timón de su bajel, sumisa;
Dios, que sabe secretos de la yerba
y del cedro del Líbano, ventalle
del palacio real, y cuya sierva,
la humildad del Señor, va por el valle
cogiendo la perfecta florecilla
en la ingenua mañana,
como reina gloriosa que se humilla
ante la Primavera Franciscana;
¡Dios está en toda fábrica, en la interna
palpitación de todo mecanismo!
Ingeniero de mundos, Él gobierna
la energía ecuménica, la eterna
sustancia de sí mismo.
Él medita sus fórmulas y entraña
en las minas solares del abismo
su ojo agudo de gnomo y de Ingeniero.
Él horada el azul de su Montaña
y brota el astronómico venero
la nebulosa, óleo, y el lucero,
áurea pepita. ¡De la veta huraña

salta Canope al pico del Minero!
El férreo corazón de las Metrópolis
trepida. Las eléctricas corrientes
transmiten a remotos continentes
la vibración de nervios de Cosmópolis.
Agítase Mercurio, ata las gentes
al ritmo de su alado caduceo
y al moderno hipocampo aguija el anca.
El Oro, siendo el rayo, es Prometeo.
La Economía, brújula y palanca.
La Bolsa, un Montecarlo, azar de vidas...
El interés, Pegaso, va sin bridas.
Tiende sus mil tentáculos la Banca.
Y como en el erótico deseo
salta el felino, así la fiera blanca
engendra en selva de oro los millones;
mientras, como entre un trueno de trompeta,
se va operando en vastas combustiones
la transfiguración de los metales;
y la Química estudia en su probeta
esos febriles tósigos vitales,
como hierro en la sangre del planeta;
delirios de color, que ella interpreta,
de los maravillosos minerales.
¡Los minerales! No heredado imperio
del que va por la tierra y por mi canto
sacándolos de oscuro cautiverio
¡En carne triste y pensamiento santo
ellos están en cuanto al hombre agita!;
porque son hiel de vida, sal de llanto,
fósforo de su cráneo de misterio,
ácido que sus goces precipita,
roca y fragancia de su propia tierra,
hueso duro y arteria que palpita,

forman la tonelada sudorosa
de Sísifo y el ánima que encierra
en joya de mujer piedra preciosa.
Son la forja de Potsdam (son tu guerra
misma, ¡Dios de Israel!) y las radiantes
cadenas, radio de ese intenso lirio
yanqui —vigor de razas y martirio
y orgullo de los duros mercadantes—,
que envuelta en pieles, alta, blonda y fina,
atraviesa el olor de gasolina,
con su carne de rosa y sus diamantes.

Un hombre que camina
como un dominador. Al aire el cuello,
recias las botas y el mirar agudo,
la faz mordida y trémulo el cabello
por la brisa fatal y el cierzo rudo
de las distantes y contrarias zonas,
(los fantasmas de Alaska y de Siberia,
los sueños de Himalayas y Amazonas)
penetra en la Metrópolis, en la arteria,
en Wall Street dinámico y sonoro;
penetra como un sabio con su idea,
como una bruja por la chimenea,
penetra con su fórmula de oro
y se aleja después, mágico Orfeo
a sus fieras, avaro a su tesoro.

A su reino se marcha, por la vía
férrea, en trasatlántico, en trineo,
en dromedario, en avión. Se marcha
a la región más clara o más sombría,
a la antípoda virgen, al pantano
palúdico, a la nieve y a la escarcha,

a la floresta, al tropical verano,
a todos los desiertos
en que el sol niega o dilapida lumbre,
estepas rusas, horizontes yertos
de la China ancestral, horno africano,
a la meseta, al valle mexicano,
como aquél donde lanza su quejumbre
la hiena, el de morir, el de «Los Muertos».
Se va, mas que individuo, muchedumbre,
con la ambición de los más grandes puertos,
tierra más honda en ojos más abiertos.
¡A nuevos socavones, a otra cumbre!
A Haut Katanga, al Rand, donde bravea
el sol negro; a la frígida Klondike,
donde el espectro blanco se pasea;
a las de Chiksan, venas de Corea;
adonde el Gran Mogol por él abdique;
(Transvaal, Brasil); a Tonopah de plata;
a los Goldfields de oro; al seño glauco,
del lago que en petróleo se desata
(mi Zulia), y más allá Chuquicamata
¡bajo los vuelos del cóndor de Arauco!

Adonde la ambición y la fatiga
lo esperan, y otros hombres y otras razas,
y nuevo ardor... Ascético, se obliga
a combatir en soledad. Guerrero,
apronta a nuevos monstruos nuevas mazas.
León, serpiente, hormiga,
él va, prudente, previsivo, fiero,
con su rauda falange, pico al hombro.
Va por selva de instintos. Hiende, tala
tenaz. La llama de un impuro asombro
no manchó sus enérgicas pupilas.

Rompe el colmillo a la codicia mala.
Su orden guerrera purga de gorilas.
¡Y qué respiro vigoroso exhala,
cuando el cálculo va cual punta diestra
disparando al filón y da en el blanco,
porque en declive franco
el anticlinio al cálculo se muestra!
Su compañera en túnel y en barranco,
la Dinamita, ¡qué estudianta rusa!...,
con maña, la educa y amaestra.
Y cuando la explosiva siempre estalla,
o el pico muerde, o salta, o se desliza,
y el ermitaño mineral se acusa,
qué brillador espíritu batalla
con la mente y los ojos electriza
del minero, ante hallazgo deslumbrante:
¡suelto bloque de luz, oro gigante,
que un Genio cristaliza
en lecho de volcánica ceniza!
El Ingeniero lastra en un instante
sus bajeles... ¡por él es más seguro
el ritmo de Cosmópolis, complexo!
¡Mercado-Humanidad, Templo futuro!
En la Naturaleza, enorme fragua
él forja un cinto al mundo, vital nexo,
y se da como el fuego, como el agua...
¡En cerebro, en estómago y en sexo!

Y duro, con dureza de virtudes,
él, que Júpiter lanza en un potente
anudar de infinitas latitudes,
que es de la aldea y es del continente;
él, que vive entre el oso y la serpiente,
y por nocturno al topo maravilla;

él goza en su montaña, donde chilla
el águila y bramando va el torrente
y enfiebra sus dos brasas el leopardo,
esa estrellada infinitud del bardo,
el fluir de balsámicas frescuras
de esa mística flor de las alturas:
¡la Soledad de Corazón de nardo!
Los Nueva Yorks, los Londres, los Berlines,
quedando atrás, en su pulmón alientan.
El sol de medianoche por confines
blancos, el Can que los desiertos muerde,
en su organismo del lago que en petróleo se desata
(mi Zulia), —urbe febril—, fermenta,
Cosmópolis sensual con él se pierde...
Arrancando ese bloque monstruoso
que el Espíritu labra
—Babel encinta de única Palabra,
en comunión genésica de oso,
se abraza él con la Naturaleza.
¡Un poema coloso,
de mosaica y de búdica grandeza!
Al enorme contacto melodioso,
el Himalaya inclina la cabeza,
rompe a vibrar el arpa de la encina.
Y el gigante se afina
y al ser de las moléculas alcanza.
Hay en sus ojos de animal humano
Iris de espectroscopio. Y en su mano,
pesas de sutilísima balanza.

Los ojuelos del gnomo, la materia
van perforando, agudos y malignos,
mientras Memnón le hace pequeños signos;
pero lo turba la celeste histeria,

aurora boreal de otros confines,
y el duro Hernán Cortés de los metales
hace arder sus bajeles;
¡sus Nueva Yorks, sus Londres, sus Berlines!
¡La soledad te amarra con cordeles
de Sutras a sus castos ideales
vestidos de sayales,
hombre de hierro a quien maestra ruda
ata con ligazón de minerales
a la armoniosa Voluntad de Buda!...

Pero tú eres del mundo,
¡Oh Ingeniero! Mecánico organismo
junta los hombres y hace más profundo
el salmo del varón sobre la Tierra.
¡La Humanidad es máquina en ti mismo
y te pide metal para su guerra!

Trabaja, buen dinamo, fiel obrero;
que en el pan con sabor a levadura
de corazón amargo de minero,
(¡épica hogaza de carbón de piedra!)
en tu pan de peligro y de aventura,
el Leviatán de las Naciones medra.
¿Te desconoce el millonario? ¡Sabe
que el oro está en la mina, si te ignora!
Pero en la hora grave,
en la hora de Dios y, de la Espada,
cuando toda la tierra sangre llora,
y una raza devora
a otra raza, eres tú. Voz angustiada
pide pan de carbón ¡el combustible!;
porque en la guerra es un fantasma horrible
el hambre, no la muerte...

Vas, destrozas llanuras y montañas,
purgas de sangre negra sus entrañas,
y es tu carbón rayo del pueblo fuerte.
¡Perforadora, horada!... ¡Ya el petróleo
se lanza en chorro altísimo de fuego!
¿Unción de las labores? ¿Áureo Riego?
¿Crisma de Diablo? ¡Es tuyo el virgen óleo
de tus dulces entrañas, Venezuela!...

Dios a encender tu lámpara te obliga...
Sobre sus campos vela;
porque la Previsión, abeja, hormiga,
es como el Tiempo (nunca se fatiga)
y como el potro que en su escudo vuela...
¡Cava, pico tenaz! El más oscuro
socavón de minero
mientras más hondo entraña más futuro.
Rojea en el activo subterráneo
la canción de las minas, ¡oh Ingeniero!,
topo de uñas de acero,
con los ojos del Sol dentro del cráneo.
Y el pico es tan tenaz, tan impasible,
que el diámetro terráqueo cava entero.
De pronto, al filo préndese un lucero:
la antípoda de luz, el combustible
solar, Dínamo puro indeficiente,
que alumbrará la Casa de los Hombres!
Y yo, clarín del gallo, hacia el Oriente;
yo que bautizo con los nuevos nombres;
que llevo a Galipán, la muchedumbre,
sobre mis fuertes alas no vencidas,
mi espíritu en la cumbre
de ese monte más alto, Leónidas
de la patria legión, a las floridas

copas, a los ganados, a las siembras,
a la humilde labor de pobres vidas,
al buen terrón sin gota de consuelo,
a las minas, que están en el subsuelo
como el fruto en el vientre de las hembras,
a la sublime aspiración del cielo,
a Dios, yo digo, ¡Excelsior!, y levanto,
desde la herida de mi santo suelo
el evangelio de este libre Canto.

SALUSTIO GONZÁLEZ RINCONES

Cantando se van

A Jesús Semprúm
in memoriam

Montando en mi Pegaso, yo hablé al Faro del Zulia
que azotaba las nubes con látigos de fuego;
su mirada tenía tanta claridad julia,
que dejara mis ojos oscuros como ciego!

Yo pregunté, gritándole: ¿Por qué Faro no brillas
ahora como antes allá en el horizonte,
ni surgen tus frecuentes candelas amarillas
acuchillando el dorso del cielo y el del monte?

—Antes mi luz marcaba al navegante el rumbo,
pero tenía otro objeto mi relumbrante óleo:
Decir que bajo el Lago que bebe al Catatumbo
había escondido uno muy negro de petróleo!

¡Ese que da la Fuerza al Siglo XX... Ese
que John Bull quiere todo y al Tío Samuel disputa!
¡La Venecia de derricks en sus parajes crece!
¡Son la Esterlina y Dólar camellos de esa ruta!

En: Otal Susi [SGR], *Cantando germinan*. Paris, Imprimerie A. FABRE, 1932, pp. 137-138.

Ya el aceite en los pozos, surge cual pinos de ébano
sin que el tiempo las olas del alquitrán amaine,
y los *tanks* va llenando, hurtado de su cuévano
con mazut, esa arteria de acero: ¡el *Pipeline*!

¡El negro vellocino atrae una lluvia de oro
que Manoas fabulosas en la tierra despierta!
¡Billones de barriles de ese vino sonoro
de los Andes han roto la ciclópea compuerta!

Y por eso vigilo... Yo recojo mis rayos
por si acaso tu Patria, quieren volver un Bósforo
los sajones activos... ¡Supliré tus desmayos
incendiando los pozos con mi eléctrico fósforo!

¡Desgranaré del cielo mi candela amarilla!
La nube que tú admiras es tu último baluarte:
La libertad defiende del Lago de Padilla...
Volaré esos pertrechos como los de Ricaurte.

Puesto que las riquezas que sacas de esa Noche,
Sin trabajo adquiridas, en ti virtud no crean,
sino vicios que doran tu vida con derroche...
¡Deja que por mi fuego aniquiladas sean!

Y vibrará en la noche plenilunar y tórrida
el fragor de mi fuego, colérica balumba...
Por eso que no escuchas mi voz de antaño hórrida:
Faro del Catatumbo: ¡seré tronante tumba!

ISMAEL URDANETA

La palmera y la torre de acero

Palmera señoril, antes dabas al cuadro
del paisaje lacustre
la pincelada esbelta de tu airón tropical.
Ahora te suplanta la torre del taladro,
menos poética y menos ilustre;
¡pero de más efecto... comercial!

La torre del taladro vendrá al suelo algún día...
Enmudecerá la algarabía
petrolera, agotado el negruzco manantial...
Entonces, cuando se alce
de nuevo, solitario, tu lírico realce,
venezolano, tropical,
ese día,
más que la torre exótica de acero,
se elevará en las ribas tu penacho altanero,
palmera mía,
¡símbolo de la Patria porque eres inmortal!

En: Ismael Urdaneta, *Poemas de la musa libre*. Maracaibo, Ediciones del Instituto Zuliano de la Cultura, 1977.

El monitor petrolero

Casco negro, puente blanco, veloz,
bufando carbón, sudando aceite
que infecta la estela,
pasa el monitor petrolero.
En el mástil de popa
lleva izada nuestra bandera,
según convenio de Cancillerías.
Estos buques tan serios, tan machos
—extraña paradoja sajona—
muchos de ellos tienen nombres femeninos
y hasta poéticos:
Casandra, Clotilde, Lucía ...
Llevan en la cisterna de sus panzas
de acero, nuestro petróleo bruto
—¡ellos son los inteligentes, vive Dios!—,
hacia refinerías lejanas,
de donde el oro negro, ya purificado,
inunda el mercado internacional,
para orgullo de nuestras estadísticas
y provecho de sus actuales dueños.
Nada en el monitor petrolero
tiene algo de común con nuestra raza:
navío, tripulantes y cargamento
son ingleses o norteamericanos.
Pero al verlo pasar, desdeñoso,
veloz, sudando riqueza,
nuestros ojos venezolanos se consuelan
al contemplar la bandera patria
palpitando en el mástil de popa,
un tanto inquieta con aquella negrura
del casco y del aceite,

como una luminosa libélula
que temiera contaminarse las alas...

El lago petrolizado

No he sentido en mi vida
dolor más lírico
de irremediable ausencia de colorido local
a mi regreso a Maracaibo,
que el ver en el Lago de mi infancia
las barcas, las ingenuas y blancas
barcas de cabotaje
que convertían el Lago en un estanque,
el verlas con el pecho y las alas
tiznados de petróleo.

El estertor bituminoso
que en Cabimas salpica la blusa
de los obreros, vomitó al Lago
su negro Wall Street.

La alberca de zafiro se hizo tina de aceite.
Y allí están ahora en la bahía ancladas
las lindas barcas de otros tiempos,
envilecidas con el carate exótico.

Su inocencia marchita
clama a los cielos zulianos;
pero esos cielos, atónitos,
nada pueden hacer por ellas,
lanceados a su vez por las torres
de acero de los taladros
e irremediablemente opacos
en la veteada pupila con que los mira

petroleramente
la enorme tina de aceite.

La agonía del alcatraz

El alcatraz vivía feliz
en nuestras ribas. Este buzo con alas
retozaba entre dos turquesas;
lago y cielo.
Era la buena vida para nuestro buchón,
como aquí se le llama, por el enorme buche
y la barbaridad
de su apetito feroz,
terror de los bagres y otros peces lacustres.

Era la vida regalada
para este Gargantúa marino.
¡Las buenas pitanzas que le deparaban
sus bruscas zambullidas
perpendiculares
en la turquesa del Lago!
¡Los grandes paseos digestivos
por la otra turquesa del cielo!
Pero el alcatraz no contaba con el petróleo
La capa de aceite flotante en el Lago
Pero el alcatraz no contaba con el petróleo...
no se ha contentado con embetunarle
el plumaje gris: también le ha improvisado
un canto de cisne en su garganta afónica.
Porque el mísero pelícano
cuando ahora se lanza de cabeza
al través de las vetas en plumas
de pavo real, prismáticas, del petróleo,
es víctima del espejismo pérfido

de aquel iris oleaginoso,
y nuestro excelente buzo buchón,
envenenado por el gas,
va a contarle a San Pedro
su pesquería mortal.

¡Qué sorpresa para el de las llaves celestes!
Los bagres honestos del Lago,
obsequio del buen Dios a la voracidad
del alcatraz, las Standards Oil del planeta
se los sirven, ahora con una matizada
mayonesa homicida
en agua de Tofana petrolera!

En Lagunillas, en La Rita, en Cabimas,
sus cadáveres van a la deriva
en una balsa de aceite.
Y el pobre alcatraz muerto
sobre las ondas tornasoladas,
untado de pomada betuminosa,
es una gigantesca acerina
flotando en los reflejos
de una traidora lámpara de Aladino.

Calle del oriente

Calle del Oriente,
la «calle azul»,
como te llamaban
hace veinte años,
cuando no había petróleo en nuestras playas.

Eras entonces
la calle de las muchachas bonitas,

la calle de los poetas,
la calle más alegre de Maracaibo.

Eras entonces
una alameda urbana,
avenida mitad
veneciana, mitad sevillana.

Ibas a oír misa a la Capilla
de Santa Ana, y te bañabas
en quioscos lacustres,
evocación estilizada
de aquellos ranchos de indios
que vieron, con no poco asombro,
las huestes de Alonso de Ojeda.

Calle del Oriente, en aquel tiempo
de tus misas y de tus baños,
la brisa se metía locamente
por el gran corredor de tu jovialidad,
haciéndole cosquillas sonoras a tus árboles.

Hoy... Ya no tienes ni árboles,
pobre calle afligida de rusos, de chinos,
buhoneros, hoteles y pianolas.

Aún presentas una que otra
muchacha bonita,
como las hay en todas partes;
¡pero ya no tienes poetas que las canten!

Y cual si fuera poco la ruina
de toda tu hechicería pintoresca,
la draga de la Raymond

que ciega la bahía para ensanchar el puerto
te ha suprimido el Lago,
cinturón con hebilla de plata
que te ceñía el talle de ondina metropolitana.

Calle del Oriente;
calle de mis amores de veinte años
con aquella suave y pura novia
que me inspiró mi «Corazón Romántico»;
calle de los poetas de entonces
y de los enamorados de siempre;
alameda, salón, jardín, paseo
de las muchachas bonitas de aquel tiempo;
calle de día de fiesta,
¡has naufragado en arena, cemento y petróleo!
Ya no te asomarás más nunca
¡a la ventana azul del Lago!
Ya no te cantarán como antes
¡las olas, los árboles y los líricos!

Y tus palmeras enclaustradas, en lo sucesivo,
tendrán que empinarse,
¡cuando quieran decir adiós
a las volutas grises de un vapor en marcha
o a las alas abiertas de un navío!...

Isla de Pájaros

Jaula de piedra al aire libre,
la Isla de Pájaros difunde
sobre el Lago
la aristocracia del vuelo y del trino
gracias al tumulto de las aves y los pájaros
del cielo y por la gracia de Dios.

Isla de Pájaros,
no estás muy lejos de Isla de Lázaros,
la Isla de la Providencia,
como la llamamos apiadados.
No estás muy lejos de ese
sarcófago de esmeralda,
como no está muy lejos
del dolor humano. Dios.

Por eso le envías en el viento
y en la onda, la piedad del trino,
la esperanza del vuelo...

Isla de Pájaros,
simple y armonioso corazón del Lago:
¡que nunca se les ocurra
a los buscadores de petróleo,
taladrarte, por el amor de Dios!

Viernes Santo

Silencio, gravedad de Viernes Santo
en la ciudad entera.
La mudez de las otras torres sagradas
anuncia el éxtasis de las campanas.

El día tiene cara de huérfano consciente.

La ciudad evoca, tal vez a su pesar,
porque ya no es completamente
católica.
Su cosmopolitismo,
le trajo, con la nafta criolla,
nuevos dogmas y creencias de afuera...

Pero es tal la fuerza espiritual
de este día, solemne para la Cristiandad,
de este día, prendido en el año
como la lámpara melancólica de una lágrima,
que hasta los mismos devotos
de cultos extraños, se abstienen...

Silencio, gravedad de Viernes Santo,
La ciudad entera está recogida
como una conciencia ante sí misma...

Maracaibo, Viernes Santo de 1928.

ANTONIO CILIBERTO PÉREZ

Caripito

Carretera negra.
Camiones. Automóviles. Gandolas.
Tremendo olor a gasolina.
Torres. Taladros. Bombas de succión.
Negras y gruesas tuberías,
–amplios caminos fáciles–,
para que sin cesar pase el petróleo.
Tanques inmensos de aluminio
donde la luz del sol rebota y ciega.

Campamento del yanqui:
campos de golf. Viviendas confortables.
Despensas bien provistas, cheques en los bolsillos.
Grama, neveras, radios. Otra vez automóviles.
Y una voz gutural que pregunta:
–Oh how are you my friends.
Y voces que responden automáticas:
–Well.

Disparatado y mísero
el Caripito nuestro:
pedazos de cartón, tablas podridas,
hojalata oxidada, techo para las casas.
Adentro, en cuerdas tensas de las empalizadas,

En: Luis Segundo Aristimuño, *Poetas del estado Monagas*. Caracas, Tipografía Brasilia, 1969.

al sol tendidos, los trapitos rotos
con que el obrero criollo
medio cubre sus prietas desnudeces.
Y en el fango del patio, retorcidas
como un dolor ahogado,
las negras suelas de alpargatas rotas.
Botiquines y bares. Radiolas estridentes.
Juegos de envite. Hombres sin trabajo
en torno de las mesas. Chiquillos macilentos
mendigando centavos. Mujeres que transitan
ofreciendo sus viejas mercancías.
Calor de no sé cuántos grados.
Suciedad. Penetrantes olores de frituras.

Y otra voz que pregunta
a los hombres sentados,
de mano en las mejillas
en torno de las mesas:
—¿Cómo están compañeros?
Y todos a la vez,
tristes y preocupados,
con la respuesta amarga:
—Todavía sin trabajo.

No lejos, hacia el Caño
pasan y pasan tanques
repletos de petróleo
para los barcos yanquis.

PEDRO RIVERO

Ismael Urdaneta

Hermano:
mi hosanna férvido a tu libro,
por la fatalidad revertido,
es hoy freno profundo...
Legionario marcial y apolíneo,
tu espada segó lauros
y tu numen estrellas,
para decoro de la Patria
la musa Ubre.

En memoria tuya,
como el mejor tributo
quiero evocarla en la parábola del Lago,
nuevo Tiberíades.

Y veo
el mascarón infatigable
en la proa del galeón intrépido,
ávido de mares y horizontes,
volando a enjaularse, con las alas abiertas,
entre tus ámbitos cerúleos,
mensajero del Verbo
entrañado en la visión adriática
genitora de la voz primigenia

En: Ismael Urdaneta, *Poemas de la musa libre*. Maracaibo, Ediciones del Instituto Zuliano de la Cultura, 1977.

madre de la naciente nacionalidad.
Los palacios simplistas de los aborígenes
erigían su arquitectura inicial
sobre las aguas,
tal el espíritu de Dios;

y la canoa indígena,
por obra y gracia del milagro,
fue a los ojos del Conquistador
góndola criolla de aquella Venezuela
donde el airoso cocotero
plantó el campanil.

La nao aventurera largó la cruz del ancla
por bendecir el Lago;
y las velas plegadas dejaron ver en el trinquete
la cruceta de las vergas signando los aires.

Así,
con el símbolo sagrado,
a pesar de la fuerza invasora,
surgió como en los mitos idénticos,
sobre las ondas vírgenes,
la musa libre.

Pasaron siglos de opresión,
y hierro y fuego y sangre,
por el sacrificio,
para alzarse al cabo en la cima de los templos
y florecer,
el trébol de la cruz.

Igual siguió
en la empuñadura de la espada libertadora

y en el tope del estandarte prócer, broche
inequívoco de la musa libre.

Compitiendo con tus palmeras,
hoy pueblan el dorso lacustre torres sin cruz,
como la de los acorazados recientes.

Son los baluartes de un dios hórrido:
el petróleo,
al fin negro El Dorado
o «don del diablo»,
según cantó en México López-Velarde.

La nave maestra de esa catedral fenicia
es Wall Street;
y las capillas adyacentes
del gran culto internacional,
las bolsas de Londres, Berlín, París...

El taladro voraz se hunde en la tierra nativa
como un dolor interno;
y nos explota;
y empaña el iris fúlgido sobre el limpio zafir,
estanque otrora de tus barcas,
ahora ánades oleaginosos,
para duelo de la musa libre.

¡Ah!
Cuando tú echaste a pique el navío
epílogo de esta parábola del Lago,
volvió a parpadear su ojo perenne el Catatumbo
en un calofrío de relámpagos,
raíces de la fronda nocturna.
La cruz del mástil

bajó a identificarse al ancla surta;
y tu alma voló entonces
en alas de la musa libre.

Abajo quedaron:
el mármol, carne helénica;
el bronce, carne dionisíaca;
y el laurel, carne de heroísmo;
y la rosa, carne de belleza.

Mientras tú ibas a abismarte en Cristo.
cuyo amor infinito se sublima,
con los brazos abiertos a todos los hombres,
en los cielos remotos,
pendiente de

L
A
CRUZ DEL
S
U
R

ANDRÉS ELOY BLANCO

Carga

Vienen los barcos negros,
los barcos azules,
los barcos blancos.
Vienen los barcos
hacia el seto de las costas
que están en tiempo de flor.

En el cáliz de las ensenadas
se meten los barcos
y chupan la miel de los terrones.

Vienen los barcos cargadores de café
y chupan en el pezón del muelle.

Vienen los barcos cargadores de petróleo
y chupan en el pico de los oleoductos.

Vienen los barcos cargadores de vida
y el golfo los arrima a las ubres hinchadas.

En la tierra
todo sale por los poros
y corre hacia la playa.

En: José Rivas Rivas, *Ingenio y gracia de Andrés Eloy Blanco*. Caracas, Fondo editorial Fundarte, 1996, pp. 40-44 y *El Morrocoy Azul.* 1942, N.º 73, pp. 1 y 2. [Francisco Villaguada seudónimo de AEB]

Se van los barcos.
El reposo de la tierra enfermera
cae en la cicatriz de los anclajes.

Los tres mosquiteros

Acción: el estado Apure
en tiempos del Benemérito.
Los personajes del drama,
como en el teatro griego,
se presentan ellos mismos:

—Señoras y caballeros:
soy el Coronel Atós,
jefe civil de mi pueblo;
me llamo Ramón Tolete,
primo hermano del Gobierno,
Pero me llaman «Atós»,
porque «a tos» los pongo presos.
—Señores: Yo soy Portós,
Juan Bimba de nacimiento,
pero «Portós» me llamaron,
porque «por tos» doy el pecho,
porque «por tos» pago el pato
y «por tos» salgo perdiendo.
—Señores, yo soy John Bluff,
gran caimacán petrolero.
«Paramís» me llaman todos,
porque en cosas del subsuelo,
para todos es la brega
y «para mis» el dinero.
Atós, Portós, Paramís
se están cayendo de sueño
y cuelgan sus tres chinchorros

cerca de un río llanero,
en mosquiteros de punto
los tres chinchorros envueltos,
y así en la orilla del río
quedan los Tres Mosquiteros,
Atós, Portós, Paramís,
juntos, pero no revueltos
porque el punto no es el mismo
para los tres mosquiteros;
hay uno de medio punto
y hay otro de punto y medio.

El mosquitero de Atós
de tul, muselina y céfiro;
es de punto de ilusión
el punto del petrolero
y el de Juan Bimba es un punto
donde se atasca un camello
entre el Masparro y la Yuca,
sin caballo y con invierno,
porque es una tela sucia
con ciento quince agujeros,
por donde entran los zancudos
como por su casa Pedro,
pues un día entró un zamuro
y otro día entró un becerro.

Se alza el telón: una pausa
de doce años muy completos,
en el cual los tres durmientes
se la han pasado durmiendo;
los zancudos van entrando
por los grandes agujeros
y la sangre de Portós

van destilando en el suelo;
la tierra la va guardando
y en los otros mosquiteros
los que duermen se levantan,
comen y siguen durmiendo,
porque Atós y Paramís
son sonámbulos y técnicos.

De manera que en el año
de treinta y seis, más o menos
la escena se nos presenta
mosquitero a mosquitero;
Paramís y Atós, gordazos,
y el pobre Portós, un hueso.

Nueva pausa. Se presenta
Dartañán, montado en pelo
en un caballito bravo,
como el que sale en el sello.
Con los relinchos del potro,
ya Portós está despierto.

Pero Dartañán no tiene
chinchorro ni mosquitero;
su pueblo lo despertó
y anda despertando pueblos;
no trae equipaje suyo,
porque no se ocupó de eso;
viene contando con todos
porque entre todos los hicieron,
le dieron rienda y caballo
le dieron paso y gobierno.
Y ahora vienen a ser
cuatro los Tres Mosquiteros.

Llegó la noche. Los cuatro
tienen que dormir. –¿Qué hacemos?
–Mira, Portós, dice Atós,
préstale tu mosquitero.
–¡Pero si el mío está roto!,
con ese montón de huecos,
no es que lo pica un zancudo,
es que lo pica un becerro!
¿Por qué no le presta el suyo?

Y empieza el contrapunteo
que si el mío, que si el tuyo...
que si presto o si no presto...
Paramís y Atós pretenden
guardarse sus mosquiteros,
y Portós viene y les dice:
–Yo les propongo un arreglo:
hay que hacer por Dartañán
y darle su mosquitero
que cada cual ponga un poco
para que viva el Gobierno;
los de ustedes son finuras,
lo mío es de puros huecos;
ustedes ponen el punto,
yo pongo los agujeros.

Paramís y Atós protestan,
pero Dartañán da un leco:
¡Se acabó la contumelia!,
yo soy el juez del arreglo:
el cielo es para los pájaros,
la tierra, para mi pueblo,
el agua para bañarse
y el subsuelo es de los muertos,

de modo que ya lo saben
los que quieran el subsuelo!

Somos cuatro. Trabajando
los cuatro, como los buenos,
tendremos sitio de sobra
en el suelo y el subsuelo;
cada uno con lo justo,
cada uno en su derecho,
y a la hora de dormir,
como hermanos, sin recelos,
juntando gozo y fatiga
y puntos con agujeros,
haremos un buen descanso
con un solo mosquitero.

Y así, en paz y armonía,
con el trabajo y el sueño,
uno en cuatro y cuatro en uno
quedan Los Tres Mosquiteros.

AGUSTÍN SILVA DÍAZ

Responso

Árbol sin ramazones,
árbol seco
que pones tu silueta de aquelarre
en el camino escueto;
eres trasunto fiel de unos de tantos
impulsos fracasados
por el medio.

Maniquí que vistió la Primavera
en su ira ficticia
y que luego el tahúr del otoño
te robó de la planta hasta el mono
mintiendo caricias.

Fuiste pasto del pulpo
de las nubes
que en la abstracta absorción de sus tentáculos
se bebieron el vino
que en tus cordajes arteriales hubo
y se fueron borrachas dando tumbos.
Tu influencia en la vida
va pasando.

En: diario *Renacimiento*. Cumaná, 6 de junio de 1950.

Yankilandia lo afirma
de una manera tal,
que te venció el petróleo en la cocina,
y en la mueblería
por snobismo o por economía
te sucede el metal.

Árbol seco,
de sabia no te queda ni una mínima dosis,
condenado a morir pareces reo
el viejo mal de la arterioesclerosis
te puso enteco y feo.

Eres casi un inútil
en la marcha moderna de las cosas
Eres un fracasado
en estos tiempos:
ya no sirves de ejemplo
ni sirves, como antaño, de picota,
que en este siglo yankilandizado
Judas se ha civilizado
y no piensa en la horca.

Eres trasunto fiel de unos de tantos
esfuerzos fracasados.

JACINTO FOMBONA PACHANO

El canto de la madre y de la universidad

(Discurso de colación)

A mi tío Jacinto E. Pachano, mi padre, mi hermano y mi amigo, ofrezco este poema que vivimos juntos al calor de la sonrisa inolvidable.

Compañeros, entre vosotros,
yo era de los que tenían,
ya lo dije una vez, más de cigarra
que de hormiga.

Cigarra fui porque viví cantando
y porque canto todavía:
pero no la cigarra de la fábula antigua:
puse mi gota de sudor en cada minuto de mi vida.

Bien lo sabéis vosotros, y está claro
que en esta hora definitiva
de izar las velas y estrechar la mano
de la despedida,
y en que, como dijo el apóstol
está ganado el pan, mi verso diga.

Es humilde mi verso, pero rudo
como una mano encallecida,

La Universidad. N.º 4, Segunda Época, Órgano de la Federación de Estudiantes, Caracas, diciembre de 1927.

mano de mi hermano obrero
que es la única mano limpia.
Y es en su pequeñez mi verso cabal gota de agua
en donde mis estrellas se multiplican,
en donde cabe toda la historia de mi vida:
vida y verso deben ser uno como son uno el sol y el prisma.

Y aquí me tenéis compañeros,
con mi verso y mi vida.
Nunca trepó más alto la cigarra
que a la cima de este árbol de la sabiduría
árbol de Santa Rosa, tribuna
de la catedral teologal y patricia
árbol de Santa Rosa, patrona de América en Lima...
Yo sé que no disuena aquí la voz de la cigarra.
(Y tú también Santa Rosa, solías
quemar el incienso de tus oraciones
en tu brasa de cigarra mística).
Árbol de la ciencia y la hazaña,
gemelo de la Ceiba, tradicional y magnífica,
que entre la Universidad y el Capitolio
se renueva la esperanza todavía,
árbol a cuya sombra dialogaron,
antes de La Victoria, los estudiantes de José Félix Ribas,
árbol casero de la patria grande,
árbol que resplandece cada día
con las verdes voces inaugurales
de los que llegan puros bajo su cima
y muerden su corteza que es dulce y que es amarga,
árbol de la patria integra!,
como el seno de una madre viuda
en donde sorbe el hijo la orfandad y la vida...
Tribuna de los vejámenes
de cuando los doctores salían

de la Universidad a hacer la patria,
la patria encrespada y bravía,
patria de establo sin hidrocarburos
y caballos sin gasolina
y de los Congresos de Angostura,
y de la Mata de la Miel y Mucuritas,
la de la mano portentosa
que como estrellas espació provincias
es el azul del génesis
de la América bíblica...

Yo sé que no disuena aquí la voz de la cigarra.
Tiene un puesto en tu árbol, Santa Rosa de Lima,
con su guitarra tropical y rústica,
para cantar, esta historia sencilla
para cantar el júbilo
de este día,
que también es tristeza,
tristeza de la casa sola,
tristeza de la madre muerta...
Pero alegría, sí, alegría
de cumplir con ella,
con ella que me puso adentro
esta llama de patria que me rebela,
ella que en sus rodillas cuando niño
me cantó el himno de la Gesta,
himno del pueblo bravo
con que arrullan las madres de Venezuela!
Que cuando hablaba de mi padre me decía:
era un ciudadano, era
como yo quiero
que tú seas...
Y yo miraba como ahora miro
el sereno algodón de su cabeza,

grave de luz tranquila bajo la tarde dulce,
en el silencio de la casa vieja...
Y miraba en su voz florecer las palabras,
el árbol de su voz, la gracia fresca
del árbol de su voz con sol y lluvia,
velo de lluvia que velaba apenas
el árbol de su voz, si estaba herido,
en el dar de la ternura perfecta:
y aureola del árbol de su voz florecido
una vez que la gloria me abrió sitio en su mesa...

Mas negros leñadores
me lo talaron y cayó por tierra.
Y yo que era cigarra que cantaba en su cima
que siempre estuvo para mí en primavera,
no tuve dónde refugiar mi canto
de cigarra huérfana,
y fui de árbol en árbol, sin apegarme a ninguno,
ninguno como el suyo en gracia y fuerza....

Pero ya tengo ahora
porque me lo hizo ella,
un escudo para la vida,
y puedo alzar el canto que le debiera:
desde tu propia cima, árbol de Santa Rosa
símbolo de la hazaña y de la ciencia,
de cuya sombra ha de esperarse,
con la gran cristalizada en gema,
que han de salir para el futuro,
como en las bravas épocas,
los doctores bizarros,
los forjadores de la patria recia!
Y ahora voy a ti madre,
para dejar sobre tu huesa

el lauro que sólo a ti debo:
es todo lo que puedo recoger en tu ausencia,
y este canto que es también tuyo,
porque lo libré de impureza,
lleno de tu recuerdo claro,
y como tú querías, de la férrea
virtud del varón probo
que fue tu compañero y tu poeta,
y me dio el blasón de su nombre
para ser ciudadano de Venezuela!

FRANCISCO LÁREZ GRANADO

Sed

¡Siempre sed en el pueblo!
Como todos los años,
en cuadros lastimeros,
hombres, mujeres, niños
tristes y macilentos
andan por los caminos
y trepan a los cerros
hurgando la existencia
del vital elemento.

Un viento cuaresmal,
en impetuoso vuelo,
arrastra hacia el olvido
clamores y proyectos,
levanta el polvo de las calles,
hace crujir los techos
y silba entre cardones
que del ardiente suelo
se alzan como brazos
suplicantes al cielo...

¡Siempre sed en el pueblo!
un barco leva anclas
en el vecino puerto,

En: Francisco Lárez Granado, *Poesías completas*. Caracas, Fundación Cultural Conferry, 1982, pp. 67-68.

y en él se van los hombres
que en los campos resecos
han visto defraudados
sus afanes labriegos.
Se van hacia las tierras
que dan el oro negro,
se van hacia las tierras
que cruzan ríos eternos,
se van con sus angustias,
se van con sus afectos,
mientras las voces claman
y las arrastra el viento
en sus alas de llamas
por mares de silencio!

Visión lacustre

Taladros.
En la selva y en el lago
y hasta en el mismo
corazón del pueblo:
taladros negros...

Tanques.
En el claro de los bosques
y hasta en el mismo
corazón del pueblo:
tanques negros...

Palmas.

En caminos y riberas
y hasta en el mismo

corazón del pueblo:
palmas negras...

En los ámbitos lacustres;
muelles negros.

En los flancos de los muelles:
barcos negros...

En el vientre de los barcos:
oro negro...

Y en los surcos de la tierra:
sudor negro...

MIGUEL OTERO SILVA

Taladro

Entra el taladro en la tierra,
la tierra venezolana.
Suda el hombre, suda, suda
el hombre venezolano.

Crujen las máquinas yanquis,
grita el ingeniero yanqui.

Entra el taladro rompiendo
tierra y piedra, piedra y tierra,
la tierra venezolana,
la piedra venezolana.

Suda el hombre junto al pozo,
el hombre venezolano;
tierra y sudor en la espalda:
oscuro fango del pueblo.

Tensos los músculos recios,
los hombres venezolanos,
el mulato, el negro, el indio,
le están abriendo la entraña
a la madre Venezuela.

En: Miguel Otero Silva, *Obra poética*. Caracas, Ariel y Seix Barral Venezolana, 1976.

Crujen las máquinas yanquis,
grita el ingeniero yanqui,
hierven las calderas yanquis.

Por los tubos relucientes
se va cantando el aceite
la canción del que no vuelve.
Allá lo espera en la rada
el humo del barco yanqui.

El hombre venezolano
regresa al atardecer
sucio, cansado y hambriento.
Cuatro chiquillos palúdicos
comen tierra junto al rancho.
Un hilo de agua verdosa
va pregonando microbios.
La mujer lo está esperando
desgreñada y temerosa:
ella sabe que las máquinas
trituran hombres a veces.
Al fondo de la barraca
lo está esperando la mesa
con los frijoles de siempre.

Se va el aceite en el barco...

Las cifras de Rockefeller
crecen, crecen, crecen, crecen.
En Inglaterra, Deterding
sueña senderos de libras
—para cruzar el canal
que lo separa de Francia.
Palacios, yates, iglesias,

cabarets y limusinas,
gardenias en las solapas,
diamantes en blancos cuellos.
(En Venezuela, allá lejos,
cuatro chiquillos palúdicos
comen tierra junto al rancho.)

¡Royal Dutch, Standard Oil!
¡Cómo suben las acciones
y crecen los dividendos!
Petróleo venezolano.
Aceite que no regresa...

Entra el taladro en la tierra,
la tierra venezolana.
Crujen las máquinas yanquis,
grita el ingeniero yanqui,
se marchan los barcos yanquis.

Suda el hombre, suda, suda,
el hombre venezolano...

La sexta voz del coro es la del Lago

En mi vasta extensión de llano y plata,
en el asalto azul de mis pupilas,
en mis enardecidos bosques de agua,

arteria soy para latir su muerte.

En las fauces del sol, jugador de fuego,
en las alas del sol, gallo del cielo,
en las crines del sol, caballo suelto,

antorcha soy para alumbrar su muerte.

En el rumbo oloroso de los lirios,
en el dulce llegar del fugitivo,
en la leche caliente de los lirios,

camino soy para encontrar su muerte.

En el polen astral de la garúa,
en el chubasco de cristal y furia,
en el claro plumaje de la lluvia,

semilla soy para sembrar su muerte.

En los manglares de raíz descalza,
en las islas de entraña calcinada,
en el silencio blanco de las playas,

arena soy para secar su muerte.

En el potro de luz encabritado,
en la noche cruzada por un látigo,
en la lumbre azorada del relámpago,

candela soy para quemar su muerte.

En la palma rasgada por el viento,
en los muñones de los troncos secos,
en el cansancio de los cocoteros,

cogollo soy para tejer su muerte.

En el revuelo de las velas altas,
en el escorzo de las botavaras,
en la lenta evasión de las balandras,

cortejo soy para llevar su muerte.

En los labios callados de los indios,
en la mirada de estancados siglos,
en el sediento corazón guajiro,

guarura soy para ulular su muerte.

En el grasiento hervor de noche y lodo,
en los oscuros sumideros torvos,
en mis pupilas turbias de petróleo,

aceite soy para encender su muerte.

En los motores roncos de los barcos,
en el puñal hundido en mi costado,
en el ávido arpón de los taladros,
palabra soy para negar su muerte.

CARLOS AUGUSTO LEÓN

Ya no quedará sino un pozo muy negro

A Cecilio Zubillaga Perera

Y ya no quedará sino un pozo muy negro
y en sus bordes la vaca moribunda,
un hombre pálido. Y algún barco a su vera.

Y ya no quedará sino un pozo muy negro.
Todos los campos yermos: secos, yertos, los árboles,
en vacación perpetua el agua de los ríos,
sin su deber de riego.
Casi muertos los pueblos,
con sus hombres sentados a orilla de las puertas
mientras llora por ellos la tierra sin semilla
y el hambre va creciendo.

Todo habrá ido a parar a aquel pozo muy negro.
Si preguntas por la dorada fruta que no encuentras,
te dirán por consuelo que mires hacia allá.
Si piensas que hay pobreza en tu tierra
te dirán «somos ricos» señalando hacia allá.
Si preguntas «¿y las reses de antaño,
y aquellas ferias donde iban los abuelos,
con botones de oro en su traje los ricos de los llanos,
con botones de oro el garrasí?»

En: Carlos Augusto León, *El hombre y la estrella*. Caracas, Dirección de Cultura, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1965.

te dirán: «otros tiempos vinieron,
es posible que una negra fuente
brote aquí mismo, su sombra nos vendrá a iluminar».

Si vas a Margarita marinera
o a Falcón hecho de sed y de arena
te dirán que los hombres se han marchado
—que allí no había manera de vivir—
al lugar donde brota la sangre de la tierra
por un pozo muy negro.

¿Y el café y el cacao, frutos maravillosos?
¡Cuánto tiempo, hermanos, se estaría la tierra
luchando en sus entrañas, laborando, gestando,
para acumular tanto y tinto aroma,
todo el aroma suyo, sus mejores sabores,
en un pequeño grano!
¿Y el café y el cacao, frutos de maravilla?
El cacao que subía por el aire
en el humo de las tazas hirvientes,
envolviendo en el manto de su olor poderoso
toda una alcoba, en su cálido olor.
El café, compañero de la madrugada,
bueno como palabra de amigo en nuestra pena,
tan viviente y nervioso como nosotros mismos.
Si preguntas «¿y el café y el cacao?»
te dirán que es cierto, cierto, que van muriendo,
pero tenemos todos un rico pozo negro.

Y el maíz blanco y fino, el padre
de la arepa que es luna de los ranchos sombríos;
y el plátano, gran puñal para el hambre,
el plátano amigo de los pescadores
y de los negros de Barlovento;

y la yuca que da su corazón a los hombres de la montaña
y la papa, redondo mundo de sustento,
y los pequeños frutos, los hijos del conuco,
el ñame, el ocumo, la batata,
la auyama, el malanga, los hermanos menores.
Si preguntas por ellos,
te dirán que es cierto que llevan triste vida,
vida que es lenta muerte,
pero tenemos todos un gran pozo muy negro.

Si ves al zapatero y al carpintero,
al herrero, al albañil, al pintor,
al que sabe difíciles trabajos con las máquinas
y al que tiene tan sólo un par de brazos fuertes,
si los ves y te hablan
de que no se abren fábricas y se cierran talleres,
explícales entonces:
pero tenemos todos un rico pozo negro.

Y ya no quedará nada más que este pozo
que por cierto algún día se nos ha de secar.
Y en sus bordes la vaca moribunda, los potros macilentos,
niños débiles y hombres: extenuados
apretando en sus manos antiguas frutas secas.

Y ya no quedará sino un pozo muy negro.
Y algún barco a su vera.
A menos que escuchemos la voz del hambre nuestra
y el clamor de la tierra.

JUAN LISCANO

Esto ya fue una vez

quisieron hacer una ciudad de piedra
y apenas levantaron unas ruinas
ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ, *Cubagua*

En la cofa del mástil,
en un cielo oscilante,
traspasados los gestos por las aves,
el gaviero vocea el horizonte,
solar y solitario, dando costas y mundos.

Del grito del gaviero,
de la veloz gaviota de su grito
—saludo al mundo verde, al día joven,
al rostro de la tierra amanecida—,
brotó el encuellador sobre la cabria,
esqueleto de torre transparente.

¡Encuellador de pie en el aire liso,
de pie en un filo que el vacío ronda;
todo el caliente resplandor del lago,
los espejos de brisas sudorosas
y las vidrieras de la luz lacustre
multiplican tu gesto de oficiante
cuyo rigor anuncia Nuevos Tiempos:
La Edad estrepitosa del Aceite!

En: Juan Liscano, *Esto ya fue una vez*. Caracas, Maraven, S.A., 1980.

Las tribus de cocales y maporas,
las dispersas familias de coquillos,
la noble casta de las palmas reales,
las poblaciones vegetales, pobres,
la gente de cortezas y ramajes,
los pueblos de raíces y de frutos,
huyeron con los tigres y las dantas,
entre ruidos de escamas y lluvias de pisadas,
bajo nubes de garzas migratorias,
huyeron derramando sus savias y resinas
ante el preciso avance de las cabrías,
portadoras del rayo, entes de acero,
naturales de un reino sin ríos ni verdores,
descarnados guerreros de altos miembros,
cabeza estrecha y gestos implacables.
Cortes y picas en el monte herido,
se cierran ojos de agua,
el cerro pierde todas sus pestañas,
un alarido de árbol se desploma,
crece el rumor del éxodo,
inmóviles tropillas de palmeras
quedan de pronto aisladas:
el viento del peligro las despeina.
Crepita el aire, truena el mediodía,
estallan explosiones sucesivas
que reflejan sus ecos, sus temblores,
entre capas de rocas subterráneas;
bulbos de dinamita soterrados
al romper alzan tallos y gavillas de tierra.
Avanzan las orugas, los tenaces coleópteros,
zumban los abejorros, las metálicas cocas,
sus entrañas de acero van rasgando los suelos,
su ruido de colmena y de hormiguero
se extiende por los campos y las aguas,

aúllan las raíces, rechinan las cortezas.
Hay mandíbulas sabias, tenazas dirigidas,
ojos de insecto, fijos y brotados,
cuerpos de concha y élitros y zumos pestilentes
devorando pedazos de la selva,
royendo las colinas, ahondando las grietas,
cavando las sabanas, removiendo las ciénagas.
Ya clavan sus banderas
arman sus campamentos, encienden sus fogatas.
Las formas del combate se deshacen,
aquiétanse tenazas, ruedas, palas,
el silencio se anida en los motores,
los faroles se apagan contemplando
cómo la gran marea de la noche
anega lentamente las bahías,
los archipiélagos, las blandas sierras,
las nebulosas urbes del crepúsculo.

El reventón

Soterradas esponjas rezumaron
limos negros, estiércol de tinieblas.
Rompió la fuente en la mañana lisa:
pluma de aceite, torrencial al viento.
Creció de un golpe el surtidor de savias
minerales, oscuras, de la tierra.
Se alzó silbante manantial de cera,
una columna de betún cantante,
un rumoroso chorro de miel negra.
Rompió a sangrar diez días de diciembre,
diez días que contaron juntos, años,
días con doble fondo y ecos largos.
Fluyeron grasas tibias, aire untuoso,
todo el sudor pasado, grano a grano,

las sedientas fatigas, gota a gota,
brotó la tierra siglos de fermentos;
los fétidos sulfuros, la arenisca,
los légamos mezclados con las algas,
las floras de bacterias y de podres.
El reventón de negra entraña herida
llovió sobre los campos circundantes,
esparció su pesado olor a herrumbre,
oscureció los verdes y los rostros.
Maná que brota de la Tierra Madre,
leche de los profundos pozos ciegos,
lluvia de arcillas y de aceites nobles.
En la luz resonante de los trópicos
ondea este plumón de oscura savia
que lentamente apagará la arena.
Ondea y silba y arde y se derrama
y en la noche se llena de luceros
y en la aurora reluce, de obsidiana.
Hacia su gran rumor de fuente llena
se encaminan los hombres, presurosos,
el crujiente hormiguero de los hombres,
las caravanas del desierto, el Éxodo,
migraciones surgidas de la Biblia.
Vuelven a relucir los espejismos,
la fábula que nace de las selvas,
del macerado aroma de los ríos,
de llanuras pulidas por los vientos.
La sequía contiene una comarca
de chirriantes maderas agrietadas
y se habla de cascadas bajo tierra,
de orinocos de aceite soterrados,
de océanos de asfalto subterráneos.
La mítica columna del petróleo
se yergue bajo el sol, arde en la sombra

y guía hacia sus fuentes escondidas,
sus fecundos veneros de acre olor,
a la humana familia deslumbrada,
a los hombres, los dueños del milagro.

La edad del chorro

Y tras de haber llegado a la meta del viaje
durmiéronse entre andrajos y mugre como tantas otras noches
y esta vez el hambre no vino a mantenerlos despiertos
pues otros hombres la esperaban en las aldeas de tierra
adentro
así que pudieron revolverse a sus anchas sobre el
humus del sueño
pudieron hundirse con delicia en la hojarasca podrida
hasta que la mañana sudorosa y dorada les llenara los
ojos de arenas rojas
y el despertar les fue leve
frente al Golfo que tenía el color y el movimiento de
los cocales susurrantes.

Aguas apenas salobres que navegaron naos
descubridoras en una mañana quizá semejante a esta
costas regadas por sangre de la Conquista y rebeliones
de indios
ciudades fundadas en medio de la soledad y de los
espejismos
asaltos de piratas aullantes
a quienes vistieron con lujo bárbaro de habitantes de
las Islas Tórridas
el sudor de los combates y las llamas de los
exterminios
pero no era llegado el tiempo de evocar los días idos
ni de buscar entierros que fuegos fatuos y ánimas

en pena señalaban
sino de acercarse al surtidor ondeante del petróleo
al chorro de negra lumbre que expelía la poderosa
serpiente terrígena.

Peligrosamente sobre el filo de los encuentros y de
las despedidas levantaron sus viviendas
casas a retazos temporales semejantes a muelles para
desembarcos fortuitos
esos muelles de carcomidas maderas y liquen
verdinegro que parecen navegar en las bahías del
trópico
y en los cuales sólo atracan goletas de contrabandistas
y canoas de pescadores.
Levantaron casas sin raíces como para marcharse
pronto a la hora de los incendios o de la fuga
a la hora también de la pobreza irremediable
construyeron sus moradas con una sola mano
puesta la otra como visera para otear el horizonte de
espinares y arbolillos desgreñados
buscando el sitio prometido donde brotaría el plumón
zumbante y graso de la bestia del petróleo.
Sobre las costas regáronse ciudades provisorias nacidas
del camino y prestas a volverse caminos otra vez
ciudades del polvo para el polvo traídas por los vientos
el de las arenas y el de los éxodos y el de la sequía
a punto de quedar vacías o de ser azotadas por la
peste o de arder
ciudades en harapos como niños mendigos devorados
por la miseria y sin embargo con rasgos de algún
frescor pasado
un aire de cercas y paravientos de cuando fueron
campamento o ranchería

siempre estrellados de entradas y salidas donde solían
sentarse a ladrar perros azules del crepúsculo.

Los hombres que vinieron por un día se quedaron sin
saberlo
encallaron los marinos pero siguieron hablando del mar
como de un mañana seguro
lentos montañeses que dejaron abierta la puerta de su
rancho andino
sentáronse en horas de asueto a la orilla de las tardes
para ver pasar en su memoria melancólica
los arreos de burritos peludos del terruño lejano
cargados con trigo y con maíz parameros
negros mordieron a dentelladas historias sucedidas en
los cañaverales o bajo los cacahuales nativos donde
tenían enterrado el ombligo
artesanos que contaban volver al pueblo adormilado en
la silbante paz municipal de la plaza
cambiaron de oficio y de peinado y de vestir y de
mujer anclados ya en un puerto que no sabían
algún peón de piel oscura y pelo liso se abismó entre
sus sombras y de pronto parecieron cubrirle todas
las plantas de los curanderos.
Nadie nadie se fue de las ciudades andrajosas
las primeras ciudades de la Edad del Petróleo
que empezaban a girar en las calientes noches ebrias
de los fines de semana
que empezaban a girar entre luces de mostacilla y
farolillos.
Giran las ruedas de la fortuna y las ruletas y ruedan
los dados de la parada victoriosa
estar sentado a la diestra de la Señora de la Buena
Suerte vestida con su traje de oros y de ases
estar ganando el tiempo de la vida y de la dicha

porque esto es vivir sin fiebres ni puntadas ni
conucos que se quedan muertos de sed
parada de la buena suerte buena suerte ruedan los
dados en el vientre de la noche el vientre de la
noche
llegan los convoyes de prostitutas que viajan de pueblo
en pueblo
repartiendo un lujo fácil de rasos entre hombres que
tienen manos de sarmiento
las ciudades ruletas giran en la noche caliente donde
se desnudan las rameras de altas risas y de pródiga
cintura
tintinean los vasos y las voces enronquecen en
Juancho's Bar, en la Luna Roja, en Las Veguitas, en
Palm Beach,
navegan los nocturnos pasajeros que llevan una
máscara de sudor en el rostro
pasan bailando en los espejos de El Platanal Night
Club, de El Hijo de la Noche
marineros en tierra dando tumbos
reseros embriagados que de pronto se ponen a hablar
con el caballo ausente
perforadores que aún huelen a bosta y a malojo
tahúres que barajan sonrisas y espadas con las copas
buhoneros que muestran con gesto confidencial algún
collar de vidrios que el alcohol enriquece
todos se van quedando en las ciudades construidas con
detritus y escombros
las ciudades-garito-que están girando en las noches al
compás de las maracas cuyos capachos frotan
vientres con vientres
mientras los buscadores de aceite recogen sus grandes
redes arrojadas en el tiempo
los fundadores de un imperio de tanques y taladros

los creadores de un cuerpo material en el que puede
contemplar el hombre a su imagen y semejanza
el fluir oculto de una energía múltiple y poderosa
como la sangre
que nadie ve sino cuando se derrama por el tajo de
una herida.

Esto ya fue una vez, pero está siendo:
la misma fiebre de fortuna breve,
el mismo imperio de materia rica,
las casas sin cimientos, las urbes sin raíces.

Esto ya fue una vez, entre nosotros.
De un puerto negro surge Nueva Cádiz,
salen de los tanqueros: carabelas
un silbar de sirena se vuelve campanada.

Esto ya fue una vez: el mar difunde
su gran rumor de calles y ciudades,
naves empavesadas se deslizan
entre cabeceantes carabelas ancladas.

Voces de pescadores en el vuelo
de una lenta flotilla de alcatraces;
los muelles de salitre y barbas verdes,
la concha de techumbres, la tiza de los muros.
Casas y toldos. Hierve el griterío
mercado de colores olorosos
a sudor, a mariscos, a pescado,
turbamulta harapienta salida de un espejo.

Se juega el sueño, el tiempo, los esfuerzos,
las casas del horóscopo, los vinos,

la pena en salazón, los cueros fieles,
la barba, el brazo manco, las fábulas, los panes.

Se brinda en perla, se habla en margaritas,
la lengua se transforma en carne de ostra,
valvas los labios; paladar de nácar,
perlíferos: la sed, el hambre, la agonía.

No era la rosa de los vientos míticos
girando sobre el mar de la abundancia
ni los tropeles de hipocampos ágiles
retozando en los bosques de corales y pólipos.

No era el rocío transformado en perlas
cuando la aurora azul daba sus nácares
ni los mutables rasgos femeninos
—estaciones y lunas— de aquellas margaritas.

La Isla Rica, Isla Afortunada,
Isla de los placeres y bondades,
navegaba hacia el mar de las sequías
por el rumbo agitado de los negros ciclones.

Tripulación bullente y embriagada,
nave de orates y festín de ciegos,
en las sentinas los esclavos cavan
un nicho de recuerdos donde ocultar el sueño.
Los buzos: humus y fecundos légamos
y blando fondo intestinal sumiso;
piel de grietas y escamas —los esclavos—
que rescatan las perlas y escupen sus pulmones.

De mano en mano exhaustas suben conchas
hacia un flotante cielo derramado,

soga de manos y de conchas ata
Nueva Cádiz al agua, sirena que la atrae.

Desde el fondo del mar, sube la imagen
de la ciudad estremecida y pródiga.
Prendada de su imagen de riqueza
naufragando algún día, se ahogará en su reflejo.

Taladros

Entes con ademán de rayo petrificado,
raza de gigantes insectos cavadores,
cabeza y cuello y dentadura articuladas,
dardo que escupe una saliva hirviente,
chisporroteante red de nervios,
tendones-remaches, pulso de maquinaria,
entraña de tubería, sangre de lodo.

Cavadores con músculos de acero,
largo aguijón colgado entre las patas,
columna vertebral terminada en dentadura,
rabo que se vuelve trompa taladrante,
dientes de escualo, dientes de caballo loco,
dentadura de espinas férreas masticantes
que rompe guijarros y peñones
que engulle dolomías y asperones
que tritura rocas, masca arenas calientes,
segrega humores, zumos que se endurecen
bullentes babas que cuajan en costras
espadón penetrante
cola de pescado rotatoria
antena de pez sierra
que hiende y hurga y silba y rasga
mientras temblores de metal sacuden

a las inmóviles bestias cavadoras.
Se les ven los ojos de mirada fija.
Se les ve la fuerza de cabeza estrecha,
la disciplina de acero articulado,
el perfecto equilibrio involuntario.
Se les ve ¡tan ciega, la energía!
¡tan voraz, la obediencia! ¡tan feroz, el propósito ajeno!

Empero no hay sino el hombre
y estos seres de otro planeta
individuos de una Edad de los Insectos,
autómatas vencedores de la humana especie,
estos aparecidos que sobre el agua, las llanuras,
los claros del bosque parecen otear el horizonte
estos personajes de tornillos y de válvulas
cruzados por los vientos
entre cuyos huesos se cuelan los paisajes
y de noche rebrillan las estrellas
no afirman sino la humana presencia
no dicen sino el hombre
son como sus miembros dirigidos
sumisas herramientas de su voluntad
son sus dedos, su plexo solar, su pensamiento.

Nuevo Mundo

En el principio todo estaba escondido soterrado
imperaba el silencio entre sequías y lluvias que eran
una misma fiera ecuatorial de doble cara
de vez en cuando empollaban burbujas negras y
pesadas
oscuros manantiales rebosaban su almizcle de aceitosa
tiniebla

sus maceraciones fétidas aliento de la bestia del
subsuelo
que se arrastra por las cavernas de líquenes aguas
negras y gélidos caudales de fuego líquido
allí donde el tiempo gotea interminables estalactitas de
transparente hielo verde.

En el principio fue el silencio
lo innominado de rugiente rostro
el pánico que vuelve azul al hombre como las grandes
heladas
hasta que una estación más benigna le devuelve su
color humano su costumbre su sabor cotidiano.

El silencio se fue cuarteando como un barniz
obra de los veranos tórridos de la humedad fungosa del
paso de los rebaños fugitivos
y por cada alvéolo que formaban las grietas como
celdilla en panal de miel
por cada poro del silencio esponjoso
hablaron los hombres multiplicáronse las bocas
aletearon los labios
llamadas y respuestas rebotaron sobre el muro de los
encuentros
y las ruedas empezaron a girar cual molinos de viento.

Ardió el enorme colmenar de luz roznante
hubo palabras de alta precisión con calidad de acero
pulido y forma abstracta
otros nombres se perdieron entre las yerbas escasas de
esas regiones áridas
cada quien según su oficio extrajo las cosas del
silencio
de palabras nunca oídas estuvieron hechos esos

primeros días
cuando el mundo resurgía en cada gesto en cada
saludo en cada señal en cada llama encendida por
los conquistadores.

Aquí todo fue inventado menos el Petróleo
cuerpo de las oxidaciones milenarias piel negra verdosa
tornasol
Señor de este Imperio establecido para servirle
presencia multiforme y oculta
espectro de infinita vestidura impalpable como el aire
limo fermentado que atravesó las rocas madres que lo
contuvieron
impulsado por los movimientos de la matriz terráquea
cuando rompía fuentes y alumbraba paisajes
zumo exprimido por los cataclismos
goteando siempre entre las rocas que se pliegan o se
elevan o se asfixian con un largo estertor de arenas
rojas
emigrante con su multitud de colas vibrátiles
de élitros que le hicieron recorrer los estratos del
tiempo
sus escaleras de cuarzo de espuma sus escalinatas de
nubes o mármoles
viajero por entre arcillas salíferas
esquistos negroazulosos grises que aún guardaban la
huella de las amonitas fundadoras de faunas
razas del Diluvio Universal
de la Edad de los Mares Derramados por donde
alzaban vuelos tajantes los pájaros-saurios y se
deslizaban engullendo peces y espongiarios los
reptiles nadadores
jugo que rezumaron las pétreas entrañas
y que ahora vestido de asperón o de arenas o de gres

o de calcáreo gredoso
se esconde bajo la corteza terrestre como la savia bajo la corteza del árbol
siempre uno y repartido en las familias del reino mineral que le protegen y disimulan.

Aquí todo ha sido creado por el hombre diseñador de espacios y relámpagos
todo ha sido fundado por el hombre arquitecto del tiempo y de la historia
para servir al brujo de un país flotante sirviéndose a sí mismo
piache más ligero que el agua móvil fluido pájaro subterráneo
crudo que cambia de apariencia y multiplica las formas de su penetrante y acre olor
hombre que multiplica los embudos y las probetas gigantes
los crisoles resistentes y los hornos roznantes en su laboratorio de mago sin constelaciones
para apresar dividir fragmentar volatilizar el cuerpo invisible pero presuroso y cálido del aceite innumerable.
Entre la marinería anclada en tierra firme por los nuevos oficios
los margariteños solían escoger los trabajos de mayor riesgo
y los cumplían con regusto y voluntad de peligro no exentos de grandeza
como si añoraran las horas de angustia sobre el mar y la heredad de los naufragios y de los duelos
por lo que decían los pausados zulianos como
corresponde a naturales de una región canicular donde fatiga hasta el movimiento de la propia

sombra:
«Son gentes que se odian a sí mismas»
y tormentas de equinoccio se alzaban en aquel decir.

Los antiguos campesinos se hicieron a las costumbres de las máquinas
las nombraron áspero el cariño y semejante al que pusieron antaño en los útiles de labranza o en el animal doméstico con quien compartían los ayunos
en cambio los pescadores usaron términos que pertenecían al mar.
Las cosas y las palabras se tornaron más íntimas a medida que el zodíaco giraba cual pieza rotatoria de taladro celeste
sobre el sueño y el despertar de los hombres
sobre ajetreos de infatigables constructores erguidos entre vientos y resplandores:
vigilias en los talleres estrepitosos
frente a tableros donde agujas trémulas hablan del pulso y de la respiración de las máquinas dadoras de luz o de energía
en los tanqueros de pesada entraña y frente testaruda
en los montes donde la pica reciente parece un hilo mordido por el verdor rabioso
en torno al monstruoso insecto de la cabria
entre cuyas patas inmóviles gira la trompa horadante
que tan sólo se detiene cuando las esponjas de arcilla y de areniscas
rezuman los negros fermentos de los pudrideros seculares.
El taladro celeste cubierto por el polvo de estrellas astilladas
sube y baja sobre el pueblo hormigueante de las razas confundidas

manos para la pluma y manos de chamiza renegrida
mano a mano el brazo musculoso y la inteligencia de
finísima nervadura
hombro con hombro la ambición y la necesidad
tejedoras de una malla irrompible para pescar el
futuro
hombres de todos los mares de todos los fuegos de
todos los panes
que sembraron en las aguas que levantaron
construyeron dispusieron un país inventado
región de cemento y de metales organizados
comarca de palpitante entraña que vibra con
movimiento de incesante bombeo
islas de turbinas y compresores centrífugos que escupen
a velocidades siderales el silbido achatado de los
gases
plantas de reinyección que llenan las grandes bolsas de
los yacimientos con su soplo de asfixia que cuartea
y vacía el aire
isletas de recolecciones zumbantes como moscardones,
árboles de navidad como cruces de tubos válvulas y
pestañas atornilladas juntas
flora de minio
vegetación de concreto y de mangueras
redes de arterias y de venas por donde se desliza el
petróleo de ondulante lomo
azuzado por el Diablo de las consejas populares
el Cochino de las tentaciones de San Antonio y San
Jerónimo
quizá marrana con apariencia de diosa Fortuna
arreada en fin por esos latigazos que pasan sonando a
azufre
y empujan al rebaño de oscuros y sudorosos
bramadores

hacia los corrales de las refinerías
hacia las ciudades tubulares que en la noche espesa de
los litorales resplandecen entre torres y pasarelas de
bombillos encendidos.

Los nombres de lugar nunca supieron que decían
petróleo
Mene Grande Bachaquero Tía Juana Cabimas Mara
La Paz Petróleo
Lagunillas del fuego que vio encenderse el agua en
torno suyo y ardió en unas horas como alguna
ciudad maldita por el cielo
Guanoco del petróleo muerto
Temblador sobre su sabana que baña el Orinoco y
Jusepín frente al río Guarapiche y Caripito entre sus
montes no se llaman Monagas sino Petróleo
porque la araña veloz que bajo tierra teje su red como
yedra vertiginosa
la yedra que se desparrama como un mar vegetal y trepador
son el Petróleo
Padre que se fue sacando los hijos del vientre
Padre Mene en una Tierra muerta de sed digo
moribunda de tanta Guerra a Muerte y hombres de
mala entraña
Padre Crudo no nos abandones a la hora de la mayor
necesidad
hora nona que hemos de vivir por culpa tuya por
nuestra culpa de ayer de hoy y de mañana
como sequía roedora de la tierra
como aguacero torrencial que vuelve a roer el pellejo
que pisamos
cuero abandonado a la intemperie bajo el cual arden
los hormigueros y hormiguean las gusaneras
Piache invisible que estás en todas partes sin estar en

ninguna para tocar y ver tu piel desnuda
porque tú te manifiestas sólo por la herida como la sangre
o por la combustión como la llama
y nada está más cerca y más lejos de ti que el hombre mismo a quien niegas o ennobleces.
¿Recuerdas tu podre cuando empezabas a fermentar bajo capas de limos y de escombros
en los confines de las tierras y de los mares llanos
en las lagunas litorales o en los deltas con varios cuellos de agua
o en las desembocaduras de lentos estuarios?
animalillo podrido y alga putrefacta y barro hediondo y ácido nauseabundo
Rey que triunfalmente alzaste un día tu gran plumaje tembloroso de aceite
para servirte están los hombres capaces de edificar ciudades como escalones de granito
los hombres capaces de robar el vuelo del ave la nadadura del pez y el poder del sol reflejado
los hombres que tú sirves también en una contienda de luz y sombra sin porvenir seguro.

Hombre y negro manantial trementina y cabellera sudor y combustible osamenta y arenisca
un hombre de petróleo se yergue entre sus hornos
sale mascando su chicle de petróleo
enciende el motor de su petróleo rodante y va por el petróleo de la calle hacia su casa petróleo
en una ciudad enteramente petróleo de un país de aceites blancos grasa saturantes ceras naftas gas lubricantes combustibles de calderas aceites refinados parafinas asfaltos negro humo petrolatos.

¿Qué energía está naciendo bajo el flujo de aceite
indetenible?
¿Qué vagido romperá su cáscara a la hora de los
brotes y de los afloramientos?
¿Qué niñez del mundo y de la especie asomará entre
las fuentes rotas?
¿Qué patria o qué desastre qué porvenir o qué
expiación qué arcángel o qué bestia nos esperan
en las últimas olas del petróleo suntuoso?
¿Qué esplendor de vida unirá sus destellos a los
espejismos de Dorados o qué ceniza irá cubriendo
las ciudades de la fábula?
¿De ayuno o de abundancia serán los años que ya
presiento y a cuya puerta constelada no quiero
tocar?

El encuellador entró en el gaviero y el gaviero en su
cofa y la cofa en el mástil
y el palo mayor al despuntar en el horizonte anunció a
los sobrevivientes de la Isla agostada
que estaba por llegar un barco de auxilio
y de esperanza.

¿Qué muerte, frente al mar, tuvo esta urbe?
¿Qué nombres dijo en su agonía llana?
¿Qué dientes invisibles han roído
sus torres y sus casas y su tiempo de ostrales?

¿Fueron los vientos, el tumulto erguido
de los ciclones, colas de tiniebla,
cuevas de cataratas y relámpagos
zarandas bramadoras perforando las nubes?

¿Fueron las aguas, el incendio líquido,
los rebaños de crestas y de espumas,
la tempestad que embiste y que da coces,
las costras de escombreras que el maremoto cuaja?

¿Fueron los sismos, suelos encrespados,
los hundimientos, las hirvientes grietas,
las hondas galerías derrumbadas
los muros aún en pie mas heridos de muerte?

¿Fueron la luz, escamas de sequía,
los ríos de las perlas agostados,
la invasión del desierto entre las calles,
las manos de la sed estrujando las horas?

No hubo incendio ni sed ni terremoto
ni corazón del mar huracanado
ni edad adversa como el hombre mismo
ni desventuras otras que las que el hombre funda.

Nueva Cádiz fue muerta por los hombres,
entre perlas y nácares sangrantes,
escualos de codicia y de lujuria,
isla en orientes rica, pobrísima en raíces.
La cruel tiranía de las perlas
dobló a su imperio pueblos y esperanzas,
su dominio de fiebres y espejismos
se extendió hasta las rígidas fronteras de la muerte.

Porque era un mar de sed el que cercaba
la Isla legendaria, un mar de yermos,
un aire de cardones y guazábaras,
un cielo de sequías, un tiempo de arenales.

Todo mentía el brillo de las gemas:
eriales de osamentas bajo el agua,
víboras de la sed entre zarzales,
turbiones de codicia, la ira y sus escualos.

En pelos la violencia y las hambrunas,
escorpiones los besos y el abrazo
dentaduras de félido en los gestos,
lujuriosa, la fe; la ambición rapiñosa.

Nadie sembraba, nadie cosechaba,
nadie creía en las raíces firmes
nadie pensaba el árbol que reparte
los frutos y las lluvias, las sombras y los pájaros.

Nadie araba en el mar campos del aire,
nadie emprendía el viaje hacia sí mismo,
nadie quería oír su alma a solas,
nadie esperaba un tiempo más húmedo, más fértil.

Se volvieron los hombres todo concha,
clausuráronse en sueños de crustáceos,
segregaron humores enfermizos
criaron parangonas de oscura sangre fría.
Primero manantial y luego arroyo,
después río de perlas, desbordado,
creciente destructora, aguas mortíferas
precursoras del triunfo monótono del barro.

Era un proliferar sin fundamento,
un devorante cáncer de tenocas,
un exceso, un frenético desgaste,
una riqueza llana sin fondo y sin renuevo.

Escaleras abajo van rodando
los barruecos solemnes, los aljófares,
la menuda y liviana mostacilla,
el esplendor salino de las gemas redondas.

Rebosaron de perlas los mercados;
secáronse las fuentes –los ostrales–
volvió la sed mascando sus retamas,
soplando sus asfixias, esparciendo sus vidrios.

Entre el brillo apagado de las conchas
Isla de la sequía, tierra muerta,
pasto de la tormenta y del verano,
tortuga aniquilada, barco desarbolado.

Cubagua, nuestro hueso de codicia
tirado en los umbrales de la historia;
bajo montes de conchas y de sales,
blanquean esqueletos de dueños y de esclavos.

Cubagua, pez de arena, nuestros cardos
la imagen de la muerte que nos mira,
el tiempo que andaremos paso a paso,
los días por venir que anticipan sus iras.

JUSTO SIMÓN VELÁSQUEZ

Mechurrios

Se llena la noche de sierpes de fuego
que cruzan el éter en vuelo fugaz:
anhelos que suben, lumínico juego
que nace en la entraña y brota a la faz.

Se inunda el espacio de incesante aurora:
volutas de llamas que el viento desvía,
teatro de incendios que la luna dora
con serenos rayos de melancolía.

Arden los mecheros de fulgor lucífero,
que a la tierra inflaman con su luz ardiente,
y matizan cuadros de color ignífero
de reflejos de oro y de sol poniente.

A la tarde pulcra, de vistoso alarde,
que en divino éxtasis de pasión se entrega,
esa lumbre abrasa con ensueño que arde
en diuturno beso, que furor despliega.

Llegan sus reflejos hasta el horizonte,
luminosas briznas que en lo alto rielan,
y en fúlgidos haces el obscuro monte
se convierte en lampos que arreboles velan.

En: Efraín Subero, *Poesía margariteña*. La Asunción, Ediciones del Ejecutivo del estado Nueva Esparta, 1967.

Y del Catatumbo, que titila lejos,
son rival airoso que en vivac campea:
aquél es el alma de los indios viejos;
estos centinelas de lumbrosa tea.

JUAN DARÍO PARRA

A mi lago llegaron

¡A mi Lago llegaron los gringos
con sus miradas torvas,
con sonrisas de hienas!

¡Llegaron los conquistadores,
los modernos piratas
de este siglo de lucha!

¡Trajeron sus máquinas,
que asustaron al viento
con su trepidar!

¡Mi Lago azul
se pobló de gigantes,
de gigantes inmensos,
de gigantes voraces
que le chupan la sangre
y lo manchan de negro!

¡Llegaron los romanos,
los modernos romanos,
los que no tienen gloria
sino astucia y vileza

En: Jesús Ángel Parra y Carlos Ildemar Pérez, *El Lago de los poetas*. Maracaibo, Gobernación del estado Zulia, Dirección de Cultura de La Universidad del Zulia (LUZ), 1994.

para forjar cadenas,
y llevarse el botín
de la victoria oscura!

¡Mi Lago azul
se pobló de fantasmas,
de fantasmas horribles,
de fantasmas terribles
que no asustan al Lago,
que no asustan a nadie
y se lo llevan todo!

¡Llegaron los conquistadores,
los de la rubia cabellera
y de la blanca tez!
¡Llegaron los conquistadores
con la conciencia negra,
negra, como el oro que se llevan!

¡Mi Lago musa de poetas,
mi Lago azul y límpido
es una fuente triste,
es un fantasma inmenso
con mil ojos y brazos pavorosos!

AQUILES NAZOA

Fatalismo

Ruperta, la muchacha que en el Llano
fue durante algún tiempo novia mía,
y que a la capital se vino un día
presa de un paludismo soberano,

ya es una *girl* de tipo americano
que sabe inglés y mecanografía
y que marcharse a Nueva York ansía
porque detesta lo venezolano.

Como esos que en el cine gritan: ¡Juupi!,
tiene un novio Ruperta, y este en «Rupy»
le transformó su nombre de llanera...

Y es que en mi patria –raro fatalismo–
lo que destruir no pudo el paludismo
lo corrompió la plaga petrolera.

En: Aquiles Nazoa, *Poesía de amor y humor*. La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1985.

FRANCISCO GUTIÉRREZ

Imagen

A Miguel Otero Silva

Cuatro
signos apenas con que te nombran
y te nombro en la pleamar
de estos días menguados.

Como si fueran cuatro medallones
donde se reflejaran los rostros de mis muertos
Y se imantara el aire de las oscilaciones.

Aquí, amor, te invocan Pero no te sienten.

Cómo utilizan cuatro escudos para violar
tu sal y la rosa prendida de tus cielos.

Sé que de tu entraña brota una leche espesa
que enturbia la mirada, que traiciona y corrompe.

Cómo pesan en mis ojos la manzana petróleo,
la azucena y la penicilina y el camisón
petróleo de la joven.

En: Francisco Gutiérrez, *El mar de oscuro fondo*. Caracas, Editorial Arte, 1965.

Cómo va empobrecido el diente petróleo
de la novia y la risa columpio del colegial.
El niño limpiabotas es mueca
de la patria flagelada y entristecida.

¿Cuántos quebrantos y dolores se necesitan?
¿Qué de coraje para vencer la impunidad?

Cuatro
dolores
sagrados
llevo
a cuestas ardiéndome en tu noche.
¿De cuál costado cuelgo tus ríos?
¿Dónde el Cerro Bolívar?
Denme un aposento donde encerrar
tu mojigatería, Amor.

Defiendo esta heredad turbada donde pueda
enterrar mis huesos y otros que me pertenecen.
Denme un jugo de limón para apagar
esta ebriedad mientras la noche
de Cabimas arda perennemente.

BENITO RAÚL LOSADA

Pueblo petrolero

Pasamos, seguimos.
Golpeamos a tientas los rumbos.
Responde el suelo a la pisada, eco
detenido que de pronto corre
de techo a techo, de calor a calor,
de calle a pozo o a sudor o a piedra.

Por donde el enjambre afluye,
refluye,
mientras jadean las horas a la orilla del Derrick,
de la bomba, del color negro
fluyente él también en chorro negro
desde la arena subcutánea.

Y en el cristal intenso, el sol,
siempre el sol, castigo de la hierba,
del ojo en la ventana, de la hormiga,
de las despedidas hasta la tarde
cuando el crepúsculo
se viste de retorno en brazos tensos,
dedos cansados, vaho emponzoñado,
alcohol en una esquina del camino,

En: Benito Raúl Losada, *Tiempo transitado* (Antología poética). Maturín, Ediciones Gobernación del estado Monagas, Biblioteca de Temas y Autores Monaguenses, 1989.

camiones hirvientes de día trajinado
o muerto.

Seguimos, pasamos.
Herimos la sangre con gritos destemplados
y chillona policromía de mercados,
con rudos sones de altavoces múltiples,
implacables en el tambor del tímpano,
con risas o llantos o niños desnudos
o cornetas y humo eterno de cocinas.

Aquí hubo la soledad.
Si, posiblemente la soledad.
Aquí yació la espera por los siglos
hasta el día del tropel incontenido,
llamada de la tierra mineral, imprevista,
en un extraño amanecer de tractores y torres.

Pasaron por aquí hatajos y madrinas
—mugiendo los becerros por la ubre—,
merodearon el puma y el jaguar
en las noches y noches,
en los días y días.
Sí. ¡Qué plenitud de ofrecimiento
para los años de los ríos!
¡Qué música lejana en red maravillosa
y qué viento de guaruras gemidoras
en el caballo verde reposado!

Y ahora el eco dobla por las casas
y huye y se multiplica y se devuelve
a su origen exacto
o al dolor ¡qué importa!
al dolor de cada piedra,

de cada brisa,
de cada hueso,
de ese niño en el charco o en ese brazo tenso,
en ese humo lento o a tanta
resignación.

¡Y ahora es el calor más calor,
el grito más grito,
el tiempo menos tiempo
contra el presagio
amargo, grave
de una temible soledad distinta!

El fuego intemporal

¡Oh, mensaje terrible
de los anticlinales centenarios
hacia nunca, en el viento!

Geología infernal que distorsiona
la oscuridad de la meseta
y se prolonga en fuego horrorizado
de sí mismo, clamor de minerales,
gemido, llanto, grito inabordable.

Ah, las voces tan voces espectrales
en diálogo tremendo de relámpagos:
pasan a nuestro lado ¡las sonámbulas!
y consumen latido tras latido
el lento padecer ilimitado.

¡Qué mano de la tierra crepitante
para incendiar al aire silencioso!

¡Cuánta verdad de siglos
en hálitos de grados imposibles!

¿Qué palabra, qué mundos nos proclaman
y rumbos de fogata nos predican?
¿Dónde la tanta luz nos quema y dónde
la noche se reparte sus jirones?

¡Oh, gas incandescente,
árbol de lunas infinitas, tétricas:
Tu nacimiento ha sido latigazo,
rotura de la tierra, duro parto,
retorcida gestión sobre unos hombros
ávidos de humedad y de ternura,
explosión de una negra romería
en túneles de arenas y martirio,
respuesta de la roca a los taladros
innúmeros, inmensos!

Oh, torres ululantes,
roja interrogación de suelo a cielo,
lumínico poder sin potestades,
aluvión de calórica agonía,
fragua sin prisa, cálido fantasma,
¡todo a la vez sin que sepamos cuándo!

El corazón donde el negror se abrasa
puede ser mayor muerte a nueva vida,
muerte que se transforma en mayor muerte
o muerte sola, muerte sin final.
Todo en la soledad y el abandono
—puñal de alerta sobre la tiniebla.
Todo en el esqueleto de las sombras
—hueso de una respuesta codiciada.

Pero en la sequedad de la sabana,
en la desolación amortajada,
frente a la horizontal huérfana noche
nada importa pensar, tocar, saber.
Sólo llegamos a elevar el ojo
a este pasar de voces que nos llaman
desde las milenarias lejanías,
en suelo donde cruces de otros nombres
hacen eco en el nuestro,
donde otro fuego permanente gime
para multiplicarse en las estrellas.

¡Fogatas de Guanipa,
trozo de llanto, sillas de Vulcano
en terrible mensaje
hacia siempre, en el viento!

LUIS BELTRÁN MAGO

V

En esta tierra americana,
en Venezuela,
donde un mar de petróleo
desemboca en Nueva York,
viaja hacia California
y duerme en Curazao;
en Venezuela, digo,
donde el hierro
descansa
sobre la panza roja
de los cerros
en Bolívar.
Aquí, en esta tierra
regordeta hacia
arriba
y flaca, flácida
de la cintura hacia los pies, habito.
Vivo en una ciudad
grande e iluminada.
Vivo en una ciudad
enriquecida y pobre;
vivo a lo largo de un río
maloliente y ambiguo,
infecto y oscuro.

En: Luis Beltrán Mago, *Antología esencial*. Caracas, Círculo de Escritores de Venezuela, 2009.

Vivo en una ciudad
heroica,
apretada de cerros
bella y sucia,
ahíta de ladrones.
Aquí, en mi ciudad,
roban los ricos
y los pobres.
Aquí hasta la ternura
—que es la ruta del hombre
por la vía del amor—
ha sido maltratada.
Aquí el amor se paga
a golpes,
a puños,
a dinero.
Aquí hasta la dignidad
tiene su precio.
Hoy deambulo
por mi ciudad
despierta,
camino, ando.
Ando descalzo con mis
ojos;
descubro sus caminos
interiores,
sus grandes carreteras
de dolor.
Me alarmo ante su euforia
penetrable,
salto de pena frente a su corazón
vacío.
A mis oídos llegan los pasos
de los desesperados.

Visten trajes azules,
relucientes,
camisas blancas
como para disimular la carroña
que cubren;
huelen a perfumes
importados,
fuman en largas
pitilleras.
Trasciende, en sus pupilas,
la angustia de llegar.
Son los que venden los pulmones
de la ciudad,
los que comercian
con sus laderas,
los que han cegado
sus ríos
y maltratan su rostro
y queman sus cabellos
y aprisionan sus senos;
los urbanizadores
que violan
ordenanzas;
los empresarios del crédito
y la concupiscencia.
A mis ojos se asoman
—como signando un rito—
las vitrinas cargadas
de metales.
Vienen de todas partes:
De Nueva York, de Holanda,
del Japón;
de la Francia degolliana,
de Inglaterra.

Vienen de todas partes
menos de Venezuela.
Son, amigos, los metales,
de la conquista.
Y a mis espaldas,
como un reto,
aparecen los ranchos
macilentos,
miserables.
Allí germina
el odio.
Allí está la muerte
acechando,
está la pena
latiendo,
está el crimen
cundiendo.
Está el hombre.
El hombre en su actitud
humana,
el hombre apestado
de lacras,
sucio,
el lobo,
el lobo-hombre,
colgando en los barrancos
con un niño en los
brazos;
el hombre-bestia
con una sonrisa
meciendo el colmillo
en trance de matar.
Está el infrahombre.
Está el hombre

llorando.
No es tiempo de callar
cómo el taladro hiere
de muerte, cada día,
la entraña de la tierra
para que su riqueza
vaya a sembrar bonanza
en otra parte.
No es tiempo de callar
la burla del petróleo.
No es tiempo de callar
sus viajes exteriores
borracho de divisas,
mientras acá, en Caracas,
en Venezuela,
no se deja sentir.
No es tiempo de callar
cómo de la placenta
de la tierra
el hierro va directo
a Detroit para que luego
regrese a iluminar
la vanidad del nuevo
rico.
No es tiempo de callar.
No amigos. Hay que armarnos
de palabras
y gritar.
Así os lo digo en esta
ciudad tuya, mía,
de todos.
En esta, tu ciudad,
apretada de gritos,
ahíta de canciones.

No es tiempo de callar.
Sabedlo todos...
No es tiempo de callar.

ASDRÚBAL DUARTE

Cóndor de fuego

Ayer
el Cóndor
de fuego
rompió la cintura
del horizonte
y lanzó
sus dardos
a la piel
magullada
de la tierra,
y a los hombres
de miradas
frías,
de los palafitos,
de los guayucos,
de los gritos
inconclusos,
alzaron
el botuto
de guerra
que retumbó
en la pampa.
El sueño
de fantasmas

En Asdrúbal Duarte, *Alba y Ocaso*, 2007.

duró siglos.
Hoy,
el astro amo
es todavía
el Cóndor
de fuego
que rompe
la cintura celofán
del horizonte.
Pero,
no hay hombres
de miradas frías,
de botutos
de guerra
que sacudan
la llanura.
Hay un silencio
esclavo,
un silencio
comprado
por el rubio
invasor,
a cambio
de un vaso
de whisky,
de un OK
repetido
con sonrisa
maligna.
Y el rubio
flagela
la tierra,
se lleva
el petróleo,

inyecta
la fobia
y deja
en el alma
del pueblo
el veneno
del dólar!

Punto Fijo, enero, 1953.

Las piedras

Allí estás tristísima y salada
con tu vestido natural de espumas,
ya se olvidaron de ti los hombres graves
que amasaron en tu corazón una fortuna,
y una noche sin ruido se fugaron
sin dejarte un adiós en la mirada,
ni un delantal para que te cubrieras
las miserias que en tus calles se quedaban.
Y te pusiste a engarzar estrellas
a edificar ilusiones gota a gota,
¡Hablaste de petróleo, bostezaste horizontes!
y te echaste a llorar con tu esperanza rota.
El golfo entonces se acurrucó en tus brazos,
y te besó más tu frente marinera
y a la pálida luz de tus faroles sucios
se fueron diluyendo tus quimeras.
Allí estás, enferma y abatida
con lágrimas de brisa en tu ribera
con tu mañana de color de remo
y con tu tarde que se vuelve estela.

Las Piedras de Paraguaná, 1957.

PEDRO GAMBOA

La refinería de Amuay

A Bob Sleigtholm y a Fifa, su mujer, en Abilane o en Ras Tamura o donde quiera que estén, preguntándose, seguramente, si la refinería de Amuay seguirá como antes, reflejando a Manhattan en la salina de Las Piedras.

De noche
Con el viento domado por septiembre
se enciende Manhattan
sobre las quietas aguas
de la salina.

Es tu sino pueblito,
tu muda alegoría
el símbolo argentino
sin humo y sin nostalgia
se abraza rutilante a tu miseria.
Venezuela navega
en los vientres oscuros de los buques cisternas
pero tu sino es verte
reflejada por siempre
en las torres de Amuay.

En: *Poesía de Falcón*. Caracas. Fondo Editorial Fundarte, 1998.

Sus tetas desvalidas
ya craqueadas a gusto
recorren los espacios
como un viento girante
abrigan y encienden
la luz de Unter den Linden
las favelas de Río
las calderas de Osaca
mas, aquí, en estas piedras
donde nace y comienza la soledad de Adaro
sólo dejan reflejo sobre tus quietas aguas.

Más allá de las sombras
un mechurrio incansable
sigue apuntando al golfo con su dedo amarillo
pero yo vivo y sueño
sobre tus quietas aguas
mientras yace Manhattan
en mi alma se elevan
cada vez más radiantes
las cien torres de Amuay.

HESNOR RIVERA

Puerto de escala

Las apariencias no engañan
menos de lo que puede hacerlo
la controvertida realidad de esta zona
He tergiversado con amor el problema
en otra edad y otro mundo
—lo dominaban las razas
de los seres maravillosamente inútiles.

(Los de las manos escarlata
bañadas en el área de sus pesadillas
cultivaban junto a sus asnos el crimen
rasgueando la palidez de arena
de una guitarra en los barrios.
Los de la memoria visible
como el cráter de un cristal subterráneo
tallaban rostros en las piedras
paridas por el sol en el patio
—ardían con un fuego salobre
como el lago que mecía sus casas.
Tú eras bella y reinabas).

¿Dónde estaba en realidad la apariencia?
¿dónde la aparente realidad de esta zona?
Confundido te nombro. Registro

En: Hesnor Rivera, *Persistencia del desvelo*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1976.

con tu nombre —era rama de pelambre mágica
grata de ver como el ojo del trueno—
los laberintos del agua.
La encrucijada en círculos del viento.
La elevada cavidad de la llama.
El terreno boca abajo del cielo.

Pero para este puerto de escala.
Para la ciudad llena de cajas
misteriosas como altares fugaces.
Llena de olores como una bestia encinta
sólo es posible registrar al tiempo.
Tocar y desdoblar sus vestidos
como los de un huésped milagroso
que regresa sin descanso de un viaje.

Confundido te nombro de memoria
como ante el eco de una montaña íntima.

Debo evocar muchos días
y muchas noches de desolación tiradas
sobre el césped que encubría al petróleo;
hasta en los rincones santísimos
donde las mujeres conjuraban el golpe
de cola de los huracanes sueltos
por el techo crepitante del trópico.
Hasta en los cuartos convertidos en cuevas
para la nostalgia casi ciega
de los antepasados navegantes.

Hasta en el peltre de las escudillas
olía a cabellera de explosivos demonios
—se entretenían en desatar de continuo
todas las tempestades picantes

que caben por ejemplo en la faja
ecuatorial de la cebolla doméstica.

Pero sobre todo rememoro la selva.
Avanzaba con sigilo. Casi a razón
de un zarpazo vegetal por minuto.
Pugnaba por entrar en la sala
para negociar sus furiosos secretos.
La hoja de la doble puerta y el viento
decapitaban en el alba serpientes
contra el nivel ensangrentado del quicio.

Tú eras bella y reinabas
—lejos de las apariencias contrarias
y de las calamidades celestes
y terrenas de este puerto de escala.
Tenías por las noches en los ojos nieblas
doradas y altas como los torbellinos
del árbol que ilumina el corazón del océano.
Es todo lo que recuerdo ciertamente
de aquella realidad entre tantas regiones.
(Un alegre visitante vino
a saludarme con la mano torcida.
Bailaba con sagacidad siniestra
meciéndose en la hamaca de la mujer más tímida)

Es todo lo que recuerdo del combate
por regresar al comienzo del comienzo
de aquel otro comienzo del comienzo perdido
vaya a saber nadie de qué lado
ni hacia cuáles direcciones del tiempo.

Cabimas

Las serpientes venenosas —puras
en sus lechos de azucenas y de lirios fluviales
resguardaban del viento el corazón
en llamas de la selva —la selva todavía
oscura en el corazón de la llama.

El tiempo andaba y al oeste el Lago
andaba con el tiempo como un animal virgen.
Por el norte y al este andaba el mar
—batía los harapos de la absurda
eternidad que ha encubierto los huesos
de los antepasados desde entonces errantes.

Bajo el cielo por las noches rojo
como el techo de un trueno —seco y ancho
como el pecho de las primeras doncellas
la infancia se nutría con el pan de tu nombre
—lo amasaba con la tierra del patio
recién nacido entre los altos árboles.
Lo juntaba en el bolsillo a las piedras,
de seguir el brillo del conejo y del pájaro.

Cabimas. ¡Oh! hermosa lentitud de los viajes.
¡Oh! nudo de la red de otros ámbitos.

La infancia te nombraba en tus calles
para alcanzar más rápido el misterio
del porvenir que te hundía a lo lejos.
La infancia se aprendía tu nombre
de fiebre con olor a tormenta.
De laguna todavía en el aire.
De culebra-Cabimas. De calor-Cabimas.

De hamacas y de insectos-Cabimas.
Tu nombre de distancia donde el tiempo
iba tocando las primeras puertas
como un viajero que jamás ha partido

El ojo de gas verde del petróleo,
andaba suelto alrededor de las casas.
Afuera las mujeres hablaban
de difuntos hasta hace poco cálidos.
Hablaban de parientes cercanos
que llevaban por el día la muerte
pintada como una flor sombría
detrás de las orejas.

El ojo de gas verde andaba suelto.
Se olía su rumor de azabache.
Se veía su silbo de lagarto encantado
cuando entraba para arder en las salas.
Adentro se tenían los hijos.
Se abrían como el saco de la piel de los vértigos
para guardar monedas y reliquias de oro.

Nosotros ya podíamos pensar
en las muchachas —podíamos creer
que las noches se untaban con los fuegos del campo
para dar serenatas y andar tristes
por la ciudad.

Cabimas ya podía
cultivar sus fantasmas. Ya sabía
repetir sus cábalas de feria
desde el comienzo en sus funciones últimas:
Hacer pasar la muerte por el aro
de candela de los ojos de todos.

Hacer entrar la muerte por el ojo
de la aguja de coser las heridas.
Hacer saltar la cuerda inexistente
de la fortuna con los pies muy juntos
sobre los arrebatos de las vísperas.

¡Oh! lentitud del viaje hacia la extraña
encrucijada que plantaste en el centro
de tu latitud entre flores y fieras.
(La goleta golpeaba abriendo un túnel
en la transparencia del calor espeso
caído entre el delirio de las costas.
La goleta con ruedas de caballo y alas
arrancadas a las hojas del plátano
iba y volvía sin cesar —nadaba
como un ángel maquinal del vacío).

Se hablaba de las fiestas mortales
en el nocturno malecón del oeste.
Junto a la estatua de los descubrimientos
todo el tiempo las mujeres vestían
los encajes extraídos del azúcar del coco.
Las guirnaldas del amor concebido
en los oscuros barrios como un puñal
—como una lámpara solitaria en la noche.
Como una ronda de embozados fantásticos
salidos con el alba de los bellos velorios.

Se hablaba de la muerte contraída
sin dolor ni enfermedades visibles
—cogida poco a poco como un pasmo embrujado
en la naturaleza de los mil demonios
sólo para perder y estar vivos.
¡Oh! nudo de la red ya podías

amarrar la razón de los éxodos.
Cabimas ¡oh! ciudad de otros ámbitos
ya podías revolverte en el círculo
cautivante de tus propias imágenes
para verte más allá de los bosques.

El ojo de gas tenue del petróleo
se extinguía alrededor de las casas.
Afuera se contaba por ciclos
la historia de los desaparecidos.
Por encima de los techos el tiempo
andaba rojo como el cielo de antaño
—vestido con el vuelo de las trinitarias
que comían en las piedras del patio.

Adentro se tenía a los padres
—relataban hazañas sobre el oro perdido.
Sobre bestias y alimañas cazadas
sin dificultad en el dintel de las puertas.
(Por aquel entonces naufragaron los tíos
y los primos lejanos que sabían
odiar con la fuerza de su debilidad a los gringos.
Que veían desnudarse a las gringas
como trozos de hielo bajo el sol
—como témpanos de alcohol por el alba).
El ojo de gas tenue moría.
Tu nombre de muchacho-Cabimas.
De autobús-Cabimas. De pescado-Cabimas
regresaba del viaje al porvenir
de otro tiempo que te mantuvo lejos.

Comprendías la furia de la muerte pretérita.
Emprendías la vida de la muerte de ahora.

GUILLERMO FERRER

Lago de Maracaibo

Antes fue la semilla, el pájaro en la luna.
Antes era la piedra, fosforescente y pura.
Era la caja de resonancias mágicas del viento.
Era la majayura peinándose en la noche.
Era el sol en su rojo poniente
con su carga de peces y gaviotas.
Era la brisa oceánica con sus reflejos mágicos
y su noble abolengo viniendo de Castilla.

Todas las cosas nobles volvían de la tierra
poniendo en cada puño su invasión poderosa.
La tierra repartía sus frutos seculares
y en las aguas nacían los crepúsculos rojos.
Aposento sagrado de fuegos ancestrales,
remanso milenario de planetarias aguas.
En tu seno vivieron el leopardo y el hombre,
comieron de tu fruto la torcaza y el trueno,
en tus dormidas aguas se aquietaron las aguas
imperiales y rústicas del tumultuoso océano.

Todo el viento dormía su alegría en el monte,
y la lluvia derramaba su topacio en las piedras,
los pequeños lagartos venidos de otro mundo
tenían en los árboles su transparente imperio.

En: Jesús Ángel Parra y Carlos Ildemar Pérez, *El Lago de los poetas*. Maracaibo, Gobernación del estado Zulia, Dirección de Cultura de La Universidad del Zulia, 1994.

La luna agazapada sobre los copos verdes
teñía con su armiño la cintura del lago.
Bajo los palafitos era un dios imponente
el cacique formado del barro y la paloma.

Las quillas misteriosas de las tres carabelas
quebraron el silencio maternal de la dicha,
ni un rumor, ni una arena, ni una flecha, ni un pétalo,
se opusieron al buque sigiloso de Ojeda.
Otra vez renació la tierra con su grito,
y el espejo del lago registró nuevos nombres,
el idioma del loro fue perdiendo su esencia,
y grabados quedaron sus señas en los árboles.

Hoy las torres de acero forman tu cielo oscuro,
el lodo de las piedras palpita desde el fondo,
el alcatraz ha muerto, las gaviotas se fueron,
en las palmeras sube la savia del petróleo;
hoy las velas inmensas como castillos blancos
ya no mueven la estela del bauprés poderoso
y la sal ha esculpido la tristeza en su rostro.
¡Lago de los poetas! ¿Por qué tu azul inmenso
ya no tiene las mismas transparencias oceánicas
de aquellas tibias tardes de dorados crepúsculos?
Esperemos al nuevo corazón del futuro,
tu añil de inmensa tinta ha de caer del cielo,
volverán las gaviotas desde remotos ámbitos,
y nacerán más puras las huellas de los hombres.

JUAN SALAZAR MENESES

Canción

En fuentes azules y blancas
una doncella negra encanta una serpiente.
Danza, danza, danza,
entre corales y nubes negras,
en el lirio, en la llanura
donde galopa un caballo anciano.
Danza en huracanes blancos,
danza en huracanes negros,
en torbellinos de ópalo,
de puma y nieve.
¡Oh esfinge de hulla
y de los oscuros astros!
Tu boca sangra en los deshielos,
en las últimas estrellas.
Tu ojo de eclipse,
tu abdomen de oboe
y de licor antiguo.
Tu sexo cobra,
tu sexo ave,
tu sexo relámpago y vampiro
tu sexo gallo negro
embebido de nueva aurora.
¡Oh diosa eterna de hulla
muerta en los polos

En: Juan Salazar Meneses, *Los huéspedes del verano*. París, Librería Española de Ediciones, 1954.

cuando el gallo decline
su canto de purificación!
¡Oh camelia negra!
¡Oh rosa de petróleo!
muerta de amor en los casinos!
Oscura copa
danza en la clepsidra,
en el mar que también es un dios.
Me disteis rosas en Mersey,
jacintos en Oklahoma,
mas era oscura tu condición.
¡Ave negra
que no muere en cielo blanco!
Danza a fe mía,
danza a fe tuya,
danza para este mundo que despierta
en molinos y lluvias de oro.
Danza en el ojo perturbado de la bestia,
en el ojo perturbado del asno,
en la flor de la tempestad.
Sexo cocodrilo,
sexo escualo y llanura.
sexo árbol blanco.
Aún los himnos del cielo,
los relámpagos que engendran los coros
y la luna se incendian
a espalda de los grandes ríos.
El amor
en su sed terrestre,
en los nevados arco iris.
¡Huésped eterno! ¡Jóvenes auroras!
Vuestro es el canto.
El mar precedido de tempestad
pule sus huesos como rosas,

levanta corimbos
a los umbrales del cielo.
Ondina, ondina negra,
muerta en los silbos del coral
y el mar que la contempla.

JOSÉ ANTONIO CASTRO

Hablo de mi ciudad

Yo quiero hablar de esta ciudad en que vivo.
Yo quiero reclamar por el sabor a níquel de su aire.
Yo quiero que mi ciudad se peine como una joven india
y que el sol sea sólo amigo de fines de semana
y que los peces salgan en las noches a pasear
por las avenidas cubiertas de automóviles
y que las heces sean incineradas en los templos
en homenaje a nuevos dioses de mi ciudad
y que los edificios altos sean recortados
como si estuvieran hechos de cartón delgado
y que las casas verdes y amarillas de los pobres
sean pintadas de negro en señal de pasajero luto
y que el chorro negro de petróleo sea pintado de blanco
para que no haya más tristeza en el corazón de los desposeídos
y toda la ciudad pueda decir «mañana amanecerá la tarde»
y las gaitas puedan al fin cantar una alegría verdadera
y las ratas puedan salir de sus escondites y morir
aplastadas por los indios que bailan al son de tambores
o por los vendedores de café que saltan como si
estuvieran histéricos y sus termos no pesaran más.
Yo quiero que mi ciudad se quite de una vez esta máscara
que le ha traído cien mil pecas cancerosas en el cuerpo
y que hable con su voz de vieja madre olvidada
para que al fin el hombre que tanto se ha buscado

En: José Antonio Castro, *Las manos* (1963). *Obra poética*, Mérida, Venezuela, El otro, el mismo, 2005.

pueda encontrar un ojo y ver de nuevo
el mundo que se le había perdido por mucho tiempo.

Ciudad sin amor

La luz acogota, nos aplasta, y no hay amor.
He caminado sin ropas por las casas más pobres, y no hay amor.
Me he embriagado en las casas más elegantes, y no hay amor.
He registrado todos los rincones de la ciudad, y no hay amor.
El cielo como una mala acuarela de color rosado, y no hay amor.
Árboles escupiendo
sin cesar sobre el pavimento, y no hay amor.
Niños inflados que revientan por las noches, y no hay amor.
Niñas de rostro oval pálidas de amor en las iglesias, y no hay amor.
Calles repletas de hombres y mujeres ventrudos, y no hay amor.
Automóviles gigantes que dejan un olor a prostíbulo, y no hay amor. Casas con ojos de mujer en las ventanas, y no hay amor.
Las manos de los padres sobre los bastones, y no hay amor.
Silencio absoluto sobre los mediodías, y no hay amor.
Monedas jugando juegos de niños en las aceras, y no hay amor.
Mujeres gordas sudando sus deseos en las camas, y no hay amor. Hombres jóvenes ahorcados en los postes, y no hay amor.
Secretarias marchitas dobladas sobre los escritorios, y no hay amor. Italianos llorando su suerte en los retretes, y no hay amor.
Seiscientos mil dioses en las puertas de las casas, y no hay amor.
Cada agujero de la ciudad yo he visto con mis ojos, y no hay amor. ¡Ciudad construida con cemento y acero! ¡No hay amor!

JESÚS ROSAS MARCANO

Petróleo
Como un caballo negro

Cuando la tierra era joven
comenzó a guardar en su pecho
el esqueleto del lagarto,
el pie del árbol seco,
las señales del capricornio,
la cobija de los helechos,
la sombra de la piedra antigua
y la conchita de los huevos.

Estaban los arbustos sucios;
todo abajo era fuego
y la hierba se ahogaba
de vapor y de peso.

Más abajo, tambores
como cascos revueltos,
como vahos cocidos,
como caldos eternos.

Los hombres de la cabria llegaron
con su empeño:
kaki sobre la piel;
sobre el calzado, acero.

En: Jesús Rosas Marcano, *Manso vidrio del aire*. Caracas, Inciba, 1968.

El chapapote de la frente, suave,
y sordo el aluminio del sombrero.

Y cuando se adentró el taladro
en el pecho del suelo
y chocó la arteria bituminosa,
reventó frente al cielo
el zumo de la tierra virgen
como un caballo negro.

Mene

Ese que hace glu glu
por el día,
glu glu por la noche
y no duerme;
ese que hace glu glu
cada rato
es el mene.

¡Ay, que estaba la tierra
cansada
y sudaba aceite!

Mechurrio

Este el circo de los gigantes,
¡míralos!
qué buchadas de fuego,
qué buchadas, te digo.

Parece que la tierra
cumple siglos
y para celebrarlos

le prendieron
esos tantos cabitos.
¡Qué lengua colorada tienen,
como un trapo encendido!

Cuando la noche
vino
se hizo el silencio
altísimo.
Los gigantes silbaron
frente al pueblo encendido.

El látigo de humo del mechurrio
atropellaba arriba
la nube que arropaba
a las Siete Cabritas.

HELÍ COLOMBANI

Canto a Guanipa

Y fue como llegar, sin más motivo.

Atrás fueron quedando otras historias

Milenarias razones que privaron
en ir sedimentando capa a capa
—estrato tras estrato—
no tan sólo las rocas.

Atrás fueron quedando otros motivos.
La alfombra vegetal que iba cubriendo
las fallas, las alturas, la planicie,
y aquella soledad que como el viento
zigzagueaba entre arbustos y matales.

Después vino la gente. Acento extraño
que llegó a incorporarse en el paisaje.

Y fue más que el acento. Fue la máquina,
fue el ruido, fue el aceite, el humo negro,
el olor a quemado, el golpe seco,
las manchas en la tierra.

En: Helí Colombani, *Canto a Guanipa*. Caracas, 1982.

Allí quedó, sin más, aquel recuerdo
de la tierra horadada y malherida.
La sangre que subía a borbotones
succionada en un ritmo permanente
por vampiros de hierro.

Y vinieron las casas. El laberinto
de calles sin trazado. Salir de un sitio
y llegar otra vez al mismo sitio.
Y se explotó la tierra. Y se explotó la mina
Y se explotó el subsuelo.
Y el suelo. Y lo que habita sobre el suelo.

Se refinó la explotación del hombre.

Y vinieron las luchas. Al principio
sin un rumbo preciso. Ya después al rescate
de una fuerza-trabajo, de un trabajo
del hombre, por el hombre, para el hombre,

Atrás fueron quedando otras historias.
Y fue creciendo la ciudad.

Los pobladores nómades
de pronto se asentaron.

Las raíces de aquello
transitorio
fue hundiéndose, quedándose, naciendo.

Cuando llegué a esta tierra mis pulmones
fueron vibrar en la emoción certera.
Aquí encontré el calor.

Amigos de otras partes que pasaban
y fueron decantando.

Parajes, extensiones, tierra llana
como asiento de angustia.

Ser de acá significa haber llegado
en lugar de decir haber nacido.

El trabajo se expande y reproduce
con ánimo y más ánimo y más ánimo.

La imagen del futuro está plasmada
a trazo de pincel.
Allí va el surco,
más allá los galpones y los riegos
y los sembrados de estallidos verdes.

Más acá la extensión tiñe de blanco
las reses que la cría va sirviendo.

El ruido de las fábricas se envuelve
con esa muchachada permanente
que trabaja y estudia.

El pulso del futuro
se ausculta, se predice, se elabora,
y acá lo estamos viendo.

Por eso cuando canto
con aire de Guanipa los pulmones
revientan en los bronquios como un sueño.

Recuerdos de futuros es la imagen
que rescata el aliento.

Por eso cuando canto
no estoy cantando yo. Canta el paisaje
donde el hombre inyectó su sangre fresca.

Y fue como llegar. Sin más motivo.
Atrás fueron quedando otras historias.

Y otra historia, adelante, nos precisa
soñar y más soñar como un trabajo
hasta lograr que el sueño
se agigante y se extienda como un río
recibiendo la savia del afluente
para ensancharse luego como un delta.

J. M. VILLARROEL PARÍS

I
La estampida

Veníamos de un viaje Otras tierras
en una misma geografía montes y sabanas
El sol más cálido prendía en los bucares
al fondo de las picas
Veníamos de un viaje Uno en sí es un profundo viaje
para recordarse muerto en los velorios cachos y aguardiente
Nada más grato que conquistar el monte donde reina la cuaima
la tigra los pantanos y las plagas
Mudarse por las trochas de un pueblo a otro
Una gran aventura
Tomar los burros montaña abajo montaña arriba
Mañanita despertando los gallos los corrales
y seguir con el ruido palanganas
Noches tras noches gitanos de un campo a otro
De Caripito a San Juan allí en el Delta
vadeando el Tonoro el Guarapiche el Tigre
Así salieron mis primeros viajes en medio de la noche
Otro viaje cadena en el tiempo

Buenaventura había muerto en la calle Maturín
de Quiriquire
La vi tendida sobre la mesa con una sábana blanca
mientras las chivas comían berenjenas en el patio

En: J. M. Villarroel París, *De un pueblo y sus visiones*. Valencia, Ediciones del Rectorado, Universidad de Carabobo, 1979.

El viaje continuaba nutriéndose en cada campamento
Una cuadrilla de perforadores margariteños chistosos
jugadores de truco y de dados
Todos costeños venidos de las haciendas de cacao
Grandes plantaciones de Cariaco de Soro
Conuqueros del Turimiquire peones de los bajos llanos Orientales
Una cuadrilla para el viaje una más para morirse de paludismo
en Maturín Caripito El Sinco Campo Rojo
La estampida del sueño en un juego cerrado
El viaje era por rutas trazadas en un mapa sin huellas
traído en las valijas de un míster un jurungo cualquiera
Una visión esclavista como en la colonia con gente de color
traída de todas partes
Era para no regresar jamás al sitio de partida
Era como si nunca nos hubiéramos mudado
Caer enfermo Suicidarse Envenenarse en las juergas domingueras
con los bolsillos repletos de dinero entre barro y petróleo
Caminar madrugadas veinte kilómetros de monte lleno de miedo y frío
Viajar Viajar hasta el encuentro de la tierra prometida

Esta meseta está llena de taladros
Desde El Tejero Santa Bárbara Jusepín
Los apamates están llenos de petróleo
Muertos con una tristeza de país en ruina
Esta meseta está llena de taladros
Sembrada de hombres muertos
Un largo cementerio viene desde Caripito
y no tiene fronteras
Es la gesta la nueva conquista entre pueblos
que viven y mueren

La estampida del sueño en un juego cerrado
Con una legión de mutilados rodando de campo en campo
Con mujeres raptadas y violadas
Es la historia de la nueva conquista
hecha por jurungos y torpucios
La nueva historia —una versión curiosa del desarrollo—
del atraso como para engañarnos repitiéndonos
un adelanto llenos de carros neveras artefactos casaquintas
Edificios Hombres que mueren como perros
Esta meseta está llena de taladros balancines y mechurrios
Esta meseta está llena de todo y de nada

Caripito

En los manglares el agua está tranquila
El tiempo queda estático y el viento muere
Caripito es un manglar y cada casa guarda para sí
esa visión pretérita del hombre

Por allí pasamos en cuadrillas rumbo a Guanoco
donde los mangles tienen su cementerio
En esas calles se grabó un lenguaje soez
La vida entonces giraba en los burdeles

Caripito pueblo flotante frente al río
Marcó sobre su escudo un hierro para que toda piel
fuera al desastre
Nosotros no escapamos viento errante
Porción atlántica para vivir los requerimientos de la época
Caripito es un manglar Un pueblo
Un aletazo Un golpe Un derrumbe

Buenaventura

La ciega hablaba en los corredores
con pájaros traídos del barranco
Decía la última fiesta en Miraflores
Bailar hasta morirse vomitando
Una noche y otra por El Venado y Campo Rojo
Porque cantaba algunos tangos para sufrir
Viejas canciones de un siglo sin recuerdos
para una audiencia de guitarras y cuatros

Un encuentro fugaz Diario festín de campo
Sus ojos disparados
Decían una noche sin lámparas Su carne tísica
¿Y quién más que la muerte nos podía cantar?
Tarareamos este mundo de petróleo
Perdido el rostro la identidad el nombre

Susurros de montes y sabanas en la presencia
de instancias diluidas
La ciega Buenaventura sobre una mesa
con la calle Maturín adentro

El día que cayó el rayo

El día que cayó el rayo
vivíamos en Campo Paraíso
Desde Vuelta 'e Bejuco
las latas mantequeras
esperaban grasas los calderos

Fue en Mata Negra la calle real
donde como un castillo estaba el matadero
Jairo volteó los ojos Carmela un Padre Nuestro

Allí monte abajo cerca de la quebrada
el día que cayó el rayo las guabinas
subieron a la superficie
Cerca del tamarindo las chivas se murieron
Vinieron a ver el rayo
Tomaban piedras de rayo aún calientes
Un pequeño incendio en el solar de enredaderas
El día que cayó el rayo cerca del kiosko de los chinos

Liévano

Traía su violín la fiesta entera
El negro Liévano el más amado el bien recibido en las barracas
Un negro de la sierra costeña peón de haciendas
Se vino con su música en la cuadrilla de la Sinclair
Trabajaba en El Sinco en El Venado acuñador de abajo
cuando la lovera descendía sus tubos
Sus manos duras como petróleo seco reivindicaban
una magia sobre el cuello del violín los domingos
Golpes y bailes
Improvisando toda una larga noche viejos temas de campos
Liévano el mago se iba con su parranda por la calle Bolívar
Hasta que un día unos torpucios se lo llevaron para Yoco

Manresa

Conocimos el reino de Manresa
La misma fiebre de Sodoma y Gomorra marcaba el inicio
toda explotación
El Campo Norte y el Campo Sur signaban una sola estrategia
En todo lugar fundado se hacían límites Señales para
diferenciar
una clase de otra

Los señores del petróleo hacia el Norte
Los esclavos del petróleo en el Sur

El reino Manresa con su corte rubios texanos
Los torpucios con sus bragas kaki leyendo cartas sismográficas
Un idioma para ser superiores machacado entre largos tabacos
Un jurungo Un indio sin ninguna correspondencia

Bajamos por las charcas carreteras
en un continuo ir y venir campos y horas
Largas barracas del Campo Sur entre hierros y muertes
Manresa era el reino vigilando su olvido
Un zarpar y no volver sobre las hileras de sus casas

Caño San Juan

Caño San Juan Plaga San Juan tu odio
pegado en las agallas del Delta
Yo asistí al bautizo de tu primer taladro
Una profundidad millonaria de pies
Mecha sobre la piel que perfora los huesos

Boca del Orinoco
Caño San Juan cayena putrefacta
Tierra del aluvión de la malaria
Allí estuvo mi padre encuellador
En lo alto de la torre temblando como un pájaro

El gran incendio

Las llamas estaban ahí
bordeando el zanjón la quebrada y el monte
Toda la noche se hizo día

Un tropel fue la noche un alarido un ruido
de casas quemadas

Ahí a lo largo de la calle Bolívar se estaba quemando Quiriquire

Las llamas caminaban sobre los techos de temiche
Sobre el moriche de las casas en piernas
Una larga serpiente de fuego alto como un paují en la alborada
De todas partes vinieron a ver la quemazón
El fuego seguía cuadras y más cuadras saltando
como el diablo incontrolable astuto brillante

Esa noche todas las casas quedaron vacías
En las calles se amontonaron sillas escaparates
catres hamacas y cocinas

Fue el día del gran incendio La Purificación
de aquel desastre que dejaba el petróleo
A esa hora despertaron las gallinas y comenzaron
a escarbar la madrugada

Fue un incendio como para secar el río
Se le podía ver desde Miraflores desde El Sinco
El bosque todo se iluminó Un pueblo en llamas

Fue el año que se quemó Quiriquire Después al tiempo
mi padre y la cuadrilla tomaron rumbo a Mata Negra
Atrás quedaron los horcones ardiendo y un pueblo muerto
¡Muerto como nunca!

II
El Tigre

Mi padre llegó a El Tigre por el año 40
Con muchos pueblos muertos sobre su cabeza
Errante y desmontable estallante de luz entre sus aros
llegó a El Tigre armado de fracasos y silencios
Un pueblo Un nombre un aletazo de pájaro muriendo
entre mechurrios y cielos rojos
Un pueblo Un garabato en la sabana de Guanipa

El Tigre veinte casas en piernas Calles de barro
Al frente como un trono el taladro con sus mismos jurungos
y torpucios
por esa tierra desconocida y roja bajaron las familias
y todo aquel mundo armable y desarmable prefabricado y muerto
se vino a El Tigre

Al tiempo el pueblo fue centro de otras muertes
El Tigrito La Leona San Tomé Campo Gulf Campo Flint La
Socony
Y sus ojos fueron sismógrafos y sus patas oleoductos
hasta Puerto La Cruz
Entonces mi padre construyó una casa
Porque a media madrugada subía a lo alto de una cabria
y recordaba a su hermano Agustín cayendo cielo abajo

La violencia nunca se fue de El Tigre
Y mi madre seguía descuartizando puercos desde Quiriquire
Uno podía
encontrarse con la misma gente de tantos campos cerrados y
perdidos

Uno podía conversar con un muerto y al otro día repetirse
entre amargos reproches
Volver errantes de su propia conciencia retomar la ruta
sin precisar distancias
Limitarse al juego de la calle entre un sol y otro
Un mundo de acuñadores fogoneros encuelladores caporales de campos
Un mundo pesado y bastardo Ahogado entre balancines y mechurrios

Cuando yo abrí los ojos mucho después me encontré con mis hermanos
raspando puercos en el patio de casa
Eso fue en la calle Zoilo Vidal a seis casas la escuela
del Maestro Trossell
Entonces mi padre construyó una casa en la calle Nueva Esparta
y la llamó En Dios Confío
Y El Tigre apareció en los periódicos para testimoniar
nuestra riqueza petrolera
Aparecieron los adivinos y se abrió El Mosquero
La Prefectura y un piquete de la Guardia Nacional

Cuando yo abrí los ojos el cementerio de El Tigre
comenzó a crecer dentro del mismo pueblo
Cuando yo abrí los ojos las rockolas se contaban por millares
La violencia nunca se fue de El Tigre
Uno podía encontrarse con la misma gente refiriendo el accidente
de su mano perdida
Cuando yo abrí los ojos mis pies se habían llenado
con todo el abandono de esos pueblos

El Mosquero

Allí estaban las pintadas las cariñosas las amorosas
Mujeres portátiles de campamentos
Entre largas barracas para todos los gustos
Eran las mismas caras que retozaban la Flint
entre viejas rockolas
Mujeres venidas de Colombia Cuba Panamá Barcelona y el Zulia Panteras
amaestradas en el amor donde el hombre
desahoga su muerte

Eran las moscas larvadas del petróleo sobrevolando campos
Quincalla arrumada en la opulencia del desorden
Las noctámbulas trotando la sabana de Guanipa
en El Mosquero al lado sur de El Tigre

Mujeres de canciones y barras que celebraban
el reventón de un pozo la semana de pago
Mujeres que compartían el sudor las puñaladas
Un territorio rojo Un mundo errante

Marcial

Este domingo Marcial no ha vuelto tu nombre
Está allí en el cementerio pateado por los burros
El trinitario Marcial que entró por Temblador de contrabando
Esa vez perdió su diente de oro en la encía más clara

Marcial el mecánico de la calle Zoilo Vidal
Era un bregador de calle entera Peleaba con tres
un mismo día en el botiquín de los Marcanos
Este domingo Marcial no enseñarás tu gancho izquierdo

—Son cosas de palos—
Decía el jueves remachando una biela entre cervezas

Un disparo a dos casas de la escuela del maestro Trossell
Te dejó listo tendido como las chivas que murieron el día
que cayó el rayo cerca del kiosko de los chinos

Este domingo se oyen las rancheras de Jorge Negrete
Y tu celaje pasa pateado por los burros en el cementerio

El Matadero

Estas vacas son de Echeverría los puercos y los chivos
El matarife tiene puñales pesantes en los sobacos
Están allí las vísceras Felizola con dos tiros
la mañanita del mercado
El matadero baño de sangre derrame de petróleo
Piezas descuartizadas
Crematorio de huesos y moscas
Al otro lado cerca del cementerio
Antes los pesadores tenían mataderos privados
En mi casa de la calle Nueva Esparta los cochinos
chillaban al fondo del chiquero
Diez o veinte puercos muertos traídos de Uracoa
blanqueaban despellejados sobre las mesas
Con todo ese oro llegaban los hambrientos recogiendo
paletas limpiando tripas entre muertes y estiércol
El cuero del ganado Don Echeverría la soga los corrales
La muerte ha sido signo de riqueza en este país
La nueva gesta ha reclamado sus honores más altos

El Tejero

El Tejero no era el mismo pueblo
cuando los jurungos reventaron el primer pozo
El Tejero era el tiempo sumergido en las ruinas
Borroso Distante Inexistente
Rodando sobre una bicicleta de *warehouse* en *warehouse*
Por el campamento de la Mene Grande Oil Company
Círculo Anaranjado Fierro de asfalto Alto sol de alambradas

El Tejero un pueblo del fifty fifty pasado y presente
Zona de regateo donde el gobierno
reclamaba cincuenta por cincuenta del desastre
No importaba la gente ni los recursos naturales
Sólo interesaba la mitad de cada dólar

Uno podía encontrarse con la misma gente de tantos campos
cerrados y perdidos
Con un muñón en la entrepierna y un brazo descolgado
Era como si nunca nos hubiéramos mudado
Círculo Anaranjado Visión de un mismo blanco

Llegar Buenaventura Partir Buenaventura
Los fines de semana como el año 14 y el 75
Una visión lineal entre las cuerdas del violín de Liévano
por Quiriquire El Venado y Campo Rojo
Y de repente encontrarse con un pueblo vacío
lleno de viento y cielo

Recuerdo la muerte de El Tejero ¿a quién le importa la muerte
de un pueblo?
Cuando pasamos por Ortiz en un camión de plátanos
los chipos parecían torpucios ¿a quién le importa aquello?

Uno tras otro fueron muriendo Sembrados de abandonos con la nueva
conquista

Me asomé otero Santa Bárbara en esta meseta llena de taladros balancines y mechurrios
Esta meseta de chaparros y pájaros Llena de todo y de nada
Tú Marcial seguías cambiando golpes con tu sombra
en medio del celaje pateado por los burros

Eso fue cuando yo abrí los ojos
después del gran incendio
Me encontré con mis hermanos raspando puercos
en el patio de casa
El cementerio creció dentro del mismo pueblo
y El Tigre apareció en los periódicos para testimoniar nuestra riqueza
Cuando el rayo cayó cerca del kiosko de los chinos
El Tejero fue bazar de opulencia petrolera

En la ventisca una canción a los cuatro horizontes

«Venezuela es la primera
en petróleo producción
y lo llaman ORO NEGRO
como si fuera un señor... etc».

Canción de gesta Generación del 28
Versículo y salmo de nación derrumbada
Era como si nunca nos hubiéramos mudado
Una cuadrilla por otra perdida en la manigua
Venezuela se hundía se hundía por la mitad de un dólar

¿A quién le importas tú Buenaventura Carmela Matilde?
¿A quién tus ojos barrenados de campo en campo?

Esa mano Jairo blanqueando sus huesos Despellejada
Muerta Mutilada sobre las guayas de la máquina
¿A quién le importa?

Las chivas se acostaron en el patio de berenjenas
Y era como ver las cabrias cubriendo la meseta de Maturín
Las vacas Don Echeverría debajo del mechurrio
con sus fierros Monte Oscuro
Las chivas volvieron por la loma de El Tejero
y las soltamos dentro del pueblo para que se comieran
las cañas la greda y la paja

Y la canción volvió a repetirse en los parlantes
el día del mitin que hizo Gallegos en El Tigre
Esa fue la noche que estalló el reverbero
La gente llena de miedo salió en tropel
con la canción metida en los oídos

«Venezuela es la primera
en petróleo producción
y lo llaman ORO NEGRO
como si fuera un señor. . . etc».
En la tribuna estaban las mujeres de El Mosquero
Cantando aleluyas por el aire de las campanas
Nuevamente estaban allí todas paridas esperando Don Echeverría
la soga del matadero

Veníamos de un viaje en medio de la noche
Veníamos entre gentes de tantos campos perdidos y cerrados
Cuando yo abrí los ojos mis pies se habían llenado
con todo el abandono de esos pueblos
Sellé mis compromisos con el pasado familiar
Pero es mentira aquí estoy cargando todos los cementerios

CARLOS CONTRAMAESTRE

Cabimas Zamuro

Yo viejo rescatador de tuberías muertas
hombre electrocutado en las profundidades
tengo todos los planos de las tuberías muertas
tengo todos los huesos de los ahogados
uso a mis hijos de carnada (mis buzos predilectos)
corro con la velocidad del relámpago
desmantelo todas las instalaciones de los muertos
me ilumino con el espectro del carburo
y camino con envidiable equilibrio sobre las llamas de Lagunillas
recuerdo a López Contreras
y reconstruyo el mapa en escala mortal
Conozco palmo a palmo a los monstruos que derriban tuberías
Conozco los procesos dulces de la corrosión
cargo óxido en mis dientes de cangrejo
conozco las plantas acuáticas que irritan los ojos del Lago
Yo El Guaco
viejo desempleado
rescatador de tuberías muertas
Vendo la cabria con todo y gringo
le vendo las compañías petroleras con todo y gringo
Le regalo a Cabimas
se la presto
se la empeño

En: *Cabimas-Zamuro* (Poema). Mérida, Editorial La Draga y El Dragón, Colección El Cojo, 1977.

Le regalo a Tasajeras
Tuberías muertas
Se la cambio
se la empeño
con todo y gringo
Le regalo a la Rosa Vieja y sus putas retiradas
Le regalo su esplendor de miseria
Le regalo a Tierra Negra
Le regalo El Cardonal con sus maricos
le regalo a los turcos
le regalo a Damasco
Si usted se empeña le regalo a mis guaquitos retratados en fila
le regalo su ampliación iluminada
Y ellos beben conmigo
Y mi mujer se rasca conmigo
Préstamela
Regálamela
Te regalo la ciudad con los huesos de mi padre
sonajas de pájaros
y mi furia de rescatador
Tomas agua de coco
y ya no te vas de Cabimas
Tengo los planos fantasmas
obtenidos en pactos secretos de desempleado
Te regalo a Cabimas

El gas-plant saluda a la metrópoli*

Te regalo mi botón de treinta años de servicio
mi botón de canalla
para engastarlo en la sortija de mi hija
mi botón de mutilado
de padrote impotente
mi placa de rompehuelgas
y los exhibo con orgullo
Yo que tengo los planos del Lago
Yo El Guaco
Bebo aguardiente y celebro con mis hijos su porvenir
Aún queda mucha chatarra con todo y gringo
Nos quedan los desperdicios enterrados
para levantar otra ciudad al Sur de la Muerte
Mis pulmones aguantarán hasta el final de Babel
mudaremos las aguas y los guacos crecerán como avispa
Regalaremos la miseria a Estados Unidos
regalaremos varios incendios prefabricados
todos sus malditos supermercados

---

* Un precedente a este poema, a la postura de Contramaestre frente a los hechos negativos de la explotación petrolera en esa región del estado Zulia, lo podemos encontrar en el artículo «Cabimas, carroña vidriosa» (Diario *Crítica*, Maracaibo, 26 de marzo de 1972). Escribe el poeta: «El músculo está aquí pegado a mis ojos. La ciudad en ruinas, en medio de sus desperdicios ama sus letras desconchadas, y sueña como si fuera un plano imaginario para armar. Es muy difícil ilustrar a los que no comprenden que ese dedo inmóvil señala a todos los anatomistas de ayer, e incita con furor al escalpelo del crimen (...) Olor que flota en las orillas de la ciudad que se ha ido pudriendo lentamente, nubes apretadas de minúsculos pájaros, que se pierden en espejos de agua, su rapidez en el vuelo apenas les da tiempo para reflejarse como moscardones, sobre esta carroña vidriosa que envuelve Cabimas». El poema fue llevado al teatro y representado en Maracaibo (1992) por el Teatro Estable de la Universidad del Zulia, bajo la dirección de Nicanor Cifuentes Gómez.

les enviaremos todos sus zamuros envueltos en plástico
y sus gringos de mierda
Se lo digo yo
El Guaco
  rescatador de tuberías muertas
viejo sabueso
  antiguo saboteador
que subo los domingos a Los Cocos a emborracharme
que voy a tomar con mi mujer guaca y la gente se ríe
Salgo a la playa a respirar las frituras de las lisas
y a chantajear al poderoso
Tengo los planos de la miseria
piso diariamente los perros en las autopistas
me entierro en las urnitas en Cabimas-Zamuro
Bebo con los muertos del mercado
amanezco iluminado en los ojos de los peces
saludo al barbero del malecón oloroso a betún
toco todas las inmundicias de la ciudad y del lago
Yo viejo rescatador
Mientras rescato tuberías
el monstruo crece en los manglares;
Rock-and-roller entre cristales desayuna ranas los domingos
otra de sus especialidades
        Self-Service
entre sacerdotes rubicundos
En nuestras fuentes de soda son deliciosos sus
Sundays,
Sus Sandwichs
        Sus Roast-beef
el techo cubierto de mermelada y una capa de aire
acondicionado
mis niños –pollos– horneados que él devora
El petróleo rodea sus cabinas y él dirige el crecimiento
                de las lechugas en otro país

Yo tengo los planos de la locura
y los tubos son andamios para atrapar los rayos en la costa
Tengo el plano de los armadillos que harán la revuelta
¿Por qué no huir del infierno
yanqui de culo negro?
si allí crece la carne de perro sublimada
y se acumula la basura en el corazón
Por qué no huir
si sabemos que Cabimas no es el Happy Land
Tengo los planos de las putas
sus deseos soterrados
sus muertos pasionales
sus dientes —de oro— colombianos
En diciembre voy a Cúcuta con mis utilidades y mis
embargos
Y soy el Rey del Ron Caldas El As de Trébol
Yo jugador de animalitos
rematador de caballos y de nostalgia
hago el inventario de esta triste ciudad
donde no se consume sal ni cuerno de ciervo
donde desaparecemos con insecticidas
Yo peleo como un tiburón entre las aguas
busco la raíz envenenada del diablo
enredada entre joyas salvajes
Me lavo la cara en mi gabarra improvisada
saco esos encajes brillantes
para las cercas de los pobres
Y en mi camión fantasma distribuyo mi mercancía clandestina
estos planos me los regaló la Mene Grande
en pago a mis dudosos servicios
en reconocimiento a mi desmedida locura de desencuellar
de desmantelar
de hacer salir
chorros de petróleo

chorros de cerveza
chorros de Whiski
por las orejas del guachimán
También desmantelo las cercas de los campos
por eso estoy con el *gang* del cobre
y fundo al país y su miseria en Curazao
Miro esos tanqueros fúnebres a través del humo del gas-oil
Y estoy en todas partes como mis tuberías
Y mi sierra se escucha en Punta Iguana o en Punta de Leiva
Y si los guacos se retratan en traje de gala
los llevo al Ancón de Iturria
Me muevo en todas las direcciones de la muerte

ANTONIO PÉREZ CARMONA

Canto al lago de Maracaibo

(Fragmentos)

En un principio reventó de lo ignoto: maravilla y misterio
Fue un hipear verdiazul, arco iris flechado, iceberg
devorado por el sol, esculpido en la eternidad
Vino en un parto de árboles y lluvia, de sal y de lunas,
de vírgenes cautivas y ángeles terribles
Hermano del sol, hijo de la noche, padre
de la melancolía y la belleza
Nació para sepultar el caos, la muerte en las rocas, los huesos y el aceite
los viejos restos minerales, la soledad infernal
Y su origen se hizo al canto de Dios y de las furias,
de la ternura y la tempestad
una voz gritó: disuélvanse las sirenas, caiga el oro del sol
y el púrpura del cielo. Fúguese el azul a nuestro reino
Y he allí el Lago: frágil como la luna de los enamorados,
dulce para los transeúntes, resplandeciente como los héroes
Miradlo allí, juvenil, pesado de historias, joven por los siglos de los siglos
Acostado e insomne, palpitando en el vientre de la tierra

En: Jesús Ángel Puerta y Carlos Ildemar Pérez, *El Lago de los poetas*. Maracaibo, Gobernación del estado Zulia, Dirección de Cultura de La Universidad del Zulia (LUZ), 1994.

(...)

En su navío recordó a Venecia, las grandes mansiones y los pequeños bohíos
Era un geógrafo con poesía en las cartas de navegación
Los poemas los encontró en el Lago, en las palmeras y gaviotas

Vespucci se dijo: El azul tocó este reino. El verde se escapó de las selvas.
La luna halló su lecho para espantar la muerte.

Después con la nostalgia gritó: ¡Se llamará Venezuela!

El Lago contaría nuevas historias, leyendas de los tributarios,
canciones de los pequeños ríos y de los grandes muertos
El Lago que parió el nombre de la Patria en la voz de un marinero poeta
El Lago imán que una noche devoró al viejo Yepes
El Lago mitológico y espíritu viviente
El viejo lobo de los relámpagos magnéticos y las noches reventadas de estrellas
El Lago barítono en el azul, con su música en las islas
y sus cantos llegando a los lazaretos
El Lago mensajero de los pífanos y las flautas de los días insolados
El Lago flagelado con las máquinas monstruos chupando su piel
El Lago cosmopolita con barcos y hombres anudando la comunión humana
El Lago poema de la resurrección, verso en la plenitud de la belleza

Raptor de los piélagos, del muérdago y el ámbar
Hechicero de los colores celestes

Espléndido en las mañanas y soberbio en las noches de invierno
Dulce y viril en la historia del indio Mara, en la mirada de Alonso de Ojeda

El Lago combatiente en el último reducto de la liberación
Victorioso con la bandera en el mástil y esbelto en el ruido de los cañones
        que destrozaron los vientos extranjeros
Festivo en el corazón de los pescadores
Poblado de conchas y residuos marinos, de perfumes y especies
Cruzado mil veces por los desvelados y orates del amor.

VÍCTOR VALERA MORA

Libro de los grandes secretos

(Fragmento)

La ciudad es escéptica nosotros somos rigurosos
líquido contra incendio madera a prueba de fuego
para vencer la mortificación paquetes de sorpresa
para algún amigo vidrio de aumento hecho en casa
Cómo limpiar la cadena de los relojes hacer permanente los dobleces
de los pantalones proteger los árboles de los insectos trepadores
para quitar el lustre de los vestidos viejos escritura luminosa
gabinete casero de baño doradura eléctrica sin usar batería
cómo hacer fotografías sobre mármol
el nuevo arte de hacer hermosos a los viejos y a los jóvenes
el mamut regresará con la tormenta para reponer el plateado
de los espejos transportar árboles grandes de sombra
cerradura a prueba de ladrones el secreto de la Sra. Pompadour
para el cabello la manera de embellecerlo tratamiento para la caspa
para hacer un tónico espléndido para el pelo aceitoso
un rótulo eléctrico con 50 centavos
las hojas de los grandes helechos nos cubrirán un día
para hacer piedras artificiales relojes por 25 centavos
manera de hacerse atractivo para el sexo contrario
la onda expansiva del miedo les voló el rostro
a los hombres que inventaron a Dios

En: Víctor Valera Mora, *Obras completas*. Caracas, Fondo Editorial Fundarte, 1994.

la manera de hallar esos rostros
linterna para proyectar vistas para proyector de vistas
modo de aliviar las picaduras de las abejas y de las avispas
para mantener el agua fresca sin hielo
cómo usar el alimento venus para la piel el arte chino para
coger peces
linimento eléctrico manera de hacer pintura económica escribir
inscripciones sobre árboles desconsolados sellos de goma
compuestos
para ebrios para mejorar el petróleo modo de marcar la
cuchillería
cómo escribir un cuento sobre un metal noble
bálsamo de la juventud cómo romper una piedra de un
puñetazo
quitar la pintura vieja manera de hacer lápices Faber
gabinete de baño portátil reducir pintura de aceite con agua
transferir fotografías a las tapas o esferas de los relojes
grandes secretos para coger con trampa zorras y otros animales
restaurativo natural de la salud microscopio barato
cómo evitar que el sol se pose en las ventanas
hacer en casa mechas de lámpara preservar la salud
hacer lechada que no se cae cómo renovar los sombreros de paja
hacer fertilizante artificial cómo avivar un fuego de petróleo
petróleo nuestro o petróleo en llamas
evitar que se enmohezca el acero platear cuchillos y trinches
otra manera de obtener el amor del sexo contrario
blanquear la piel hacer que aparezca un relámpago
cuando alguien entre a un cuarto con una vela encendida
un medio para limpiar cobertores para platear caras de reloj
cómo conservar el hielo en cantidades pequeñas librar las
chimeneas
del hollín hacer una pluma sin tinta un lente sencillo y barato
dar color a las impresiones de un kodak cómo hacer un acuario
de peces para la selva evitar que el petróleo haga explosión

el camino es duro pero es el camino
cómo hacer que las gallinas engorden el encantamiento árabe
para domar caballos cómo hacer papel para polillas
pronosticador del tiempo facsímiles de la firma
que las velas ardan toda la noche cómo grabar sobre vidrio
hacer piedra de amolar de arena común pintura luminosa de noche
hacer flores coloreadas artificialmente
cómo adquirir belleza cómo dormir en las noches calientes
hacer mágica la crítica de los montes
hacer manguitos incandescentes para gas distinguir
los hongos venenosos de los buenos conservar la carne fresca
sea la continuación de la poesía por otros medios
para que las legumbres y las frutas
crezcan de un modo enorme
y también para aumentar la brillantez y la fragancia de las flores
lo que las mujeres admiran en los hombres
lo que las mujeres aborrecen de los hombres
tú vives en el país más humillado

CÉSAR DAVID RINCÓN

Y ya no está la nostalgia

Los cantos hacen vacilar nostalgias
Se desploman sobre la ciudad
En hoteles donde se juega el mundo
De todas partes acuden abiertos al canto

Hay nostalgias que suenan para volver a caer
Luego siguen en islas afortunadas

Hay manglares irascibles aullando
Y se abanican las jóvenes como serpientes lujosas

Oímos crecer la hierba sin hacer ruido
Vemos elevarse y volver a elevarse el balancín formidable
Luego el canto vuelve hacia sus largas defensas
Su música se libra en las malezas
Todo el mundo está en el puente por todos lados
Descubre a la vez cien direcciones en la canción venturosa
Un taladro se perfila en movimientos lentos sobre la playa
El sol perfora ese islote de pájaros
Totalmente ocupados en atrapar los peces
¡Alcatraces del trópico y el deslumbrante sol!
Historias de brujos junto al fogón
abandonados por una pala de grúa

En: Jesús Ángel Puerta y Carlos Ildemar Pérez, *El Lago de los poetas*. Maracaibo, Gobernación del estado Zulia, Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, 1994.

El gasómetro destila dragas con tortugas
y el petróleo cambia una colonia de iguanas
Nadie sabe explicar las esclusas perforadas
Ni diamantes al mismo tiempo paso en el fondo del lago
A toda velocidad hacen tiempo fiscal
Y alrededor del ojo tienen miedo los buzos
Ya no está la nostalgia
Sólo vegetación en un campo salvaje
Y el aceite por un mar todavía inconcluso

En la rada se izan banderas
La amarilla para llamar al otro
La azul para solicitar el cielo
La roja para cantar la aduana
El sol golpea sobre los ferrys que van y vienen
Y ya no está la nostalgia
Ni en los malecones esa extraña piragua

CARLOS RODRÍGUEZ CASTAÑEDA

Canto al lago de Maracaibo

¡Oh! Lámpara del petróleo y minerales espigados
que antes de llegar ya nos iluminan las manos
y hacia la patria diseminan el aroma mineraria
hemos de cruzar siempre esta geología
con la esperanza en viaje y los pies en vela,
hemos de revivir aquí nuestros muertos días
y nuestros pasos antiguos.

¡Oh! Torres metálicas tan altas como las nubes
y luminosas como las estrellas
hemos de alumbrar las piedras acunadas en las montañas,
espigar las vegetaciones que no hemos visto
y regresar al polen huido de los árboles.
Hemos de retener la paz que huye
por las pequeñas cabelleras de la tierra
y las riberas que nos llaman desde Puerto Mina.
Para la amistad de los países
y el amor que construimos en madrugadas y crepúsculos
acuáticos
hemos de retener la paz y la amistad de todas las cosas.

Aguas en flor –navegantes– para el viaje de ida y de regreso,
para saludar las multitudes congregadas en las riberas,

En: Jesús Ángel Puerta y Carlos Ildemar Pérez, *El Lago de los poetas*. Maracaibo, Gobernación del estado Zulia, Dirección de Cultura de La Universidad del Zulia (LUZ), 1994.

para despedir las naves hacia el encuentro de países imposibles.
Aguas llegadas, en los ríos amantes, como una novia
y amanecidas en la mirada lacustre de los peces
por donde nos vamos al mar a pescar esperanzas.
Aguas fluviales donde nos sentimos navegantes
y llegamos cantando como marinero a puerto nuevo,
como piedra venida desde montañas altísimas,
como semilla sedienta aventada a tierra fértil,
como viajero venido desde el centro de la tierra.

A puerto a donde aves náuticas
más viajeras que altas nubes y alcatraces marinos llegan desde tu cuerpo,
  desde más allá de Mar Caribe y Océano Atlántico,
con el rostro de Europa en la mirada,
con Asia, África y Oceanía en dorso ultramarino,
y América en su centro navegante siempre de regreso.

PABLO MORA

Habemus petroleum

–lapsus memoriae–

Monstruo Sagrado, venido de las fauces más insondables de la tierra. Irrumpiste por entre mil vericuetos, echaste a andar, ennegreciendo todos los caminos. Encumbrado en nuestro Lago, anclaste en nuestro Río Padre más allá del viento y sus raudales. De pronto todo se tiñó de polvo. Eran los caminos, los lobos, las jaurías, que salían en busca de tus huellas, tras su presa nueva. Desoladas quedaron las comarcas. Tremenda soledad acurrucó los sueños. En los ríos no volvieron a beber las recuas sudorosas de la hacienda. Hasta los peces se quedaron solos. Tempestuosa orfandad nubló las esperanzas.

Te albergaste en mil cuevas. Y todo fue un mar de oro en nuestras gentes. Apenas comenzamos a contar tu historia a nuestros hijos, te apoderaste de todos los cimientos sin que ninguna vereda escapara de tu paso. Saliste pronto a recorrer el mundo, diciendo que eras nuestro, siendo hasta ajena la esperanza de tus propios idólatras acampados en tu sombra. Por ti dejaron de ser las más legítimas estirpes. Sabana, monte, nube, ventisquero, tus bocas engulleron. Creamos castillos en el aire, rascacielos en el lodo. Anubladas, las enramadas se murieron. Todo fue gris en el azul de la colina y la arboleda. Un día el café fundó nuestro destino hasta que, disfrazado de cabria, despuntó en nuestros mares y echóse a andar, las guerras en el mundo aparecieron. Entonces tu vientre de tristeza estremeció. Y vinieron

---

Fuente: texto no incluido en libro.

extraños emisarios a exprimir tus vísceras. Un mundo de celuloide construyeron con tu fuerza y con tu venia.
Pueblos, aldeas, metrópolis, encementaron con tus sobras. Todo fue un bosque de hormigón. Y vino la abundancia, el despilfarro, el vicio. Y todo lo que tiembla, brilla y muere. Quedó sola la floresta. Los vientos del Norte trajeron el polen de sus mil patrañas y un quiste purulento, cancerígeno, en nuestras plantas se incrustó. Empezamos a morir de pie. Tus botines, los botines de la tierra, conquistados en las más recónditas simas diluviales, empezaron a arrebatártelos inhumanos, dispuestos a arrasar con tus comarcas, tus huertas, tus harenes.
Tu tierra se cubrió de cieno. Se volvió lodazal, pocilga, cañería. Todo vino a menos. Fuiste el Monstruo de los Mil Atajos. Eres el Monstruo de los Mil Caminos. Serás el Monstruo de las Mil Patrañas. Por ti dejamos huerta y alpargata, se nos olvidó el nombre de las rosas, los aljibes pasaron a la historia, muy lejos quedaron los caminos, los caminos que tejen las montañas, que inundan la llanura, que trenzan la esperanza y el coraje, las pisadas nocturnas del labriego.
Muchas noches, te vieron, en grandes orgías, amanecer entre luces incandescentes de rocolas, después de indescriptibles bacanales. Danzaste con los mayores de la Tierra. Los cabarés del mundo ampararon tus apetitos, tus angustias, tus andanzas nocturnales, otoñales. Iluminaste las noches de Shanghai, París, Tokio, Nueva York y Río.
Te pusieron precio, ajustado a todas las cuentas y costos de la bolsa, y no ha habido día desde que tú existes sin que un cambio no haya habido en la boca de tus pretendientes; mientras el pueblo tendido ante tu sombra, bamboleante, quiere verte convertido en pan, tractor, árbol, fuente y todo lo que dé vida a los que viven o vengan a vivir.
Nos liberamos, te liberamos. Sin embargo, la libertad se escapa cada día, se aleja, vuelve, corre, viene, y nunca termina de quedarse en nuestra casa. Arcas ajenas cuentan con tu

consentimiento mientras las nuestras cada día más desvencijadas. Imperceptibles suelos deleznables corroen tus entrañas donde tú desde antaño afincas la esperanza, tus dominios. Dardos divinos de guerra descarrilan tus corrientes subterráneas. Gigantescas cárcavas en avulsiones enrojecidas afloran en tu suelo.

Definitivamente, Monstruo de las Mil Rarezas, viniste de la tierra y hacia ella vas. En el aquelarre más turbulento y tenebroso, te ejecutarán una noche de la que el mundo no se olvidará y menos los pueblos que te conocieron. Pasada ya tu era, te evocarán los tiempos como un ave rapaz, de paso, que cargó y acabó con la conciencia de los hombres, con las cosechas de la aldea. Como una estrella fugaz que ocultó la lumbre de los árboles. Como un devorador de sementeras que dejó sin aliento los sueños de los surcos de los bueyes. Como el más avaro de los dioses de barro que por querer trepar el firmamento, consumido por las más fulmíneas hogueras, consiguió el más horrendo alcatrazo de la muerte hasta caer en el abismo de los mares, de donde viene toda vida y a donde va todo sol. Arrancado del vientre de la noche, la tierra en tempestuosa fogarada, fecundará millares de arboledas.

RAMÓN ORDAZ

Mala conciencia

¡Frágiles,
ahora sabemos,
somos frágiles!

Nos creímos fuertes,
altavoces sobre la espesura,
indoblegables hombres del petróleo
contra todo pronóstico.

Siempre en el pedestal de las finanzas,
el big business, el cálculo inconfeso
repartido en la tierra de fugaces ganancias.

Frágiles,
ahora más que nunca,
frágiles,
en la cola del diablo, entre monedas sucias,
mangueras inhalando el último residuo
de nuestro propio combustible;
en terapia intensiva, *stercus demonis*,
con una herida abierta por viejos huracanes.

¡Frágiles,
ay dolor,
frágiles!
a la cola de tantas utopías.

En: Ramón Ordaz, *Albacea*. Barcelona, Fondo Editorial del Caribe, 2003.

VÍCTOR BRAVO

Lagunillas de agua

I. Los primeros olores...

Los primeros olores
tenían nombre de leyenda
con un lago
pájaros atravesados por el sol
y un abuelo tejiendo las palabras.

Los primeros olores
fueron quemados en una noche de lluvia
por piratas venidos de otras tierras

Ellos trajeron otros soles
nuevas palabras
y los incendios del engaño.

II. Lagunillas de agua

Lagunillas de agua
cómo hicieron esa extraña siembra
para hacerte creer en la esperanza

Lagunillas de tierra
cómo poblaron tus antiguas casas de fantasmas
cómo marcaron tus fronteras de prostíbulos

En: Diario *Panorama*. Maracaibo, 28 de septiembre, 1975.

Lagunillas de petróleo
cómo tu nombre corre pegado a los dólares
en ciudades
de seguro lejanas y llenas de esplendor.

Lagunillas de incendio
cómo han hecho de la violación
una misa negra
callada por los diarios.

Lagunillas de millones
en Altagracia
en El Menito
en La Zona millones de esperanzas
cerradas a media noche.

Lagunillas de infierno
tu muerte está detenida
en el sopor del mediodía
en las casas inundadas de Tasajeras
en las ciento quince mujeres traídas de Colombia
para El Nuevo Delicias
en ese barco que silenciado por el muro
se lleva todos nuestros pájaros.

Lagunillas de agua
pueblo fantasma
elevado al cielo
un día
el incendio va a encerrarse a todas las miradas
un día
los prostíbulos
van a ser borrados por la noche

y los barcos se irán con su rara siembra
un día.

Lagunillas de agua
todos se irán dejando sólo el dolor de sus pisadas
los cigarrillos a medio consumir
dejándote sólo
tus casas viejas del polvo del tiempo
los fantasmas
dejándote
y las nostalgias
para otras leyendas.

ADOLFO SEGUNDO MEDINA

De la Compañía era El Hospital
y El Colegio de las mondas
Las Treinta Las Seis Las Diecinueve
La Oficina y La Refinería
El Garaje y también la Maquinita
La Colina y El Comisariato
y quién sabe si Papa
Misojitos también
y Monasterios

Pero, en fin,
a nosotros nos gustaba decir
La Compañía

No sabíamos quién era esa señora
que en inglés se llamaba
la Shell o la Creole

En La Colina había una serpiente
larguísima
Echaba un vapor por sus narices
que abrasaba desde lejos
y bufaba como herida

Bebía y escupía un caldo negro
espeso

En: Adolfo Segundo Medina, *Y Nubia de por medio*. Táchira, Taller de Expresión Literaria Eleazar Silva, 1995.

que allí se cocinaba
en unas calderas gigantescas

Nuestro padre alimentaba los fogones
observando la flecha de mercurio

Nosotros oíamos crepitar
la maquinaria desde lejos
y pensábamos que el infierno
estaba en La Colina

La Maquinita salía del Garaje

El trioli también
la llamábamos nosotros
Se llevaba los hombres
a los Campamentos
por un camino
larguísimo de hierro

Uno la veía
hacerse un punto
allá
en la lejanía

Entonces pensaba
¿Cómo hace nuestro padre
para volverse
tan chiquito?

A la entrada de Las Seis
nos esperaba La Oficina
A mediodía
o en la tarde

cuando el Sol
había empezado a caer
por los lados de Tres Bocas

Era una enorme casa verde
Toda de madera
Con una escalinata en la fachada
Subíamos entonces
a tomar agua fría de la fuente
y bajábamos corriendo

Uno no sabía
para qué más servía La Oficina

Al Comisariato
casi nunca nos llevaban
Siempre iba papá únicamente
Él tenía una tarjeta
que le dio La Compañía
Entonces traía Conflá y Ovomaltina
leche que traían desde Holanda
Diablitos queso mantequilla
y avena del Viejito

Eso era los viernes
En la noche venía Misojitos
con Adela
a veces Monasterios
Compraban Regional
y a escuchar a Pedro Infante

La Gabarra cruzaba el río Zulia
Nuestro padre manejaba el Güinche

Era para pasar los carros
y los barriles de petróleo

El agua del río era amarilla
A mí me parecía
que siempre era amarilla

Quedaba lejos el río de la casa
Al Sur
Donde se veían las montañas
A mí me parecía
que todo estaba lejos
que uno podía perderse
en aquella lejanía

Pero era bonito ver a La Gabarra

A mí me parecía
que Tres Bocas no era un pueblo
Eran puras cantinas
y almacenes así
como en el aire

El Tarra se metía por debajo
casi siempre
Uno andaba sobre el agua
por calles de madera

Era triste el puerto
Triste como esas carrileras
de amores perdidos
y traiciones
que sonaban
en todos los burdeles

Hasta Tres Bocas no llegaba
la Chevrolet de nuestro padre
Él la dejaba
del lado acá de la frontera
y en canoa cruzábamos El Tarra

Uno sentía de inmediato
el aire pegajoso
de aquella tierra
lejana
mordida por el río

Tres Bocas era un ciempiés
que hundía
sus patas de madera
en el agua cenagosa
de la orilla

Los mechurrios eran como antorchas
que nunca se apagaban
Estaban cerca'e los Campamentos
Por los lados de Palmira
O más allá de Campo'e lata

A veces con nuestro padre
nos agarraba la noche
en esos parajes desolados
Nos daba miedo
andar tan lejos de la casa
Uno no veía sino el negror
que había caído de improviso
roto solamente
por el resplandor
de aquellas llamaradas

El Casigua de mi infancia
era un campo petrolero
Había un olor de aceite
en todas partes
desde El Tarra hasta el río Zulia
de Tres Bocas al 28
Pero era grande el pueblo
A mí me parecía que era inmenso
Mucho había que caminar
desde la casa hasta el colegio
y todavía quedaba pueblo
por Singapur
por Campo'e lata
Tanto pueblo quedaba todavía
que no me cabe en la memoria

Algunas cosas se me escapan
de aquellos tiempos tan lejanos
Es difícil hilvanar tanto recuerdo
en apenas quince líneas

Por ahí se quedan las cabrias
con sus negros balancines
Nuestra hermana Sibila
que a despecho de su nombre
era una santa
La capilla'e Sardinata
Los juegos de pelota a que los Bracho
Los Ruiz y los tanques de petróleo
Chela y los pastores en diciembre
Y el día que dejamos para siempre
aquellas resolanas

Todo cambió aquella madrugada
cuando cruzáramos el Zulia
el bongo chapoteaba lentamente
Después el tren
husmeando nuevos horizontes
Casi podíamos tocar
con nuestras manos
las montañas
y palpar el espesor de la neblina

Otras emociones
llenando nuestros ojos

Calles de piedra
Un nuevo verde en todas partes
Un sol tímido
comenzaba a calentarnos

JULIO JIMÉNEZ

Ay amor no fumes en la cama

«Ay amor no fumes en la cama»
que mi pueblo natal fue concebido al borde de un incendio
y le pusieron un nombre de ciudad, un estandarte de luces,
un olvido.
Te encomiendo propiciar el desagravio:
Róbale la espada al conquistador lascivo de la plaza,
reconstruye lejanos amuletos; las memorias de aquella prostituta enguayabada que conjura palafitos y alcatraces a deshoras;
de emigrantes sudorosos, de negro hasta los dientes,
¡oh ignorado Kamasutra! copulando hasta el delirio;
del navegante que maldijo sus ojos solitarios
y enceguece más tarde por lanzar un seno de mujer,
como una imprecación hacia el crepúsculo.
«Ay amor no fumes en la cama»
y abajo el candelero,
y en la huida los hombres fueron cabrias,
amuletos del mangle, oscuras pertenencias del marullo;
allí tuve este origen el día 5 de julio
de 1951, a las 5 de la mañana;
(tú llevabas 2 años habitada por hermosas reliquias de familia
y yo en «el pleno corazón del Oro negro» dormitando) de repente
¿Quién me jala los tobillos? ¿Quién se atreve a estremecerme?
¿Quién se atreve? Y si me corro y atravieso por el ojo de la puerta

---

En: Julio Jiménez, *Peticiones osadas*. Maracaibo, Dirección de Cultura de La Universidad del Zulia (LUZ), 1990.

he descubierto a Magdalena con el chubasco creciéndole
en los párpados y afuera esa cadena del «Abajo cadenas»
y los tambores atenuando soledades
y los antiguos enemigos de la casa
inhumando reliquias con mi rostro de ahora;
porque eres Cáncer, me dicen, eres Cáncer
habitante de la Casa de la Luna;
de ti sabrán los mares que comienzan a dolerte...

«Ay amor no fumes en la cama»
tú te sabes de memoria este delirio,
porque anoche fuimos sombra susurrante,
un azote de hierbas aromáticas; anoche resollaban culebras
en la vieja bodega
anoche un llanto más y te lacero, rostro mío;
cállate esos trofeos, reliquias descubiertas
en campos de exterminio; no te empates en una que no sea
un conjuro al sobresalto de este viaje.

Y revivimos debajo de una carpa
con este corazón alucinado galopando al auspicio de las noches;
de refugios amorosos donde el tiempo es un juego de espadas
clandestino, un encantamiento salvaje de las aguas;
«Ay mi amor no fumes en la cama»
Tú decides ataviarte con la lluvia de una infancia irreverente
y yo tengo algo de esa voluntad que a plena luz te desviste
en los espejos.
Que antaño huellas mías desandando en burdeles nada tengan
que ver con el espanto tuyo.
Si somos pozos tenemos luna adentro;
si somos muerte traducido sea el lenguaje del asombro,
estremecimiento posible que en nosotros aturde y recomienza.
¿En cuál rostro? en el nuestro se vislumbra
un azul ardiente para un rito.

«Ay amor no fumes en la cama»
con este asombro tenemos lo bastante
para inmolarse en el refugio que me inventas.

JOSU LANDA

Asfalto

Por donde pasa
la hierba desvanece
Greda de lava

Siento al badajo latir
al fondo de la tierra

En: Josu Landa, *Viaje a Cipango*. Barcelona, Fondo Editorial del Caribe, 1990.

JESÚS SALVADOR RODRÍGUEZ

XXIV

A un lugar llamado El Tigre,
cuando cumpla sus 50 barriles.

Girasoles de siembra,
mesa con olor a hombres.

El vino quedó esperando
cuando el trueno
desesperanzó las flores
creciendo en el balancín.

El único tigre con dientes
que conozco por la mano
comenzó diciendo:
¡Soy rico también!

Un merey frustrado por nosotros
busca hervir su propia sangre.

En calles de tinieblas
con sabor de pantano.

Robles partidos de podredumbre
aprietan siempre banderas rojas y azules.

En: Jesús Salvador Rodríguez, *Contraencuentros*. Cumaná, Editorial Universitaria de la Universidad de Oriente, 1986.

Ruedas que giran en
molinos de producción
traen la muerte y acechan
esperando por ti.

SIMÓN PETIT

Sobre el andamio

1

Aquí hace algún tiempo
retozaban los pájaros
de rama en rama.
Habitaba la serpiente sonora
y el saurio hambriento.
Las cabras solían posarse en el risco
a contemplar el mar de Paraguaná.

Pero llegaron hombres de blanca piel
y amarilla testa
buscando petróleo, mar profundo y tierra firme.
Entonces hicieron
esta pequeña Manhattan
que vemos desde la casa
o desde cualquier punto lejano
cuando la noche es más oscura.
A partir de ese momento todo ha cambiado.
Y el cielo azul que fue un día
ahora es sólo cielo
para el contraste de los humos.

La mañana vaporosa es costumbre en estos lados.

En: Simón Petit, *Bajo la grúa/ Sobre el andamio*. Paraguaná, Fondo Editorial Ateneo de Punto Fijo, Conac, 1999.

También las oraciones
pidiendo salud por los hijos y esposos.
Clemencia a Dios para que falle la refinería
y así poder trabajar.

Maldita contaminación
que alimenta a mi familia.

2

el tiempo se esmeró en indicarle los caminos del demonio
y se acostumbró tanto a su olor a azufre
que se le había hecho un perfume en la nariz.
RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

Emanamos olores
que nos hacen
temibles seres ambulantes,
que dan escalofríos
a quienes conocen
nuestra muerte en la sangre.
Olores
que nos hacen parecer
haber salido
del mismo centro de la tierra.
Grises,
pesados,
llenos de plomo el alma.
De resinas y solventes
que asfixian
a quienes contemplan
cómo nos arde el cuerpo,
cómo el polvo férreo
se fija en la piel

y desciende con el aceite
que nos cubre.
De gases que han servido
para exterminar razas
y sembradíos.
Pertenecemos a una tribu
cuyo oficio es inmanente:
somos aquellos

que inhalamos el negro humo
de las chimeneas
y los que tomamos
el terroso asiento
de las aguas.

Somos carne, petróleo y hueso.
Somos sol somos tierra,
portamos el hedor de las antillas
a la hora de limpiarnos el pellejo.
Tenemos el privilegio
de correr los miedos
y robarle al mar su aliento.
Dicen también
que cuando uno muere
el cuarto huele a flores.

14

El sonido del fuego
en lo alto del mechurrio:

como un tigre.

Todo es silencio
y todo es el mechurrio.

Candela suspendida.
Candela despeinada.
Humareda densa
que envenena nuestro sueño.

21

El sol entre las nubes abrillantaba
al mar de mil maneras.

Desde el tope del mechurrio
el vértigo nos hace flotar
y asirnos del pasamanos.

A veces la brisa
retumba con un temible ruido.

A veces el sonido del cielo
es un silencio
que los de abajo no entienden.

24

Al llegar en este punto
flamean como cerillas los mechurrios
en el horizonte.

La noche en Paraguaná
se alumbra de vapores.

Los ojos se colman de incandescencias
de blancas columnas de humo
entre el espeso manto de la oscuridad.

Como aquella vez mi boca
desparramada en tu cuerpo.

26

Por el Bar Tiuna
anda una mujer
de pelo negro
que afina sus cejas
que se desliza en las mesas
como culebra y habla ronco.

Ella la carnadura del viernes.

La contorsionista que estremece
las visiones las visiones en la sombra.

Mujer vampiro
clavando colmillos
en todo aquel
que huela a azufre.

33

El país se desangra
en su aceite.

WILLIAM GUAREGUA

Petróleo

Nadie lleva consigo
la culpa de su propio nacimiento
Ni escoge la tierra donde se erguirá
para supuestamente renunciar a su animalidad
Ni puede conocer a ciencia cierta
lo que puede esconderse en la profundidad de los suelos

aunque el tiempo todo lo descubre
y e! pasado es sólo una confusión de palabras
Así el petróleo despertó de su sueño de siglos
y como volcán silencioso
derramó por estas tierras
el iluso sentido de la prosperidad
y por un momento fuimos los pobres más ricos del mundo

y crecimos sobre pilares endebles
alimentados de oropeles y de las letrinas del universo
sin darnos cuenta que hacían pedazos de nosotros
para luego despertarnos vacíos
a mendigar un poco de honestidad.
Y como el agua
el petróleo sigue su curso
por los ríos de la historia
sin tener la culpa de quien maneja su destino
y el futuro duerme
en la viscosa paciencia de los hombres.

En: William Guaregua, *De tanto andar en solitario*. 1979.

JOSÉ PÉREZ

En medio de tenoretes

De tanto desprendernos costillas nace un barrio
aguardan meretrices
llegan señoras para los oficios

el fin de semana esconde la flagelación
queda muy poco para la despensa
pero es lunes de volver al taladro la excavación

gestos de fundación sin oficinas
por techos mereyales y palmas pasadas por sol y vara
amasado el barro

en cien años se verá la civilización
cincuenta hacia atrás estábamos todos
—era un sentimiento—
en medio
lamento de tenoretes

Bien cuereao

A Miguel Flores

La voz es de golpe duro para apurar
mandamiento de no quedarse

En: José Pérez, *En canto de Guanipa*. Cantaura, Unicornio Fundación Cultural, Alcaldía Municipio Freites, 2007.

llevando camiones a secar los pozos
trayendo arenas desgarradas de la loma
pasando el patrol por la quebrada
hundiendo la oruga
perforando
la mecha

el casco empobrece la estirpe
guante que enrarece
braga de andar por otros mundos
el de arriba manda

al final del turno vienen parientes y paisanos
gestos muy cortos
casi adioses

como en los puertos

Ese de justar las tuercas

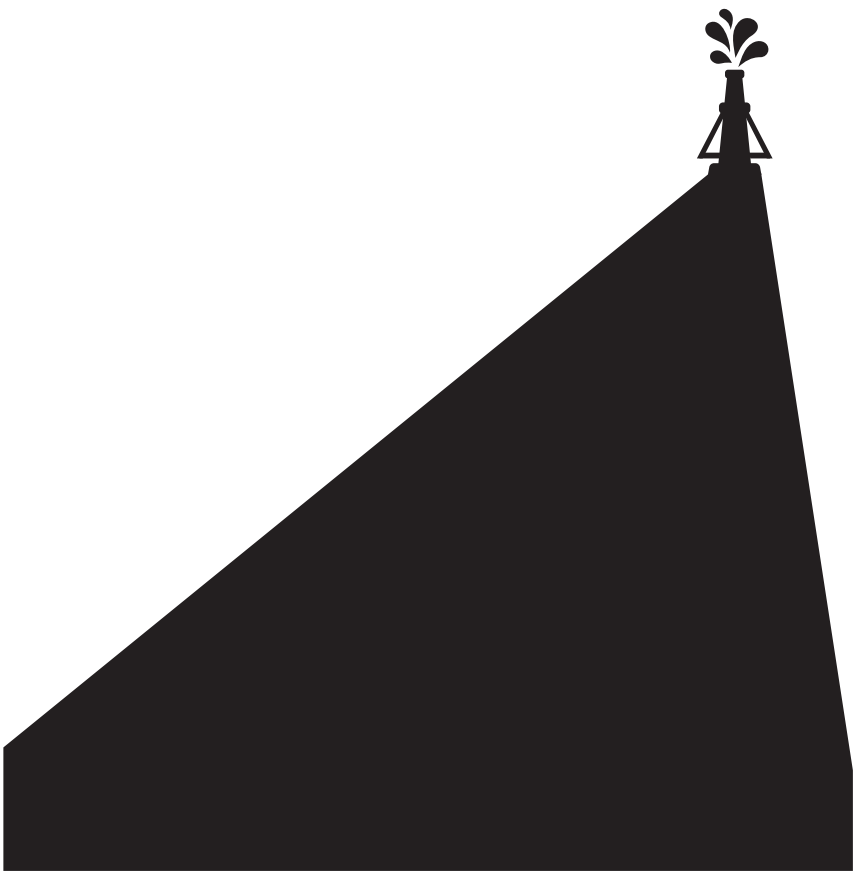
Extrañas formas tiene el aceite
sudor de hombres
heridas de lágrimas
raspaduras de sabana
perforación inescrutable
jornadas de 24 por 365
refinación embarque comercialización
tuercas al mayor maquinarias donaciones
lecciones de generosidad
en nombre del amor al prójimo

en tan buena hora excremento bendito
¿algún planeta más feliz?

Pentagrama de metal

Pequeña guitarra para sordos en la tarde sostenida
quema este gas
¿por qué lo vacías
en pulmones de crepúsculo y rosas con estrellas
y se lo entregas al país de los halcones?
dile en tus notas que si muero
mi hermano de muerte
es el mechurrio
el zancudo balanceándose
porque no soy pretexto
sino dolor

Addenda



BREVE APOSTILLA A LA PRESENTE EDICIÓN DE MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Las profecías alertan, anuncian acontecimientos para advertir al hombre de su posible destino. Todo está escrito y todo está por pasar, no siguiendo un libreto, pero sí corriendo en el cauce de una historia que se escribe con letras azarientas, forjadas más por el caos que por un orden establecido.

No ha aprendido ni aprenderá la lección el espumoso hombre. Cualquier descripción que lo exonere de sus trastadas desde las tinieblas del pasado hasta el presente, por mucha sofisticación tecnológica que lo acune, cada vez más se acerca a su pariente más remoto: el Cro-Magnon. La sentencia de Albert Einstein no deja de resonar por esos pasillos donde los jerarcas del mundo tienen en su poder la solución final: «No sé con qué armas se peleará la Tercera Guerra Mundial, pero la Cuarta será con piedras y palos»; regresión que se percibe optimista, porque los predicados más radicales nos hablan de la abolición del hombre. Ríos, bosques, miles de especies, han desaparecido de la faz de la tierra; ¿cuántas veces ha desaparecido la especie humana?

Generosos Edgar Morin, Gilles Lipovetsky, cuando disciernen sobre la era del vacío y la incertidumbre; pero la factura a pagar es más cruel, no obstante, sirvámonos una copa de ajenjo, como en la *belle époque*, para seguir soñando.

A una década estamos de celebrar el centenario de la insustituible frase que auspició Arturo Uslar Pietri como divisa

de una Venezuela que entraba en un proceso de transición, en el que se arriaban las banderas de una modernidad en ascenso, remando sin descanso hacia aperturas democráticas en su espacio territorial: *Sembrar el petróleo*.

Luminosa frase que a tiempo daba las señales para un futuro promisor. Potente, sugeridora metáfora para cabalgar con soberanía los tiempos por venir, así como ponerle bridas a las tantas desbordadas como bajas pasiones de los siglos anteriores, los turbios de la conquista, los claroscuros coloniales, los cruentos, estériles a veces, oficios de unos libertadores sin libertad que ofrecer, y las haciendas de unas repúblicas siempre a la deriva.

Sembrar el petróleo

Sin hipérbole, concisa, el tropo en la encrucijada, en la vertiente de los caminos por andar que aceraban la conciencia nacional: la metáfora oportuna para constituirnos en faro del hemisferio; la frase compacta, sin engastes retóricos ni especulaciones líricas, ni juego de palabras para los diversionismos ideológicos; todo lo contrario, concreción, espíritu de mandato, impostergable decisión, imprescindible abono para el terruño y el retoño; la cándida frase sin omisiones, como versículo y parábola contenida en ella.

Sembrar el petróleo

Única, sola, como síntesis de la Carta Magna de un siglo que se imponía emerger de la oscuridad y llegar solvente al siglo XXI.

Sembrar el petróleo

Sigue ahí, no la podemos borrar: es parte ineludible de nuestra historia; sólo que ya no es luminosa, decidora de promesas, heraldo de los frugales caldos del subsuelo, para saciar el

hambre de generaciones futuras. Persiste, está ahí, retumba en el ámbito de nuestra malograda cultura; no como posibilidad redentora, sino como condena.

Sembrar el petróleo

Una escena profana, lúgubre, cantando no la víspera de su centenario, sino el *Dies irae* en un tiempo pulverulento, ciego.

Sembrar el petróleo

La poesía del petróleo surge de un alma colectiva enferma, contaminada por el miasma que ha afectado a ciudades, pueblos y campos por donde se oye un coro de ángeles que lloran bajo los cirios que representan los mechurrios:

> «Levántate» ordena el mechurrio como un cirio.
> «Deslevántate» dicen todos los presupuestos.
> Y la efímera verdad que ha tras lo combustible
> es un monstruo que se come todas las verdades.
>
> W. MCKEY

> El peetrorio no deja blanco ni el hueso.
> Lo deja triste.
>
> CARLOS SAN DIEGO

> Oro y Petróleo son dioses servidos por el Diablo.
> Juegan con piedras
> de huesos las trabas del camino.
>
> VÍCTOR MANUEL PINTO

Mi padre fue de una mina a otra
de una prisión a otra:
de la piedra de aceite a la piedra de hierro
y ahí quedó.

FIDEL FLORES

Siempre creímos que la industria del petróleo convocaba, atraía a poblaciones foráneas a participar de sus no bien repartidos dones. Los que llegaban, aquí sembraban sus huesos. Si el petróleo generó diásporas, migraciones internas, lo insólito y paradojal es que haya propiciado en las últimas décadas venezolanas un efecto contrario, algo que cursa como un contrasentido de su historia. Con las mayores reservas del planeta, según los expertos, nuestro petróleo resultó insuficiente, nos empobreció y ocurrió lo inesperado, la diáspora en sentido contrario, las migraciones masivas de los hijos del petróleo en busca de mejor suerte en los más inesperados lugares, porque la extracción del polémico combustible derivó en corrupción y estraperlo. La «Carta sin retorno» de Laura Cracco deja al desnudo esa verdad última de la proeza del petróleo: el desencanto, la fuga, la asunción de la errancia, sin apuesta, ya que tácitas resultan sus consecuencias:

Pernoctamos
con el único propósito de huir
cuanto más lejos, mejor.

Un país de grandes ríos, selvas
con las entrañas saturadas del petróleo,
fértiles llanos y playas que juran en falso.

LAURA CRACCO

Sembrar el petróleo es, en sí mismo, un poema fallido, un fracaso de nuestra expresión, porque fueron indiferentes sus

lectores y nadie quiso leerlo en voz alta, porque los políticos ignoran la poesía de nuestra tierra, porque cualquier literatura en sus manos corre el riesgo de la incomprensión, porque, además, no tienen tiempo para eso que bien puede esperar en la trastienda de los cachivaches y, serénate, hay prioridades que atender. Así, perdido en un mundo de prioridades, se quedó el poema, cuando tan solo se trataba de volver atrás, de volver al agro, a los frutos del agro, para consolidar nuestro pasado del cacao. Nunca hubo tiempo porque el dinero fácil de las regalías llenó el estómago de esos prohombres y los arrellanó en el hedonismo estúpido. *Sembrar el petróleo*, casta frase que duele, más cuando leemos en la prensa internacional que en el mediterráneo el petróleo es verde y allí están los olivares de Jaén, o cualquier otra ciudad donde el oro verde cimentó desde la antigüedad la cultura occidental.

RAMÓN ORDAZ

JESÚS ENRIQUE LOSADA

Canto a Maracaibo

Al doctor C. Montiel Molero

Porque de mi alma la trémula rosa
se abre a la margen de tus espectáculos,
¡oh! ciudad amada, ciudad primorosa,
mi canto deshojan tus aires vernáculos.

(Por conservar solo de tus propios cuadros
la eterna armonía, borro de mi óleo
trompas de bocinas, torres de taladros
y fosforescentes manchas de petróleo.)

Al mirar tus cúpulas, el místico empeño
de tus torreones, tu rada sinfónica,
no sé por qué evoco ciudades de ensueños:
Bizancio, Galípoli, Corfú, Tesalónica....

Invades las ondas, invades el agro.
Por doquier te expandes en noble conquista.
Bordas las Delicias, La Arriaga, El Milagro
y las filigranas de tu Bella Vista.

Como tapiz móvil en que el sol se prende,
alfombra de luces, ondeante alcatifa,

En: Jesús Enrique Lossada, *El reloj de los girasoles: Poesías*. Empresa La Información, 1927.

la maravillosa Laguna se extiende
a tus pies de indiana princesa jarifa.

Sobre las verdosas aguas de tu puerto,
claras aguas verdes por los vientos rotas
danzan los bajeles en su desconcierto
como alborozada banda de gaviotas.

Y las palmas, donde sus tonos más ricos
la luz de los tórridos cielos enguirnalda,
en gárrulas ondas, hasta Los Haticos,
abren quitasoles como de esmeraldas.

¿Dónde la belleza que hay en tus mañanas,
cuando como espumas brillan los albores,
y van encendiéndose en oros y granas
que irisan los vuelos de los chupaflores?

¿Dónde de tus tardes esos cromatismos
en que es el crepúsculo monstruoso paleta,
con montes de ocre, purpúreos abismos,
limbos de esmeraldas, mares de violeta?

¿Dónde noches puras con las dulcedumbres
de tus noches, cuando lunas de oro vago
esparcen levísimos, sedosos relumbres
sobre los inmóviles espejos del lago?

¿De tus noches cuando los blancos luceros
riegan por la altura su diamantería,
y un tropel de alegres favonios ligeros
roza con sus alas la tierra sombría?

Solo por ti, un Mago, desde el Catatumbo
prende su relámpago, cual roja pantalla,
cual ola de fuego que, en rítmico tumbo,
en la orilla negra de la noche estalla!

Por la sugerente magia rediviva
de tus ancestrales leyendas oscuras,
¡oh! ciudad amada, por la viva
de tus esplendores y tus galanuras,
el que nace bajo los gigantes flósculos
de tus nubes, cabe tus aguas de seda,
y de tu sol flavo recibe los ósculos,
al culto de Apolo consagrado queda.

¡Siglos yo pasara bordando quimeras
—cual monje que escuchas celestes bandolas—
bajo tus paraguas de azules palmeras,
con la desmayada canción de tus olas! ...

JULIO ZERPA

Petróleo

Petróleo,
mosto de piedra.
Celulosa de milenios.
Calcio de huesos.
Amasijo del indio, del negro, de español aventurero.
Todo químicamente equilibrado
para la emulsión del progreso.

El aborigen se alumbró su noche
cuando rompiste poro de la tierra
y te escapaste de su madriguera.
Calafateó canoas y piraguas
con tu dúctil betún.
Ya empezabas a ser movimiento
en el rudimentario aparejo del indio.
Te incorporabas al progreso
por el fluido camino del agua.

Petróleo,
riqueza traicionada.
Siempre traicionada.
Por todos traicionada.

Te llevan en sus vientres los barcos,
pesado, fuerte, rudo,
como los negros vendidos para los duros trabajos.

En: Julio Zerpa, Diario *La Región*, Cumaná, 15 de septiembre de 1981

Sales después de las refinerías
sofisticado, multiplicado de usos;
y regresas como esos hijos recién graduados
que desconocen a sus padres.

Oh, si los que extraen con tan febril afán,
empobreciendo el suelo,
sembraran hectáreas
de papas, cereales, pastos,
donde se multiplicara el ganado
y los venezolanos comieran a boca llena
el fruto de la tierra,
trabajada por todos
con tu ayuda, oh petróleo,
poderosamente monetario,
activamente energético.

Pero todo el tiempo
desde que empezaste a ser riqueza básica,
se te ha traicionado,
irresponsablemente traicionado.

En otras latitudes mueves las máquinas del desarrollo.
Entre nosotros
no has servido todavía para mover un buey de arado.

Día llegará –¿en veinte años? ¿un siglo?
en que nuestra tierra se secará
por dentro y por fuera
con una carga de mesas sin platos
y una expiación de culpa.
Entonces tal vez no haya
conque importar caraotas de Israel,
ni ganado de Colombia y Costa Rica,

ni azúcar de Santo Domingo,
ni arroz del Ecuador,
ni güisqui de Escocia,
ni caviar de la Unión Soviética,
ni automóviles de USA;
y tengamos que atenernos de nuevo
a los paquetes yanquis —mendrugos del festín—
que para bien o para mal estamos en la órbita del dólar.

Ahora el petróleo es nuestro.
Pero no hablemos de éxitos
mientras la tierra llora su abandono,
mientras el hombre rompa sus dientes contra el hambre
y sólo haya unos pocos que llenan sus bolsillos
y proclaman principios.

Ah!, si lo que el gringo se llevaba
y lo de la comisión y el sobreprecio
del corrupto político
se transfiriera al pueblo
en todo lo que el pueblo necesita
para alcanzar niveles de justicia;
entonces, oh petróleo,
serías bendecido
por el que rumia tu nombre
como un ansiado anhelo que no acaba
de cuajar en pan y techo,
ni en nada para el niño,
ni para el hombre que agota sus esfuerzos
en cada hora amarga de la vida.

Petróleo
riqueza traicionada. Siempre traicionada.
Por todos traicionada.

FIDEL FLORES

Háblame de tu reino
ESTACIÓN SUR

De oficios desconocidos
fundadores de comarcas
aventureros que duermen
en cualquier lado
prófugos de sí mismos.
Surcaron los montes
y sus terrores
llegaron a esta encrucijada
sus gritos colman estos llanos.

Campo herido

De palma
de lona
de zinc.
Techos para resguardar
el espejismo y la tristeza.
Techos donde canta el viento
y se hace escalofrío.

Paso del viento

Las cabrias buscaban el cielo.
El grito

En: Fidel Flores, *Materia de olvido* (inédito)

y la candela
habitan estos parajes
todo se quema

se hace ceniza
se derrama entre las chozas
y los sacos que cobijan.

Tierra quemada

La sangre era costumbre
en los balancines
los taladros
el barro
en los pozos sin nombre.

Cuerpos sin sombra

Transeúntes
desheredados
caballos sin frenos

hacia esta encrucijada.

Doña Esther

A pie
con sus hijos a cuesta
llegó por el 33.
No sabía de negocios
pero adivinaba el peligro en los caminos.
Frente al balancín
en el campito de la 5
montó su rancho

su recuerdo
es esta sabana
que somos.

Ojo del tiempo

Día tras día
su cuerpo
se tardaba en estas calles.
Ignoramos su nombre
solo anécdotas
extrañas conjeturas
una pila de huesos ocultos
por luces y sombras cotidianas.

El brillo de sus ojos
revienta sobre la ingratitud
predice destinos y mudanzas.

Día tras día
acompañamos sus pasos.
Su rostro
amenaza que conciliaba el sueño.
Nunca miraba atrás
únicamente la planta dura del pie sobre el asfalto
así creo que se fue.
Hoy vuelvo
lo busco entre barajas y periódicos
y una ráfaga de llanto me acosa.

Cuenta pasada en claro

¡Hoy hace mucho tiempo que mi padre no sale!
Una broma de niños se desbanda.
Otras veces le hablaba a mi madre
de impresiones urbanas, de política;
y hoy, apoyado en su bastón ilustre
que sonara mejor en los años de la Gobernación,
mi padre está desconocido, frágil,
mi padre es una víspera.
Lleva, trae, abstraído, reliquias, cosas,
recuerdos, sugerencias.
La mañana apacible le acompaña
con sus alas blancas de hermana de la caridad.
CÉSAR VALLEJO

1

Dejaré a mis hijos el tiempo que viene
tiempo incierto
apenas presentido
de dudas y revelaciones
de mis padres heredé otro tiempo.

2

Mi padre vivió de sus manos
el día apenas le alcanzaba para una caricia
decía una palabra y se iba
su sendero era otro
trasuntaba entre la novela negra
y Marcial Lafuente Estefanía
no conoció el barroco
ni la poesía experimental.

Nunca escuchó a los Beatles ni a Bob Dylan.
Su oído se afinó entre Daniel Santos y Julio Jaramillo
Pedro Infante y Javier Solís.

A mi padre no le gustaba la agricultura ni el petróleo
con su tribu huyó de los gamonales
del derecho de pernada
de la carencia y del olvido.

Buscando su tiempo llegó hasta el petróleo
estuvo allí como todos
entre la brea y la sangre
en el alboroto
en el pueblo que crecía todas las noches
en la voz del jurungo acechando en cualquier lugar
en Oficina N.º 1
Guico
La Leona
Campo Mata
Oritupano
San Tomé.
En la MGO
Schlumberger
Halliburton
Conoco Phillips.

Nombres sombras espantando en la sabana.

Emprendedor de origen
varió los oficios
lo recuerdo vestido de lino blanco en su DeSoto
riquezas transitorias
efímeras como el viento que sopla

llevándose todo
en los pajonales de Guanipa.

La mina es la historia de mi pueblo
el mal augurio
canto de la pavita y el mochuelo
la mina
la desgracia.

Mi padre fue de una mina a otra
de una prisión a otra:
de la piedra de aceite a la piedra de hierro
y allí quedó.

Él que tuvo por madres a Petra y Esther
Petra se fue con los vientos de Monagal
Esther es la nostalgia que me habita.
Mi padre que nunca me habló de su padre
pudo ser Álvarez o Corvo
pero la vida fue así
para el hijo de Petra la de Las Flores.
Cuenta pasada en claro
si preguntas por mi madre
mi madre es otra historia.

3

Mi madre soy yo
que vivo en fuga
mi madre es el silencio y lo que queda
la quietud.

Se vino de la mina
llegó del cuarzo

de los Castro y los Quintana
nadie vio cuando llegó
pero cuando su mirada busca el horizonte
enmudezco
entonces veo la lejanía en sus ojos
toca la nostalgia
recorre un tiempo desconocido.
Buscando en un retrato el rostro de su madre
imagina su tierra marcada
ese campo de velas
cuevas que quedan como un lastre
un tatuaje eterno.

Mi madre suspira y vuelve a mirar.
Nada pregunto
la dejo con el recuerdo que en ella habita
su silencio me acompaña
es la tierra con que vivo.
Ahora que los años duelen
recorre su casa de memoria
adivina cada camino

la melancolía canta en su voz
cuenta los pasos y me alcanza
su aliento es un manto.
Mi madre respira entre tiempos
entre ayer y hoy
la tomo de la mano para que la lluvia venga.

MARCOS GONZÁLEZ BARROSO

La vida brota espesa,
terca y confundida,
(capaz de ser cualquier cosa)
desde el altar profundo
de los metales líquidos.
En medio de la nada
el hechizo de luz
carga sobre su espalda
volverse hogar.
El bálsamo del amor gravita
en el plumaje intemporal
de gavilanes sabaneros.
La aurora sopla
amarres invisibles,
ungidos en los pequeños pasos
de la estirpe.
La ciudad crece
en el reflujo del raudal,
(con la testarudez del sembradío)
arrojando semillas al viento,
sobre una tierra
exhausta de espejismos,
que no cesa de inventar mañanas.

En el corazón de los prostíbulos
buscaban el aliento arrebatado
por los embrujos de la mina.
Con el azabache de la lujuria
(se aligeraban fugaz)

de los dientes insaciables
del mal de ojo
que los iba desgonzando
con la desalmada maquinaria
de convertir sus huesos en barriles.

Invernadero de mechurrios

La luz perpetua
del sicario transnacional,
engulle la riqueza ajena,
mientras investidos de artimañas.
incrustan cocteles tóxicos
en la metafísica de espejos solares,
destinados a rostizar el futuro
(a fuego lento)
con su mierda incandescente.

Florecemos Guanipa,
en danzas rodantes de calipso;
atesorando
rugidos irreverentes
opuestos a ladrar estupideces.
La garganta del barrio,
a trueno y vértigo,
gira
en el manantial alucinógeno.
La mina fértil del tambor
retumba bajo los pies ariscos
del mestizaje cimarrón.
La estirpe filosa
que aprendió a rezar erguida.
sobre el lodo virulento
de balancines y tuberías.

La epifanía indómita
en lo efímero del baile callejero,
(un mundo de vibrar sin dueños)

El Tigre

Las calles y callejones de la ciudad
engendrados por los hijos del petróleo.
El laberinto de babel
con fonemas indescifrables.
Los códigos secretos
de la insurgencia clandestina.
La dinamita del arte que nadie más
acierta a pronunciar.
El contrabando de sueños dorados,
que, contra toda pobreza
alentaba surcos de abundancia.
El orgullo de una música
que no supo regresar a casa
y se transfiguró en nosotros.
El trapiché lingüístico del desamparo
metiendo nuestro imperfecto paraíso
por ventanas que se desvanecen.
El linaje de ternuras
en el pulso brutal de los atardeceres.

CARLOS SAN DIEGO

Mancha de petróleo en hueso blanco

Se podría hoy despedir el luto.
Dejar que culebras se enreden
y silben desde las coronas de bejucos.
Pero con estos derrames
muchos morimos.
El peetrorio no deja blanco ni el hueso.
Lo deja triste.
Triste
como llovizna en el cementerio
sobrevive la tribu.

* Peetrorio: petróleo.

El náufrago de la laguna de crudos

En un vertiginoso descuido
como rotación de pintas de *manaakada*
se me rodaron los sentidos.

Vagué por vacíos de una música profunda.
Acelerados tonos de *bereekushi*.

Se me rodó la línea del juicio.
Caña blanca y *kashire* y algo de güisqui
se me subieron a la cabeza.

En: Carlos San Diego, *Los mare mares*. Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2005.

De la una para las dos de la madrugada
después que cantó el gallo
me vine echando travesías de final de fiesta.

Mi mente no coordinaba ningún rumbo en la sabana.

La serenidad de la noche no podía perderme.

Pero en esta sabana pululan los encantos
que sin entrar en cuenta trastornan
y los pasos se convierten en sueño.

Con un embrujo de chivo que rastrea
rozando el pajonal
rodé por un terraplén.

Fui a dar a una inmensa fosa petrolera.
A una espesa laguna de macollas.

Gritaban todos los demonios.
Ni me movía.

Boquié y me fui más al fondo.
A ese fondo en que tragas contaminación y te asfixias.
Plan de compañía.

Me guindé de la raíz al aire
de un viejo alcornoco que ha visto miles de secretos.

Demasiado loco salí.
De mí se asustaban los duendes del purgatorio.

Iba para Tascabaña.
Amanecí en la vía de Cachipo.

Kumuaako desbarbado.

Lo último que recuerdo es la luz intensa
de una estación petrolera que me quemaba las pupilas.

Ahora quedé embadurnado de crudos pesados
pero sin ropa.
Retorno a un origen forzoso.

Voy como llevando al hombro un féretro
sin vergüenza de desnudez.

Aterro a supervisores de picoses blancas con logos
de ¡vaya a saber Dios de qué carajo!

Yo mismo me pegaba mis sustos.

Me salían a buscar y yo huía.

Miserable me dejó ese baño de petróleo.

Remendando el cerebro me metí en una cueva.

Era como descendiendo por un útero.

Allí me estuve.

Antes del tercer día me resucitó una cuspa come muertos
osando los costillares.

Antes del tercer día
resucita el karí'ña.

**Manaakada:* cunaguaro.
**Bereekushi:* flauta de carrizo.
**Kashire:* licor ancestral karí'ña.
**Kumuaako:* bachaco.

Aray

Estaba asustadísimo ese hombre.

Su sueño era cuchillo de candela moviéndose
para protegerlo de la averiguación insidiosa de las llamas.

Había un color de calcinación sangrienta.
Igual al fogaje de un cristo en la tierra

del cristo de un gavilán.

Su mujer aún lo veía
de aquí de allá
de allá de aquí

con una perolita de agua en las manos
contra las tuberías de gas subterráneas incendiadas.

En aquellos morichales quemados
de abajo hacia arriba entre martes y el viernes

la pena y el lamento lloraban
todo lo sembrado en la tradición de la existencia.

El conuco ya era carbón como una basura del diablo.

Aray
iba y venía
y cada vez el agua más distante.

Sin saber qué lo arruinaba
veía hacia atrás los ojitos de su mujer
y pedía misericordia al cielo para conservar la esperanza.

Aray
ya

con los tobillos metidos en el terrón cinerario

lejos

donde no se veía
en el abandono de las instalaciones petroleras

se agachó sobre una de las grietas de fuego
con la perolita ya sin agua

el fogaje se le metió por la boca gritando.

Fue el primer árbol que de pie vio arder su corazón.

El lamento de sus raíces se oye
cada vez que queda un kari'ña solo.

La tierra también se avergüenza

Por esa flor de yerba cominorústico
volví a bajar a los farallones.

Pasaron el día negándome parte de la cara.

Por primera vez
sentí que me tenían pena.

Algo malo se había soltado
en la belleza de ese mundo de hechizo.

Un ojo tapado.
Asomaban menos que una mano.

El suave olor de naranja montaraz
mutó en repelente de bachaco excitado.

El cielo no es bizco
pero mostró ventanas tuertas en el peñasco.

Sólo asomó la florecita
que estuvo antes del ripio petrolero.

Sustancias químicas disueltas
al norte de la vieja planta de gas Güico IV
convinieron en que la sabana fuera puta.

Puta a la una de la tarde en Cerro Negro.

Aun así
busqué dónde conseguía lo que me era dable.

Hallé una zanja de tuberías rotas.
Zanja como cuando se arranca
el dedo anular de la mano de una mujer.

El ambiente hedía a óxido.
A señalización de tránsito metálica
en intersección vial conocida pero extraña.

La florcita mal olía a herrumbre.
A moho removido con brusquedad.

Pero el lirio de mayo dijo: esa es tu flor.
La guacharaca roja dijo: esa es tu flor.
La paja estrella blanca dijo: esa es tu flor.

Eso dijeron en la cabecera del río.

Y en la cabecera del río lo que vi
fue un carro Toyota desvalijado
bajo el árbol casabe que tuvimos de altar.

Chatarreros pisotearon el amanecer.
Ahora
me parece que la flor no es flor.

Lo que se me da por flor es miedo.
Hiede a cadáver el cominorústico.

Se llena de insectos voraces
lo que era diversión de pétalos tersos.

La carretera a San Tomé
ya no huele a Aloína Maita.

De Tascabaña a Kashaama

Los cráneos de la contaminación están esterrados
en la estación Chimire.

Negras espinas
líquidas
emergen en el hervidero del subsuelo.

Danza de respiradero artificial.
Descarga de pozo.

Gente enratonada.
Gente muerta

volando en los aires de la sabana

compañías de hidrocarburos.

Han enseñado a quedarnos pocos

Si quitas de la boca la flor aceitosa de crudos

sin abatirte desempleado
corre a fundar pueblo con reservas de costumbres.

Corre a Cerro Negro.
Purifícate y busca la puerta con los últimos sabios.

Quédate oyendo el interior de las palabras.
Vigila los tesoros invisibles.

Poca cosa más por hacer
que no sea defendernos.

Quiébrale al enemigo el alma
sin que se entere que le quiebras la moral.

Ese se caerá solo como se le cae la cervical a la corrupción.

Que desaparezcan.
Que se lleven a sus hijos.

Su recuerdo quede sin nombre.

Hasta cenizas de sus pupilas
beberemos en sus cráneos
en las ceremonias de protesta al pie de balancines estáticos.

Que la memoria de Pedrito Chiroco
siga cantando y cure.

Que Tempo nos haga depurativos para la sangre y el espíritu.

A un lado la patentación.

Sanos contra invasores.

Que la memoria de *Tamana'sho* nos haga cascabel.
Capacho venenoso en la sabana
para morder justo en el cartílago que une los chips de sus proyectos.

Con mucha sabiduría de sacrificios
con mucho pulso en el espíritu del ataque

démosle una sola patada en el candado de la nuca.

No olvidemos que su mejor permiso es matar.

LAURA CRACCO

Carta sin retorno

No provengo de aquel país devorador de míticas serpientes
creadas por el poeta para consolar el hambre
de realidad, de paisajes y de historia.
Tampoco puedo retornar a un país oprimido por otro
inconfundible,
con la piel color de leche que incita a rebelión,
obliga a la libertad,
al odio que eviscera al mármol de la belleza
y aplasta los coágulos de nata cortada flotando en el café,
blanca como el otro
inconfundible;
el blanco que impone al negro el destino de ser libre
como cuestión de piel.

No nací en lugar alguno con lugar para la épica
y la Nochevieja vea desfilar multitudes con valijas,
un único sueño compartido:
huir uno del otro, alejarse del origen
tanto más lejos, mejor.

Multitudes grises, valijas grises
tropezando en la salida
en pos de la salida.

Laura Cracco, «Carta sin retorno» en: De baile y de sombra, 2026

Pertenezco a una raza distinta que no es raza:
tránsfugas,
aves de paso que depredan un país que no es país
y donde solo por mal azar se nace.

Pernoctamos
con el único propósito de huir
cuanto más lejos, mejor.

Un país de grandes ríos, selvas
con las entrañas saturadas de petróleo,
fértiles llanos y playas que juran en falso.

Pero, sobre todo, un país marcado de palmo a palmo
con las cruces de aire que nunca se erigen en el sitio
donde murió alguno que no pudo huir a tiempo,
mientras más lejos, mejor;
mientras más pronto, mejor.

Nottingham*

No sostengo el mundo sobre mis hombros, no soy un Atlas,
apenas este cielo hermético de Nottingham
donde unos ojos agujerean la densidad
como si Dios dudara y no se marchara del todo.
No espero noticias, no hurgo en X algún flanco débil del
dictador.
Esta noche los ojos que cortan el cielo traen el sufrimiento
de querer ser hombre.
Traen a la memoria –junto a huesos y polvo– voces, quejidos
y risas

* «Nottingham» en: *Venequia* (inédito)

de quienes quisieron ser hombres y murieron en el intento.
Los ojos asoman cuando no se adivina sol ni luna,
cuando el gris cobija lo que pudo ser;
asoman como la ilusión de que hay un cielo y estrellas,
de que aún cabe alguna posibilidad.

II

Amanece y vendas blancas apenas rasgan el azul,
demasiado azul para ser constreñido por algodones,
insignificantes en términos de gloria.
Del bosque sale la flecha, el sheriff lo ignora,
la flecha solo mató el hombre en él
y la cuerda vuelve a la engañosa inercia.
De nuevo noche, huesos en lugar de astros,
el cielo ahora una placa: el costillar blanco y la carne ida,
de quien quiso ser hombre.

III

El pozo negro en Venezuela es más que petróleo,
es una laguna de almas sin descanso en los búnkeres de tortura
bajo grandes casonas con jardineros y pomos de bronce pulido.
El cielo de Venezuela es de un azul limpio, sin los ojos oscuros
de Nottingham
suspendidos en leche;
el cielo de la dictadura distrae la mirada y engaña con falsa
inocencia,
blanco,
celeste,
el verdor inunda el cerebro herido
como cataplasma de yerba sanadora.
No sostengo sobre mi espalda el cielo de Nottingham,

la melancolía de buenos modales digerida sorbo a sorbo con té y pasteles
ni el bosque legendario
ni el sheriff ni el bandido,
arrastro un subsuelo convertido en firmamento
donde se mezclan las voces, quejidos y risas
de quienes quisieron ser hombres y murieron en el intento,
ahogados en el chorro que no cesa.
El cielo de Nottingham mira desde lo alto a través de hoyos negros
arrancados al blanco.
Camino, yo que pude huir pero no escapar, sobre un cielo azul hundido
en el subsuelo que reúne en la misma paila minerales,
(rodio, coltán, petróleo crudo, oro), horror, tortura, muerte,
obscena riqueza y extrema miseria, dictadura, crimen y cadáveres,
miles de cadáveres en tránsito a sedimentar en piedra.

WILLY MCKEY

Canto 14

dedicado a Maye Pérez

i. 25.08.2012

El tiempo ya espesó los hermosos cadáveres
que han sido refinados por mis hermanos vivos.
Desde temprano inhalamos las aromáticas
de benceno contra el ayuno crudo de voz.
«Respira» ordena la madre camino a la escuela.
«Desrespira» dice el hombre sucio de la bomba.
El tiempo ya espesó los hermosos cadáveres
que serán coloreados por mis hermanos vivos.
En su contra van el olor a viruta de lápices
y su espiral sostenido de luz que se afila.
Justo cuando tuvimos que aprender a morir
la niña descubre un libro que nos confiesa.
«Relee» ordena la maestra antes del timbre.
«Deslee» dice el teléfono antes de irse a casa.
En su contra van el olor a viruta de lápices
y su esperanza afilada de luz que expira.
Y la efímera verdad que hay tras lo combustible
despierta el apetito de la niña que lee.
Hoy ve los huesos viejos de un animal enorme
que han quedado empotrados y presos de sí mismos.

Disponible en: https://luvina.com.mx/canto-14-willy-mckey/

«Levántate» ordena el mechurrio como un cirio.
«Deslevántate» dicen todos los presupuestos.
Y la efímera verdad que hay tras lo combustible
es un monstruo que se come todas las verdades.
El tiempo ya espesó los hermosos cadáveres:
en su contra van el olor a viruta de lápices
y la efímera verdad que hay tras lo combustible.

ii. Gelasiano

Llegamos temprano al duelo y tarde a la paciencia:
misterios del límite magnetoestratigráfico.
Megaterio nuestro, falso tótem de lo vivo,
revelado en ese negro aceite de la piedra
que espesa lo inflamable y pereza lo infinito:
hemos conseguido un desierto a nuestra medida,
¿son estos incendios nuestra torpe zarza ardiente?
Fides quaerens intellectum: la fe busca entender
Padre de todas las perezas, suprema génesis,
ofrenda en sacrificio de tiempo y balancines,
sube y baja tu garra en medio de nuestro pecho
y extrae de nosotros alguna contrición:
un por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Bautízanos con la bilis negra y combustible
y refínanos para imitarte extinguiéndonos
en coordenadas de arena: Tacoa, Lama, Amuay.
Ya hace dos mil quinientos millones de años
que tu enorme cuerpo megatérico se hundía
en la brea huyendo de alguna muerte imposible:
tu apocalipsis también comenzó por el fuego.
Antes de que este paisaje se llamara Amuay
tus padres y cachorros lloraron los incendios.
Y en lugar de desaparecer, todos se hundieron
para volver hoy, inflamables, como venganza

de la carne sin luto de los huesitos negros.
Encima de tus restos levantamos la casa.
¿Cómo no querer matarnos, bestia originaria?
Hemos pretendido vivir de refinar los duelos
prehistóricos de tus muertos, tasados por barril.
Dominical fue el latigazo ardiente en Tacoa y
madrugada del sábado en Amuay. No descansas.
Misterios del límite magnetoestratigráfico:
llegamos temprano al duelo y tarde a la paciencia.

iii. Amuay

Dueña de los vientos y las aguas encontradas,
en tu lengua hubo tantos nombres para el fuego.
Nadie podría trazarte sin escupir cenizas
que sacudimos hace ya veintisiete años.
«¡Olvida!» dijeron con el poder calcinado.
«¡Recuerda!» dijeron tras morder las nuevas urnas.
Región de los vientos y las aguas encontradas,
en tu lengua hubo tantos tiempos para el fuego.
Desde mil novecientos ochenta y cinco apagan
las velas de tus muertos con puntas de cardón.
La alquimia de un jugo residual de bajo azufre
cartografía tus fronteras con nuestro infierno.
«¡Vive!» mandan los cuerpos que hay años abajo.
«¡Muere!» mandan los que olvidan cuerpos arriba.
Desde mil novecientos ochenta y cinco apagan
los ojos de tus muertos con puntas de cardón.
Tus escapularios encendidos por la brisa,
tragedia repetida de un volcán improvisado,
no bastan para traducir la crueldad del olvido
ni el duelo repetido en madrugadas de incendio.
«¡Despierta!» ordenan los muros cuando estallan.
«¡Duerme!» ordenan los huesos cuando aparecen.

Tus escapularios encendidos por la brisa,
tragedia improvisada de un volcán repetido.
Dueña de los vientos y las aguas encontradas,
desde mil novecientos ochenta y cinco apagan
tus escapularios encendidos por la brisa.

VÍCTOR MANUEL PINTO

Guaricha [*Slow Motion*]

Un lento delta de sangre se escurre por los muslos de las violadas. Sobre las caras heridas por los culatazos, las moscas se soban las patas como rufianes ante el dinero; el motor de sus enjambres sobrevuela los ojos abiertos de los cuerpos boca arriba. Los jadeos y los ahogos sacan jugos a las espaldas, a los pechos, a las frentes que destilan la salina sinrazón de la sevicia. Son los taladros primitivos, los balancines que rajan la membrana de la tierra; puntas que penetran la viscosa obscuridad del rencor. Ojeda cumple su promesa y no clausura el burdel de sus marinos. Lo culpa aplicar el análisis escolástico al discurso que debe leer en cada sitio conquistado. El berrinche fastidioso de un mono interrumpe la meditación del navegante y este se levanta a investigar dentro de una choza. Cuando saca su cuchillo para cortar la cuerda que ata al simio, lo alerta el llanto juvenil de una india agazapada en la esquina del cuartucho. Será su esposa, pero aún no lo sabe; la madre de sus hijos, la misma que encontrarán muerta de melancolía sobre su lápida. Ella tampoco sospecha que su vida se irá tras la de Ojeda; apenas si puede confiar en la mano del hombre, blanca como una garza. Alonso guarda el puñal y cubre a la india con su capa negra. Juntos salen del pueblo, pero en los palafitos sigue la faena petrolera de tuberías y mangueras que extraen flujos de rosa. De noche, en el camarote, el beso de Ojeda y Guaricha es bilingüe. Y la raja, sin cuchillo.

En: Víctor Manuel Pinto, *Welserland*. Kavrial-España, 2021

Hemdklunkerumzug
Una partida de dominó

Oro y Petróleo son dioses servidos por el Diablo. Juegan con piedras de huesos las trabas y abras del camino. Nosotros sin valor sobre una mesa soñamos y dormir le llamamos al círculo y al caos que baraja el dulce y lo agrio en nuestra copa; la sangre o la luz en el filo de la espada entre el quieto acontecer de la rutina. Vivimos revueltos por manos doradas y obscuras. Pólvora y Plomo juegan con los dioses subterráneos. Plomo acuesta los dobles y suenan tiros al caer sobre la mesa. Plomo es plateado y dual; camina junto a un zorro y una ciega. Crean los dioses caminos de huesos cifrados. Piedras punteadas que suman y restan tiempo. Oro dominó la partida; Petróleo dominó la segunda; Plomo ganó la tercera; de Pólvora fue la cuarta. Y así mueven la tierra, década tras década.

II

6 alemanes buscan piedras. 6 alemanes roban piedras. 6 alemanes botan piedras que no brillan en la orina. Esa patria dorada que buscan y no existe, sino a gotas arenosas. Ha jartado mucho indio el zamuro dice el Diablo que sostiene una bandeja de drogas y cuchillos. ¡A la quinta partida morirán los alemanes! Así habló el sirviente de los dioses. Oro trancará sus caminos a Germania con la piedra cochina del tablero. Y soñarán los alemanes la caída de sus dientes. Oro aplastará sus calaveras como a cáscaras de huevo; romperá sus narices a palazos. Y cae con un golpe el doble blanco.

III

Hiede a formol, tanto que se esputa al llegar los alemanes a la quema de la cruz. ¡Mírenlos! Aún no saben y no entienden

tocando puro aire en sus barrigas. ¡Mírenlos! Llaman caballos al humo de las llamas que montan sin toser, sin pecho, sin pulmón; son aire, puro aire en sus narices rotas del palazo cochinero. Ahora son deformes como duendes, los espíritus del agua. Pipicitos arrugados que sacan con ensalmes de niñas arañadas. ¡Welserland se quema! A los pies de la cruz el Diablo orina gasolina. Al tigre lo consumen sus rayas amarillas y ahora es humo. Guacamayas y loros son cenizas. Cuelga por las patas el caballo del escudo y los duendes lo incineran como el carro usado para un crimen.

Juana de Castilla / 1539
El espanto

La demente se baña con petróleo,
selva podrida, cachicamo muerto
escurriendo negror venezolano;
llevado en barco, cargado en burro;
gas del pantano, óleo de la piedra.
Quita el reuma, dice, el petróleo es brujo.
Y el pelo se le enrolla como un rabo
que escurre retorcidas aguas negras.

Mi hijo, mi hijo, ¿dónde está mi hijo?

Se mete la mano y no lo encuentra;
se saca pedazos de orquídeas viejas,
cintas y claveles de un entierro.

La demente se echa en la brea;
se pellizca el centro de la areola,
se fuma la colilla del pezón
y las latas del rancho se enrojecen.

Hay sombras que pelean en el rojo.
Hay cuchillos y dientes triangulares:
una mujer que mata a otra mujer
mientras suena el repique del tambor
y el petróleo salpica las paredes.

He metido el trapo en la botella.
He quemado la mecha, humedecida.

Fatherland

La tierra tiene nombre de indio muerto

El suelo se llama soldado muerto, político muerto, poeta muerto.

La tierra tiene nombre de batalla, de hazaña, de sitio, de tragedia.

A la tierra la cruza una culebra. Bosques secos, neuronas de borrachos.
Una culebra resuelta a patadas, a mosquete, a granada, a cañón.

El suelo tiene apellido de rico, tiene cruces, tiene monumentos.
Una culebra de petróleo seco. Una culebra de mil rayas blancas.

Un petroglifo lleno de bachacos.

Operation Neuland

Los malditos vienen por el petróleo;
a exprimir nuestros negros corazones hasta dejarlos secos como pasas.

& cuando sus torpedos nos destrocen & el agua nos inunde la garganta
& flotemos como boyas de sangre mordidas por los grises tiburones,
solo entonces saltarán las ratas para vernos arder desde la orilla.

Así habló Walter Buschell, entre el humo, ante la vieja Nueva Augsburgo,
mientras la candela lo derretía aferrado al timón del *Monagas*.

Frente al fuego uno se obscurece; lo saben quienes queman su basura.

Así habló Lázaro Colina mientras caía, nadando en el aire,
hasta ser picadillo en las propelas.

Como al hombre que quemaron por vulgo, su misión es quemarnos por petróleo.
El lastre de sus venas bitumen. Ansían la leche negra del alba.
Cavamos nuestras fosas en los mares. La muerte es la aleta de Alemania.

STEFANO CARCONE VÁSQUEZ

Sobre Salvajes

A usted Maestro, a su Maestro
y a los traductores del departamento de Estado.

Los Marines en los buques,
que se tragan el Gran Caribe,
llaman al petróleo *hello, How Are You Today?*
que significa *Tú, eres mía*
míamía (plan bachata +
violación, asfixiándote
del pescuezo);
al petróleo también le dicen
Welcome & Good Bye. Y también dicen
Fine, And You? que significa
petróleo, de nuevo. Y *Good Morning,*
petróleo por la mañana.
Y la verdad, que de lo demás que dicen,
todo termina sonando
como a *petróleo* igual, aunque con más sílabas
extrañas, y sin embargo
hay matices.

Dicen *Buy* como queriendo decir:
«Lastima,
No Alcanzamos A Robar»

En: Stefano Carcone Vázquez, *Adiós Samantha*. 2025

lo que significa:
«Estuvimos Tan Pero Tan Cerquita
A Que Colapsaran»
Luego, se ríen;
...y cómo no van a reírse
si de todas formas se lo están, igual, llevando*
*como que nosotros, indígenas
y el dólar, espejitos.
Luego recojan los vidrios.

Los gringos de los pasillos y despachos
del Congreso de los Estados Unidos, dicen
Colateral Damage
que quiere decir
«Sin Querer Queriendo»
y significa *«Masacre Generalizada»*
«Niños
Muertos»
«La vecindad en ruinas»
«Cordero» o *«Libertad»*

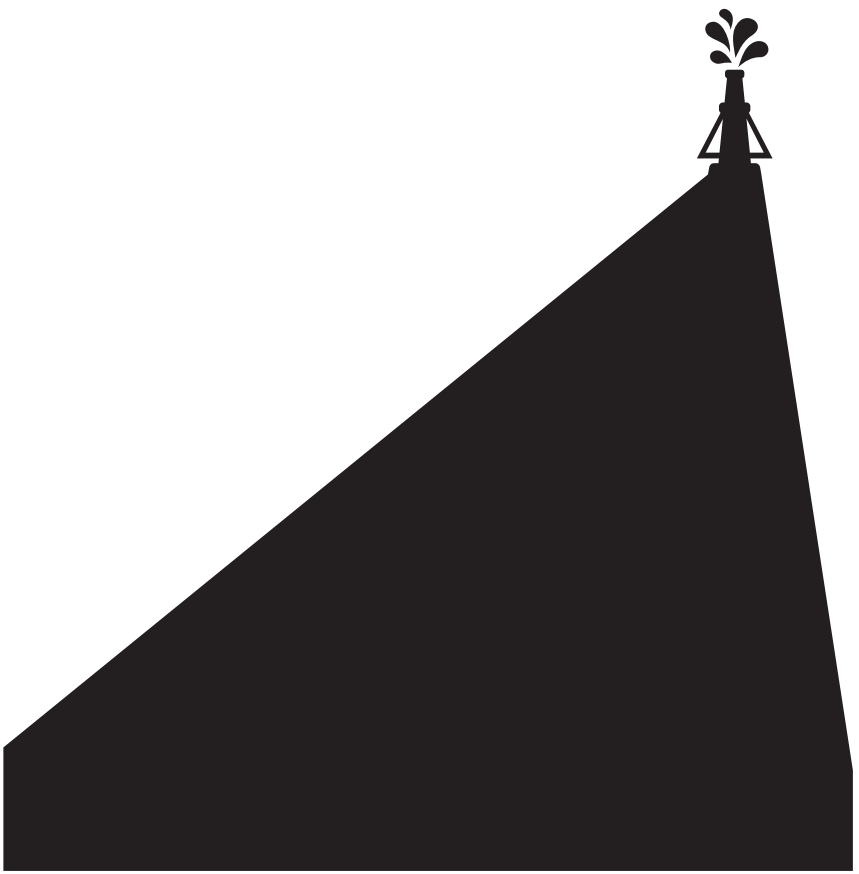
Les dicen
a las conspiraciones, democracias;
a preguntar después, disparar primero;
a lo de actuar como brutos, inteligencia;
y a lo de amenazar a muerte,
diplomacia.

En una película escuché a un soldado gringo moribundo
balbucearle a la radio (de utilería)
«Meíjor, copí?»
y yo y que: *¡¿qué?!*
no puede ser, que al borde de la muerte
digan también ¿mejo-kojí?

Los muy demócratas
saben muy bien hablar,
metiéndose por los caminos verdes,
mientras que los republicanos
son de los que cogen por la autopista,
e igual los dos llegan siempre al mismo lugar,
ese decir de ternura: *Hiroshima* o *Nagasaki.*

Ellos, que para decir
salvamos vidas, dicen
«Los Que Maté No Eran Gente»

Posfacio



RAMÓN ORDAZ

Era un país del Sur

Esta respiración ya no es la misma,
esta oblicua asunción de nuestros pasos
obnubila el ayer, envejece el presente

En mi sesgo, en la orilla
de caminos abstrusos, de geografías sin luz,
equivocado abstemio con la copa de vino
levantada en el púlpito donde no hay oración
y es obligante el trago, el sínodo de amor en el transtierro.

Cuánto quise derribar las estatuas,
poner en su sitio
una llama perenne contra la oscuridad;
reivindicar al otro en su sombra del bosque,
en su altar consagrado a deshacer los mitos,
los credos de una plebe, milenarista, ciega;
cuánto quise apartar ese barro
que avanza como un monstruo.

En los aires de otro siglo ominoso, incierto de palabra,
ya no espero sentencia, ninguna absolución.

En las puertas del sur,
camino hacia el azul de los presagios,
hacia El Dorado de todas nuestras sombras,
donde la maravilla nos hizo de petróleo, nos armó de petróleo,

nos construyó ciudades de petróleo, costumbres de petróleo,
palabras de petróleo.

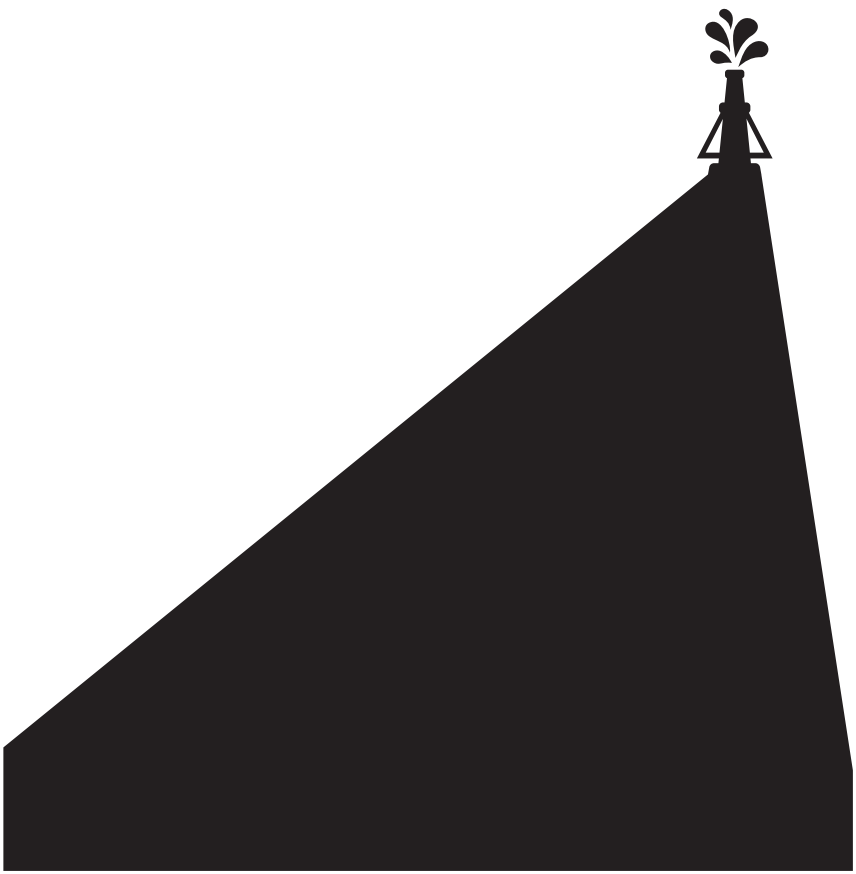
En la entrada del sur,
llegada al paraíso, a las fuentes de futuras promesas,
de ríos cenicientos, de mares sin historia,
de piedras sobre el sueño, subterráneas,
emergieron luciérnagas, reveses en la boca de pozos
indeseables, convertida en herida, sevicia del petróleo.

En las iras del sur nació este desvarío,
esta fragua de sueños que empezó a prolongarse,
a volverse espejismo de eternos redentores,
este lugar sin brújula, ultrajado, con una biografía
que modelan asaltos, expedientes grotescos,
imposibles, negados al gesto de una historia futura.

En las tierras del sur se agotan las palabras, los nombres
se adelgazan, la política oprime, diseca, esteriliza.
Un vasto panorama de velas
alumbra a los muertos de una ciudad
invisible, donde una lluvia sucia deja caer libelos,
manifiestos de pobres, obscenas obsesiones,
mordazas de unos hombres que no pudieron ser.

En las eras del sur ya no cabe una letra, el soplo
de un milagro, aires de redención, el fuego prometeico;
solo aflora la sangre de viejas utopías,
los eclipses de un padre inacabado,
con los hijos errantes, errátiles, erróneos,
curtidos
hundidos en la fosa inguinal del petróleo.

Los autores



UDÓN PÉREZ

(Maracaibo, Zulia, 1871-1926).

Poeta. Colaborador de *El Cojo Ilustrado*. Obra poética: *La escala de la gloria* (1899); *La voz del alma* (1901); *Ánfora criolla* (1913); *Dos poemas* (1916); *Bajo los sauces* (1921); *Poesías* (1943).

JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA

(Aragua de Barcelona, Anzoátegui, 1885 - Caracas, 1970).

Poeta. Colaborador de *El Cojo Ilustrado*. Ejerció la diplomacia en España y Holanda. Premio Nacional de Literatura 1963-1964. Obra poética: *Canto a Venezuela* (1911); *Cantos de la carne y del reino interior. Cantos civile*s (1911); *Odas. La triste y otros poemas* (1913); *Poesías* (1964); *Canto a la Batalla de Carabobo* (1971); *Selección Poética*, 1911-1947 (1976).

SALUSTIO GONZÁLEZ RINCONES

(San Cristóbal, Táchira, 1886 - a bordo del vapor Caribia, vía Venezuela, 1933).

Poeta. Dramaturgo. Ensayista. Traductor. Fundador, junto con Enrique Planchart, Julio y Horacio Rosales y Rómulo Gallegos, del grupo y de la revista *Alborada*. Tradujo a Víctor Hugo y a Rossetti. Obra poética: *Trece sonetos con estrambote a Sigma* (1922); *Corridos sagrados y profanos* (1922); *Siete sonetos de color* (1928); *Antología poética* (1977). Otal Susi es el seudónimo que utilizó Salustio González Rincones para publicar el libro *Cantando germinan* (1932), en el cual figura el poema «Cantando se van».

ISMAEL URDANETA

(Moporo, Trujillo, 1887 - Maracaibo, 1928).

Poeta, narrador, cronista, periodista. Formó parte del grupo *Ariel* del Zulia. Colaborador de revistas venezolanas y extranjeras. Vivió muchos años fuera del país y en sus aventuras llegó a ser combatiente de la Legión Extranjera. Obra poética: *Corazón romántico* (1906); *Siembra y vendimia* (1911); *Cantos de gloria y de martirio* (1927); *Poemas de la musa libre* (1928).

ANTONIO CILIBERTO PÉREZ

(Guanaguana, Monagas, 1893 - Caracas, 1966).

Autodidacta. Poeta y narrador. Obra poética: *Rumbos sesgados* (1955); *Huellas sobre cenizas* (1960).

PEDRO RIVERO

(Porlamar, Nueva Esparta, 1893 - Madrid, 1959).

Poeta y ensayista. Fundó en Porlamar el periódico *Génesis*. Vivió en Europa y Estados Unidos. Obra poética: *El mar de las perlas* (1943); *El mar de Ulises y Porlamar* (1952); *Porlamar* (1952); *El pescador de ánforas* (1954); *Poemas del mar* (1956).

ANDRÉS ELOY BLANCO

(Cumaná, Sucre, 1896 - México, 1955).

Poeta, periodista, humorista. Como político ocupó relevantes cargos, siempre desde una perspectiva transparente en su gestión de hombre público que no empeñó jamás su condición de poeta. Fue presidente de la Asamblea Constituyente (1946-1947). En vida se hizo acreedor de varios galardones, entre ellos, el que obtuvo con su *Canto a España*, convocado por la Real Academia Española de la Lengua (Santander, 1923). Su obra incluye ensayo, poesía, crónica, cuento y teatro. Obra poética: *Poda*. Saldo de poemas: 1923-1928 (1934); *Malvina recobrada*. *Liberación-Siembra* (1937); *Barco de piedra* (1937); *Baedeker 2000* (1938); *A un año de tu luz* (1951); *Giraluna* (1955); *La Juambimbada* (1959); *Barco de piedra* (1960).

AGUSTÍN SILVA DÍAZ

(Cumaná, Sucre, 1891 - Caracas, 1988).

Poeta y periodista. «Responso» fue publicado originalmente en el periódico *Renacimiento*, N.º 5097 (Cumaná, 6 de junio de 1950). Parte de su obra poética dispersa en periódicos y revistas fue publicada en: *De poetas olvidados* (1994), Cumaná, UDO-Centro de Actividades Literarias «José Antonio Ramos Sucre».

JACINTO FOMBONA PACHANO

(Caracas, 1901-1951).

Poeta y ensayista. Egresó en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela (1927). Fue Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y director del diario *Ahora*. Obra poética: *Retoñada* (1921); *El canto del hijo* (1925); *La comedia* (1927); *Siete reflejos* (1928); *Sinfonía del encuentro* (1930); *Virajes* (1932); *Balcón* (1938); *Estelas* (1950); *Las torres desprevenidas* (1940); *Sonetos* (1945).

FRANCISCO LÁREZ GRANADO

(Juan Griego, Nueva Esparta, 1903-1988).

Poeta, cuentista, cronista, ensayista, periodista, compilador. Obra poética: *Playas* (1936); *Cuaderno de mar* (1943); *Velero-Mundo* (1948); *Umbral de ausencia* (1955); *Grímpolas* (1956); *Antología poética* (1960); *Sobre el caballo del mar* (1971); *Pleamar: cuentos y poemas en verso y prosa* (1975); *Itinerario: glosas de un libro inédito* (1977).

MIGUEL OTERO SILVA

(Barcelona, Anzoátegui, 1908 - Caracas, 1985).

Poeta, novelista, ensayista, dramaturgo, humorista, periodista. Formó parte de la Generación del 28. Fundador del semanario humorístico *El Morrocoy Azul* (1941) y del diario *El Nacional* (1943). Entre sus distinciones más importantes están el Premio Nacional de Periodismo (1958); el Premio Nacional

de Literatura y el Premio Lenin de la Paz (1980). Después de sus ensayos y estudios, destaca más por su narrativa en novelas como *Fiebre* (1940); *Casas muertas* (1955); *Oficina N.º 1* (1961); *La muerte de Honorio* (1963); *Cuando quiero llorar no lloro* (1970); *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979); *La piedra que era Cristo* (1984). Obra poética: *Agua y cauce. Poemas revolucionarios* (1937); *25 poemas* (1942); *Elegía Coral a Andrés Eloy Blanco* (1958); *Fuego de hermanos a Pablo Neruda (*1960); *La mar que es el morir* (1965); *Umbral* (1966).

CARLOS AUGUSTO LEÓN

(Caracas, 1914-1997).

Poeta y ensayista. Ingeniero Civil y Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas (UCV). Su obra es voluminosa y parte de ella ha sido traducida a otros idiomas. Obra poética: *Los pasos vivientes* (1940); *Canto de mi país en esta guerra* (1944); *Los nombres de la vida* (1947); *Homenaje a Jorge Manrique* (1947); *A solas con la vida* (1947); *La niña de la calavera y otros poemas* (1948); *Coplas de la muerte y de la vida popular* (1954); *Interior hombre* (1968); *Tratado del recuerdo y el olvido* (1969); *Poemas para esperar el poema* (1972); *Solamente el alba* (1973); *Una gota de agua* (1974); *Naturaleza secreta* (1975); *Lo infinito por decir* (1980); *Los círculos concéntricos* (1981).

JUAN LISCANO

(Caracas, 1915-2001).

Poeta, ensayista, crítico, periodista, gran conocedor y promotor de las tradiciones populares, la historia y la cultura del país. Integró los grupos literarios *Viernes*, *Suma* y *Presente*. Fue director de Monte Ávila Editores e Individuo de Número de la Academia de la Lengua. Consecuente editor de revistas, entre las más prestigiosas, *Zona Franca* (1964-1984). Fundó la Editorial Mandorla. Sus estudios, ensayos, monografías, compilaciones, artículos periodísticos, prólogos, etc., son numerosos. Fue un

generoso propulsor de las generaciones literarias emergentes. Obra poética: *Ocho poemas* (1939); *Contienda* (1942); *Del alba al alba* (1943); *Del mar* (1948); *Humano destino* (1949); *Tierra muerta de sed* (1954); *Nuevo Mundo Orinoco* (1959); *Rito de sombra* (1961); *Nombrar contra el tiempo* (1968); *Edad oscura* (1969); *Las citas* (1970); *Los nuevos días* (1971); *Animalancia* (1976); *Rayo que al alcanzarme* (1978); *El viaje* (1978); *Fundaciones* (1981); *Myesis* (1982); *Sucesos* (1982); *Domicilios* (1986); *Vencimiento* (1986); *El origen sigue siendo* (1991); *Resurgencias* (1995); *Recuerdos de Adán caído* (1996); *En Aries* (1996); *Vaivén* (1999).

JUSTO SIMÓN VELÁSQUEZ

(Juan Griego, Nueva Esparta, 1916).

Poeta, cronista, abogado. Su poesía quedó dispersa en periódicos de la región. Publicó «Orígenes de Juan Griego» (1950); «Juan Griego» (1957); «Los templos de La Asunción» (1958).

JUAN DARÍO PARRA

(Maracaibo, Zulia, 1917).

Poeta, narrador e investigador literario. Doctor en Ciencias Políticas, Licenciado en Letras y profesor de la Universidad del Zulia. Obra poética: *Analectas poéticas* (1954); *A mi Lago llegaron* (1968); *Las canciones de Mara* (1979); *Las puertas del Paraíso* (1983); *Las calles del espejo* (1992).

AQUILES NAZOA

(Caracas, 1920 - Maracay, 1976).

Poeta, ensayista, humorista, dramaturgo. Autodidacta. Profundo conocedor de la savia popular venezolana y de su rica tradición, nos dejó ejemplares obras sobre diversos tópicos. Inolvidables obras como: *Caracas, física y espiritual* (1966); *Las cosas más sencillas* (1972); *Vida privada de las muñecas de trapo* (1975); *Raúl Santana con un pueblo en el bolsillo* (1976); entre otras. Obra poética: *Aniversario del color* (1943); *Método práctico para aprender*

a leer en VII lecciones musicales con acompañamiento de gotas de agua (1943); *El transeúnte sonreído* (1945); *El ruiseñor de Catuche* (1950); *El silbador de iguanas* (1955); *Caperucita criolla* (1955); *Arte de los niños* (1957); *Poesía cotidiana* (1958); *El burro flautista* (1958); *Poesía para colorear* (1958); *Caballo de manteca* (1958); *Mientras el palo va y viene* (1962); *Papeles líricos* (1979); *Poemas populares* (1987); *El libro de los animales* (1991).

FRANCISCO GUTIÉRREZ

(Porlamar, Nueva Esparta, 1922 - Caracas, 1991).

Poeta y periodista. Obra poética: *El mar de oscuro fondo* (1965); *La Guaira, viaje de ida y vuelta* (1967).

BENITO RAÚL LOSADA

(Maturín, Monagas, 1923).

Poeta. Economista. Doctor en Ciencias Políticas (UCV). Obra poética: *Casimba* (1943); *Soledad y angustia* (1945); *Canciones y luz menor* (1952); *Campanada hacia el alba* (1954); *Nacerán los caminos* (1955); *Más allá del relámpago* (1960); *Los espejos baldíos* (1980); *Dentro y fuera del hombre* (1982); *Lebab o los despojos* (1983); *Por la redoma azul* (1987); *Testimonios y Apolo 11* (1988); *A fondo perdido* (1988); *Tiempo transitado* (1989); *La magia desnuda* (1991); *Momentos y vestigio* (1993); *El rostro sumergido* (1993); *Hoja para la poesía* (1994); *Cinco afluentes y un rumbo* (2000); *Andén del crepúsculo* (2003).

LUIS BELTRÁN MAGO

(Cumaná, Sucre, 1924).

Poeta, ensayista, abogado. Ha sido articulista de *El Nacional*, *El Universal*, *El Heraldo* y *2001.* Entre sus ensayos destacan: *Biografía espiritual de Margarita* (1956), *Geografía emocional de Cumaná* (1972, 1988), *Andrés Eloy Blanco: poeta de la pasión* (1976), *Antonio José de Sucre. Biografía apologética de una personalidad* (1986). Obra poética: *Bajel hacia la estrella* (1956), *Sonetos a*

la isla (1956), *Los pasos de la noche* (1965), *Sonetos a Caracas* (1966), *No es tiempo de callar* (1969), *Y había una muchacha* (1973), *Los eucaliptos miran hacia el sur* (1976), *Cartas intemporales* (1980), *El mar donde nací* (1985), *Presencia del aire* (1993), *Morada en el mar* (1995), *Poemas devocionales* (14 sonetos para Andrés Eloy Blanco, 1997), *Canciones del amor y el viento* (1998), *Del agua y de la lluvia* (1998), *Poemas de enero* (1998), *Itinerario de la sombra* (2000), *El mundo de la piel* (2005), *Antología esencial* (2009).

ASDRÚBAL DUARTE

(Cumaná, Sucre, 1927).

Poeta, narrador y periodista. Fue director de los diarios *Periódico de Sucre* y *Diario de Sucre*. Obra poética: *Mi voz* (poemas); *Alba y ocaso* (2007, poemas).

PEDRO GAMBOA

(Isla de Margarita, Nueva Esparta, 1927-2012).

Poeta, periodista y abogado. Reside en Paraguaná. En 1998 obtuvo la segunda Mención del Premio de Poesía «María Schirripa de Urbina» con su libro de poemas *Sonietos*, libro al que pertenece el poema que publicamos.

HESNOR RIVERA

(Maracaibo, 1928 - 2000).

Poeta, crítico y periodista. Licenciado en Letras. Profesor de LUZ. Fundador del grupo *Apocalipsis* (1955). Obra poética: *Ciudad y apocalipsis* (1952); *En la red de los éxodos* (1963); *Puerto de escala* (1964); *Superficie del enigma* (1967); *No siempre el tiempo siempre* (1975); *Las ciudades nativas* (1976); *Persistencia del desvelo* (1976); *El visitante solo* (1978); *Asunto y costumbre del azar* (1978); *Elegía a medias* (1978); *La muerte en casa* (1980); *El acoso de las cosas* (1981); *Los encuentros en la tormenta del huésped* (1988); *Secreto a voces* (1992); *Endechas del invisible* (1995).

GUILLERMO FERRER

(Maracaibo, Zulia, 1928).

Poeta, narrador, cronista, ensayista y Doctor en Ciencias Médicas. Su obra de investigación, su narrativa y su poesía es numerosa. Obra poética: *Un pueblo desarticulado* (1961); *A pleno sol* (1964); *Las puertas del mundo* (1966); *Canto a Venezuela* (1967); *La ciudad y el viento* (1969); *Resonancias del alba* (1970); *Con la ciudad por dentro* (1970); *Puerto soledad* (1971); *Tiempos de pájaros* (1975); *Árbol de tiempo y humo* (1980); (1982); *El canto de los alcaravanes* (1998).

JUAN SALAZAR MENESES

(Porlamar, Nueva Esparta, 1929 - Caracas, 1982).

Poeta y dramaturgo. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Roma y en la Universidad de Bologna. Obtuvo el Doctorado en Letras en la Universidad de Florencia (1968). Fue miembro del grupo Cantaclaro. Obra poética: *Los huéspedes del verano* (1954); *Neptuno* (1957); *Los duendes y la lluvia* (1959); *El conquistador* (1960); *Un día cuando el viento fue joven* (1974).

JOSÉ ANTONIO CASTRO

(Barcelona, Anzoátegui, 1930).

Poeta, ensayista, crítico e investigador literario. Licenciado en Letras (UCV) y Doctorado en Letras en la Universidad de París. Obra poética: *Las manos* (1963); *Álbum para delincuentes* (1966); *Humano todavía* (1967); *La bárbara memoria* (1973); *Hiponángela* (1978); *Poemas del desierto* (1986); *Poesía inédita* (1994); *Mapire* (1994).

JESÚS ROSAS MARCANO

(La Asunción, Nueva Esparta, 1931 - Caracas, 2001).

Poeta, periodista, ensayista, humorista. Obtuvo la licenciatura en Periodismo (UCV, 1958). Estudios de postgrado (La Sorbona, París). Profesor de la UCV por muchos años. Fue conocido por

su columna «Capilla ardiente» que publicaba en *El Nacional* y firmaba como Cirio. Es autor de una importante obra ensayística y monográfica sobre el periodismo. Obra poética: *Proclama de la espiga* (1958); P*ompas y alegrías, sonetos humorísticos,* 1956-58 (1961); *Cotiledón, cotiledón, la vida* (1965); *A media mar* (1965), *Clavel de muerto y otros claveles* (1968); *La ciudad* (1968); *Manso vidrio del aire* (1968); *Así en la tierra como en el cielo* (1976); *El agua cotidiana* (1982); *Margarita en diez pliegues* (1999).

HELÍ COLOMBANI

(Irapa, Sucre, 1932 - Caracas, 1992).

Ensayista y poeta. Fue colaborador asiduo de revistas literarias y periódicos de nuestro país. Obra poética: P*oemas para rezar de noche* (1953); *Irapa, Dios de la ira* (1957); *Voz que rasga el silencio* (1960); *Hoy me levanto y digo* (1963); *En ejercicio de mí* (1968); *Contrapunto* (1971); *Canto a Guanipa*; *Desandando soledades* (1982); *Poemas de alcoba* (1988).

J. M. VILLARROEL PARÍS

(San Antonio de Maturín, Monagas, 1932 - Valencia, Carabobo, 1995).

Poeta. Abogado. Su trabajo profesional estuvo vinculado por muchos años a la Universidad de Carabobo. Obra poética: *Cantos* (1955); *La orilla jubilosa* (1958); *El arquero de la nada* (1969); *Pájaros, pájaros* (1972); *Poemas* (1972); *Campo de fuego* (1974); *Kerygma* (1974); *Dos elegías* (1975); *De un pueblo y sus visiones* (1979).

CARLOS CONTRAMAESTRE

(Tovar, Mérida, 1933 - Mérida, 1996).

Pintor. Poeta. Ensayista y crítico de literatura y de artes plásticas. Fue fundador y miembro activo de los grupos artísticos y literarios *Sardio* (1956) y *Techo de la Ballena* (1961), *40 grados a la sombra* (1964) y *Taller Libre de Arte.* Fue fundador de la Editorial La Draga y el Dragón. Colaborador permanente en revistas

nacionales y del extranjero: *Arte de Venezuela, Imagen, Revista Nacional de Cultura, Oriente y Actual*; *Eco* y *Café Literario*, de Bogotá, *Cormorán*, de Argentina, y *Europe*, de París. Fue el creador del Museo de Arte Popular de Occidente «Salvador Valero», en Trujillo, estado Trujillo. Obra poética: *Armando Reverón: El hombre mono* (1969); *Cabimas-Zamuro* (1977); *Por decreto y por sueños de Maximina Salas* (1977); *Poesía* (*Plaquette*, 1980); *Como piel de ángel* (1980); *Metales de soles* (1983); *La Torre de Babel* (1986).

ANTONIO PÉREZ CARMONA

(La Media Luna, estado Trujillo, 1934).

Poeta, periodista, novelista y ensayista. Estudió Derecho y periodismo. Obra poética: *Canto al Lago de Maracaibo* (1962); *De la nostalgia* (1983); *De la guerra y la ternura* (2005).

VÍCTOR VALERA MORA

(Valera, Trujillo, 1935 - Caracas, 1984).

Poeta. Sociólogo (UCV). Formó parte del grupo *El Techo de la Ballena*. Obra poética: *Canción del soldado justo* (1961); *Amanecí de bala* (1971); *Con un pie en el estribo* (1972); *70 poemas stalinistas* (1980); *Del ridículo arte de componer poesía* (1994).

CÉSAR DAVID RINCÓN

(Maracaibo, Zulia, 1938-1992).

Poeta, ensayista, crítico y narrador. Fundador del grupo literario *Apocalipsis*. Integró también el grupo *40 grados a la sombra*. Fue profesor y director de la Escuela de Letras de la Universidad del Zulia. Obra poética: *El tiempo no es una memoria* (1973); *Escena* (1974); *Columpio de la noche* (1974); *Utensilio de anhelo* (1982); *El viento sólo vino a viajar* (1982); *Azar inconstante* (1991); *La luna de las demoliciones* (1993).

CARLOS RODRÍGUEZ CASTAÑEDA

(Boconoíto, Portuguesa, 1941).

Poeta y ensayista. Licenciado en Educación y abogado. Obra poética: *Canto a la agricultura* (1958); *Canto al Lago de Maracaibo* (1962); *Territoriales* (1963); *Diálogos del silencio* (1965); *Esta no es mi escuela* (1979); *Con la misma voz del tiempo* (1998); *Canto a la patria desnuda* (2000).

PABLO MORA

(Santa Ana, Táchira, 1942).

Poeta. Doctorado en Psicopedagogía (Universitá degli Studi di Torino) y en periodismo (Universitá Cattolica del Sacro Cuore, Milán). Fue integrante del grupo *El Parnasillo* (San Cristóbal), del Taller Literario Zaranda y de la Peña Literaria «Manuel Felipe Rugeles» en la misma ciudad. Obra poética: *Almácigo* (1978); *Almácigo 2* (1980); *Almácigo 3* (1982); *Almácigo 4; En tiempos de guerra* (1985); *Almácigo 5* (1986); *Sale el sol* (1990); *De la noche insomne* (1992); *Almácigo 6. En tiempos de paz* (1993); *Asombro al descubierto* (1996); *Parte de asombro* (2000); *Insomnio terminal* (2001); *Cuarenta mil millardos de millas de hombres luz* (2002).

RAMÓN ORDAZ

(El Tigre, Anzoátegui, 1948).

Poeta, ensayista y editor. Egresado de la Universidad de Oriente. Director-fundador de la revista de Arte y literatura *En Ancas* (Caracas, 1976-1981). Director del Centro de Actividades Literarias «José Antonio Ramos Sucre» (Cumaná, 1983-2000). Director-fundador de la revista *Trizas de Papel* del Centro de Actividades Literarias «José Antonio Ramos Sucre». Director-fundador de la revista de poesía *Poda*. Obra poética: *Esta ciudad, mi sangre* (1977); *Potestades de Zinnia* (1979); *Antología del Otro* (1990); *Grafopoemas* (1992); *Kuma* (1997); *Profanaciones* (2002); *Albacea* (2003).

VÍCTOR BRAVO

(Maracaibo, Zulia, 1949).

Ensayista, crítico, poeta e investigador de la Literatura Latinoamericana. Maestría en Literatura Iberoamericana (UNAM) y doctorado (USB). Profesor invitado y residente de universidades europeas y americanas. Como poeta ha publicado *Desde lo oscuro* (2004). La difusión de su obra la conseguimos mayormente en el ensayo y la crítica: *Cuatro momentos de la literatura fantástica en Venezuela* (1984); *Los poderes de la ficción* (1987); *Magias y maravillas en el continente literario para un deslinde del realismo mágico y lo real maravilloso* (1988); *El secreto en geranio convertido: una lectura de* Paradiso (1991); *Letras en el sueño* (ensayos sobre poesía, 1994); *José Antonio Ramos Sucre: poeta del mal y el dolor* (1996); *Figuraciones del poder y la ironía. Esbozo para un mapa de la modernidad literaria* (1997); *Rostros de la utopía* (1998); *Terrores de fin de milenio; del orden de la utopía a las representaciones del caos* (1999); *El orden y la paradoja*: *Jorge Luis Borges y el pensamiento de la modernidad* (2003); *El nacimiento del lector* (2008); *Leer el mundo* (2009); *Jesús Semprum, Biografía* (2010). Como editor y promotor ha desarrollado una encomiable labor con El otro, el mismo, su sello editorial.

ADOLFO SEGUNDO MEDINA

(Casigua El Cubo, Zulia, 1949).

Poeta y narrador. Licenciado en Educación (Castellano y Literatura). Profesor de la ULA (Táchira). Obra poética: *Nuevas definiciones* (1987); *Heredad de alfarero* (1991, coautor); *Y Nubia de por medio* (1995); *Los plagios del fuego* (1996); *En el resplandor rojo del aire* (2001); *Encuentros a la intemperie* (2001). Ha publicado los libros de cuento *La noche de los gatos* (?) y *La muerte de Benedicto Chacón* (1990).

JULIO JIMÉNEZ

(Ciudad Ojeda, Zulia, 1951).

Poeta. Estudió Letras en LUZ y formó parte del Grupo *Guillo* y de la revista del mismo nombre. Realizó estudios de Teatro y Cine en la Universidad de París VIII. Obra poética: *Peticiones osadas* (1990); *Contraveneno de la ausencia* (2000).

JOSU LANDA

(Caracas, 1953).

Ensayista, poeta y filósofo venezolano residenciado en México. Coordinador de la Cátedra Extraordinaria «Simón Bolívar». Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Colaborador de numerosas revistas nacionales y extranjeras. Es director de la revista de filosofía *Ingrima*. Obra ensayística: *Más allá de la palabra. Para la topología del poema* (1997), *Para pensar la crítica de poesía en América Latina* (1997), *Poética* (2002), *Canon City* (2010), *Tanteos* (2009), *Éticas de crisis: cinismo, epicureísmo, estoicismo* (2012). *Obra poética: Treno a la mujer que se fue con el tiempo* (1996, 2006), *Viaje a Cipango* (1990), *Los tankas de Arropain* (1991), *Falasha/Falaxa* (1992), *Alisios* (2004), *Estros* (2006), *Extinciones* (2011). Autor de las novelas *Y/O (Ensamble)* y *Zarandona*.

JESÚS SALVADOR RODRÍGUEZ

(Pariaguán, Anzoátegui, 1955).

Realizó estudios de Medicina en la Universidad de Oriente. En Ciudad Bolívar dirigió un Taller Literario en el Museo de Arte Moderno «Jesús Soto» y el Taller literario «Lucila Palacios» en la Casa de la Cultura-Ateneo «Carlos Raúl Villanueva». Obra poética: *Contraencuentros* (1986).

SIMÓN PETIT

(Punta Cardón, Falcón, 1961).

Poeta, ensayista, guionista de cine. Obra poética: *Bajo la grúa* (1991); *Otros a la intemperie* (1992, coautor); *Bajo la grúa. Sobre el andamio* (1999); *Sol sostenido* (2003).

WILLIAM GUAREGUA

(Barcelona, Anzoátegui, 1962).

Poeta y narrador. Es ingeniero egresado de la Universidad de Oriente. Obra poética: *Sólo piel intensa* (1990); *Cotidiana* (1992); *De tanto andar en solitario* (1999); *Pentadrama* (2003).

JOSÉ PÉREZ

(El Tigre, Anzoátegui, 1966).

Narrador, poeta y ensayista. Profesor de la Universidad de Oriente en Nueva Esparta. Obra poética: *Ojo de pez* (2005); *En canto de Guanipa* (2007); *Páginas de abordo* (2008).

JESÚS ENRIQUE LOSADA

(Maracaibo, 1892-1948).

Escritor, abogado, profesor universitario. Fue miembro del grupo literario *Seremos*. A él se debe la reapertura de la Universidad del Zulia, de la que fue rector. Autor de *El reloj de los girasoles* (1927), *La máquina de la felicidad* (1938), entre otros.

JULIO ZERPA

(Cumaná, 1910-Caracas, 1983).

Poeta y periodista. Redactor de la Revista del Ejército y del periódico *Negro Primero*. Autor de: *Canto a Sucre* (1974), *Veinticinco poemas a las manos y un soneto prólogo* (1975), *Cumaná, sus poetas y otras figuras* (1980).

FIDEL FLORES

(El Tigre, Anzoátegui, 1955).

Poeta y ensayista. Antropólogo. Director del Fondo Editorial del Caribe. Autor: *De las manos que parten y se pierden* (1984); *La flor imaginaria* (1989); *A nuestras puertas* (1991); *Textos de ausencia* (1993); *Remero del adiós* (1996); *Vestigios* (2007).

MARCOS GONZÁLEZ BARROSO

(El Tigre, Anzoátegui, 1958).

Egresado universitario en las áreas de Dificultades del Aprendizaje, Orientación de la Conducta, Terapia Cognitiva. Presidente del Ateneo de El Tigre (1989-2000), director de la revista literaria *Escarabajo*, director del Fondo Editorial Miguel Otero Silva, coordinador de la Bienal Literaria Tomás Alfaro Calatrava. Autor de: *Celajes de la sombra* (2004); *Soles húmedos* (2007); *¿En la escuela un Paraíso?* (2010).

CARLOS SAN DIEGO

(San Diego de Cabrutica, Anzoátegui, 1964).

Poeta, periodista y cronista cultural. Es autor de: *Baldíos* (2001), *Los mare mares* (2005), *Hacia un puerto de río* (2023), *Chimire* (2025).

LAURA CRACCO

(Barquisimeto, Lara, 1959).

Licenciada en Letras (ULA). Profesora de latín y griego. Doctorado en Grecia. Autora de: *Mustia memoria* (1985); *Diario de una momia* (1989); *Safari Club* (1993); *De cómplice y amante* (1993); *Exiliada* (2025); *De baile y de sombra* (2026).

WILLY MCKEY

(Caracas, 1980-Buenos Aires, 2021).

Licenciado en Letras (UCV). Editor, cronista cultural. Coeditor con Santiago Acosta de la revista *El Salmón*. Autor de: *Vocado*

de orfandad (2007); *Paisajeno* (2011). El poema «Canto 14» fue ganador de la primera edición del Concurso Nacional de Poesía Joven «Rafael Cadenas».

VÍCTOR MANUEL PINTO

(Valencia, estado Carabobo, Venezuela, 1982).

Poeta, editor y profesor universitario. Director de la revista *POESIA*. Autor de: *Aldabadas* (2005), *Mecánica* (2006), *Aprendiz de la carne* (2007), *Caravana* (2010), *Voluntad para no matar* (2011), *Poemas reunidos 2005–2011* (2012), *Quieto* (2014), *Cruz boca abajo* (2021) *Welserland* (2021) y *Backmasking [Escrituras sel. 2025 -2005]*, (2025).

STEFANO CARCONE VÁSQUEZ

(Porlamar, 1989).

Ganador del XVIII Concurso Nacional para Autores Inéditos en Poesía, de la Editorial Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024-2025. Tesista de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. Fue asistente de Investigación en el Instituto de Filología Andrés Bello de la misma universidad.

Índice

PIEDRA DE ACEITE: ORO NEGRO
EN LA POESÍA VENEZOLANA 7

Udón Pérez
Oro rojo 23
I El Caserío 23
II La conquista pacífica 25
III Ficción de progreso 27
IV Los amos 29
V *¡Los amos!* 32
VI «Patria» 34
VII Tentativas 36
VIII Holocausto 38
IX La cauda 42
José Tadeo Arreaza Calatrava
Canto al Ingeniero de Minas 45
Salustio González Rincones
Cantando se van 55
Ismael Urdaneta
La palmera y la torre de acero 57
El monitor petrolero 58
El lago petrolizado 59
La agonía del alcatraz 60
Calle del oriente 61
Isla de Pájaros 63

Viernes Santo 64
Antonio Ciliberto Pérez
Caripito 66
Pedro Rivero
Ismael Urdaneta 68
Andrés Eloy Blanco
Carga 72
Los tres mosquiteros 73
Agustín Silva Díaz
Responso 78
Jacinto Fombona Pachano
El canto de la madre y de la universidad 80
Francisco Lárez Granado
Sed 85
Visión lacustre 86
Miguel Otero Silva
Taladro 88
La sexta voz del coro es la del Lago 90
Carlos Augusto León
Ya no quedará sino un pozo muy negro 93
Juan Liscano
Esto ya fue una vez 96
El reventón 98
La edad del chorro 100
Taladros 106
Nuevo Mundo 107
Justo Simón Velásquez
Mechurrios 119
Juan Darío Parra
A mi lago llegaron 121
Aquiles Nazoa
Fatalismo 123
Francisco Gutiérrez
Imagen 124

Benito Raúl Losada
Pueblo petrolero 126
El fuego intemporal 128
Luis Beltrán Mago
V 131
Asdrúbal Duarte
Cóndor de fuego 137
Las piedras 139
Pedro Gamboa
La refinería de Amuay 140
Hesnor Rivera
Puerto de escala 142
Cabimas 145
Guillermo Ferrer
Lago de Maracaibo 149
Juan Salazar Meneses
Canción 151
José Antonio Castro
Hablo de mi ciudad 154
Ciudad sin amor 155
Jesús Rosas Marcano
Petróleo 156
Mene 157
Mechurrio 157
Helí Colombani
Canto a Guanipa 159
J. M. Villarroel París
I La estampida 163
Caripito 165
Buenaventura 166
El día que cayó el rayo 166
Liévano 167
Manresa 167
Caño San Juan 168

El gran incendio 168
II El Tigre 170
El Mosquero 172
Marcial 172
El Matadero 173
El Tejero 174
Carlos Contramaestre
Cabimas Zamuro 177
Antonio Pérez Carmona
Canto al lago de Maracaibo 183
Víctor Valera Mora
Libro de los grandes secretos 186
César David Rincón
Y ya no está la nostalgia 189
Carlos Rodríguez Castañeda
Canto al lago de Maracaibo 191
Pablo Mora
Habemus petroleum 193
Ramón Ordaz
Mala conciencia 196
Víctor Bravo
Lagunillas de agua 197
I. Los primeros olores... 197
II. Lagunillas de agua 197
Adolfo Segundo Medina
De la Compañia era El Hospital 200
La Maquinita salía del Garaje 201
Julio Jiménez
Ay amor no fumes en la cama 207
Josu Landa
Asfalto 210
Jesús Salvador Rodríguez
XXIV 211

Simón Petit
Sobre el andamio 213
1 213
2 214
14 215
21 216
24 216
26 217
33 217
William Guaregua
Petróleo 218
José Pérez
En medio de tenoretes 219
Bien cuereao 219
Ese de justar las tuercas 220
Pentagrama de metal 221

ADDENDA

Breve apostilla a la presente edición de Monte Ávila Editores Latinoamericana 225
Jesús Enrique Losada
Canto a Maracaibo 230
Julio Zerpa
Petróleo 233
Fidel Flores
Campo herido 236
Paso del viento 236
Tierra quemada 237
Cuerpos sin sombra 237
Doña Esther 237
Ojo del tiempo 238
Cuenta pasada en claro 239
1 239

2 239
3 241
Marcos González Barroso
La vida brota espesa 243
Invernadero de mechurrios 244
El Tigre 245
Carlos San Diego
Mancha de petróleo en hueso blanco 246
El náufrago de la laguna de crudos 246
Aray 249
La tierra también se avergüenza 250
De Tascabaña a Kashaama 252
Han enseñado a quedarnos pocos 253
Laura Cracco
Carta sin retorno 255
Nottingham 256
II 257
III 257
Willy Mckey
Canto 14 259
i. 25.08.2012 259
ii. Gelasiano 260
iii. Amuay 261
Víctor Manuel Pinto
Guaricha [*Slow Motion*] 263
Hemdklunkerumzug
Una partida de dominó 264
II 264
III 264
Juana de Castilla / 1539 265
Fatherland 266
Operation Neuland 266
Stefano Carcone Vásquez
Sobre salvajes 268

POSFACIO

Ramón Ordaz
Era un país del Sur 273

LOS AUTORES 277



Piedra de aceite se terminó de imprimir
en el mes de noviembre
en la Imprenta de la Cultura
Caracas, Venezuela

OTROS TÍTULOS

PLUMA NEGRA
Luis Lira

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel

MEMORIAS DE UNA ANTIGUA PRIMAVERA
Milagros Mata Gil

CASANDRA
Ramón Díaz Sánchez



Piedra de aceite

Antología del tema petrolero en la poesía venezolana

RAMÓN ORDAZ (Compilador)

Una parte importante de los venezolanos no sabe siquiera cómo luce, qué es o a qué huele el petróleo. *Petroleum: petra*, piedra, y *oleum*, aceite. Conocemos, sí, el efecto que deja cuando estalla y tiñe nuestra cotidianidad mientras se pronuncian palabras como refinación, gasolina, plástico, barril. Para rescatarnos de ese olvido, Ramón Ordaz (compilador) le da lustre a esta *Piedra de aceite* con una excelente y oportuna selección de poemas en la que se plasman los avatares y la vida de unos pueblos cuyos habitantes, entre mechurrios y balancines, pocas veces fueron partícipes de la repentina riqueza deparada por la naturaleza.

Ramón Ordaz (El Tigre, estado Anzoátegui, 1948)

Escritor venezolano en los géneros de poesía y ensayo. Fue director del Centro de Actividades Literarias José Antonio Ramos Sucre (Cumaná, 1983 - 2000). Director-fundador de las revistas En *Ancas, Trizas de Papel, Poda*. Libros publicados: *Esta ciudad, mi sangre* (1977); *Potestades de Zinnia* (1979); *Antología del Otro* (1990, *Grafopoemas* (1992), *Diario de derrota* (1993), *Kuma* (1997), *El pícaro en la literatura iberoamericana* (2007), *Albacea* (2003), *Piedra de aceite* (1.ª edición, 2012), *Obertura de mar* (2022).

9 789800 126837

República Bolivariana de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve @mincultura_ve